 Gaspar
Hernández La mujer
que no sabía llorar

DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Primera parte. Un pan sin sal

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Segunda parte. La catarsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Tercera parte. Piel muerta

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4

Cuarta parte. La noche comienza a mediodía

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

Agradecimientos

Nota

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Sinopsis

El protagonista de esta historia, alter ego del autor, es un becario de diecinueve años que trabaja en un periódico de comarcas. Él es un chico altamente sensible que disfruta de su trabajo hasta que un buen día se acuesta con la sexóloga del periódico, Daniela Costa, una experta en su campo, atractiva, alta, delgada y elegante, pero fría como el hielo. Una mujer que esconde un secreto en el fondo de su alma que le bloquea las emociones.

Solo a través del orgasmo es capaz de dejarse llevar y sacar el dolor que esconde en lo más profundo de su ser.

Esta es la historia de la joven Daniela Costa. La historia de la mujer que no sabía llorar.

La mujer que no sabía llorar

Gaspar Hernández

Traducción de Olga García Arrabal

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1428

Para Anais

Muestra tu dolor, porque el dolor que no
expresas late en tu pecho hasta que estalla.

WILLIAM SHAKESPEARE

Ahí afuera, más allá de las ideas del bien y
del mal, hay un lugar. Nos vemos allí.

RUMI

Primera parte

Un pan sin sal

1

Ahora tengo zonas de sombra, como todo el mundo, pero cuando era un adolescente me consideraba un buen chico, sin fisuras. Mi único objetivo en la vida, además de escribir, era ser una buena persona. Era un propósito, supongo, fruto de mi educación en colegios de curas. Durante mi infancia, ser un buen muchacho quería decir confesarme una vez por semana, aunque tuviera que inventarme los pecados, ya que nunca rompía un plato, o casi nunca. Quería decir no levantar nunca la voz y alimentar un personaje que, para ser aceptado, siempre sonreía y decía que sí a todo el mundo. Hablaba con un tono de voz bajo, para no molestar. Y miraba a las chicas de reojo, por vergüenza y pudor. «Qui no carda a Olot no carda enlloc»,^[1] decía una célebre cita. Pero yo había estudiado allí toda la vida y había llegado a los diecisiete años sin ninguna experiencia en la cama.

Todo cambió cuando empecé a trabajar como becario en un periódico de comarcas. Conocí allí a una sexóloga, que llamaré Daniela Costa-Pau. Era mucho mayor que yo, y una de las primeras sexólogas catalanas en una época en que el sexo se consideraba un tabú. Todavía no entiendo por qué se encaprichó conmigo, un chico inexperto que no le llegaba a la suela del zapato. El caso es que, quién lo iba a decir, acabamos siendo amantes. Y, pese a mi escasa habilidad, siempre albergué la esperanza de que algún día podría escribir su historia y, de paso, rendirle un pequeño homenaje. Porque ayudó a muchas mujeres. Porque hizo que vivieran el sexo sin prejuicios,

siguiendo su instinto, tal y como tradicionalmente habían hecho los hombres —y como hacía ella—. A sus pacientes les repetía un verso que había aprendido de la psiquiatra feminista Jean Shinoda Bolen: «¿Qué piensas hacer con tu salvaje, preciosa, única vida?». Puedo dar fe de que Daniela Costa-Pau era una persona salvaje, en el sentido de liberada.

«La sexóloga», como la llamaban en el periódico en el que yo estaba becado, había trabajado en el pasado en el hospital Josep Trueta de Girona, donde había tratado a pacientes con disfunciones. Unos pacientes que antes habían acudido al ginecólogo o al urólogo, mujeres que sufrían anorgasmia o dificultades en la lubricación, u hombres con disfunción eréctil o eyaculación precoz. Pero como ella no podía ocuparse en el hospital de aquello que más le interesaba, el «placer por el placer», muy pronto comenzó a dar unas charlas en la Casa de Cultura de Girona que sí le permitían dejarse llevar. Las mujeres de la ciudad debían saber que podían llevar una vida sexual plenamente satisfactoria. Ahora bien, ¿qué quería decir «llevar una vida sexual satisfactoria»? ¿Hasta qué punto significaba dar placer y hasta qué punto, recibirlo? ¿Quería decir hacer el amor una vez por semana o una vez al día? Pocas mujeres se atrevían a plantearse la posibilidad de hacer el amor todos los días, ellas mismas se censuraban: hacerlo tan a menudo era indecente. Era necesario disipar malentendidos como ese. Y las charlas los estaban disipando. Al principio, solo acudían tres o cuatro mujeres, pero un día, en un pleno del Ayuntamiento de Girona, un concejal de derechas afirmó que esas «conferencias» eran un punto de encuentro de «gente sin moral», y que si por él fuera las prohibiría.

Y aunque el alcalde, Joaquim Nadal, le había quitado hierro al asunto y argumentado que se impartían «a título informativo», el episodio provocó un aumento considerable del público asistente y, de rebote, el número de pacientes de la doctora Costa-Pau. Fue entonces cuando dejó el hospital Josep Trueta y abrió su propia consulta en el Barrio Viejo. Y fue también entonces cuando el periódico donde yo trabajaba, *El Punt*, la fichó para escribir artículos.

Nunca hubiese imaginado que yo sería el encargado de editar los artículos. «De corregirlos», puntualizaba ella. Yo estaba en la sección de opinión, y mi trabajo consistía precisamente en eso: acortar artículos, ponerles título y dejarlos listos para maquetar. Por las mañanas estudiaba COU en los Maristas de Girona, y por las tardes iba a la redacción de la calle Figuerola. El redactor jefe de *El Punt* debió verme cara de buen chico, o de muchacho desesperado por colaborar en el periódico, porque me había concedido la beca un año antes de que yo entrara en la facultad, en la Universidad de Girona. Y me había hecho un hueco en una sección dejada de la mano de Dios, una sección sin adrenalina ni teletipos de última hora en que tan solo éramos dos, el escritor Miquel Pairolí y un servidor. Él era la cabeza y yo los pies, él escribía los editoriales y también decidía qué artículos eran de «rabiosa» actualidad (el adjetivo era de su admirado Josep Pla), y yo me dedicaba a las tareas de edición, un trabajo gris y monótono, pero que a mí me convenía. Aunque no tenía claro si a la larga quería ser periodista o escritor, sí que sabía que quería escribir, y trabajar en la sección de opinión me permitía aprender de un escritor de la talla de Pairolí. No creo que sea exagerado afirmar que era el hombre que más pensaba de todo el periódico. Recuerdo de él que siempre parecía estar en las nubes, la mirada entre irónica y ausente, sus grandes ojos abiertos de par en par. De su cuerpo parecía desprenderse algo hierático, voluntariamente parsimonioso. Hacíamos buena pareja, parecíamos dos monjes a los cuales les era indiferente la vitalidad expansiva del periodismo cotidiano. Lo único que alteraba nuestra rutina era la visita semanal de la articulista más osada y excéntrica. En aquella época, la figura de la sexóloga era poco habitual. ¿Qué hacían las sexólogas? ¿Enseñaban teoría o práctica? Eso si es que enseñaban algo, claro. En Televisión Española acababan de comenzar a emitir el primer programa sobre esa temática, *Hablemos de sexo*, que presentaba Elena Ochoa, y a partir de aquel espacio muchos descubrimos que sí, que, aunque pareciera mentira, existía la profesión de sexóloga. Y, mira por dónde, cada semana venía una al periódico, y era precisamente yo quien tenía que hablar con ella. Daniela Costa-Pau podía habernos hecho llegar el artículo a través del fax, o de una tecnología aún más avanzada, el módem, pero prefería llevarlo en mano a la

redacción, en un disquete. La recuerdo cuando llegaba cada viernes. Era una mujer que debía tener poco más de treinta años, pero parecía más mayor y madura. Alta, delgada, elegante, de facciones angulosas y de una belleza huesuda. Su mandíbula cuadrada denotaba resolución y obstinación. Toda ella poseía un punto andrógino; seguramente contribuía a ello el hecho de que llevara el pelo corto. A primera vista era fría y desdeñosa: yo suponía que ese era su modo de marcar distancias con los muchos hombres que probablemente le tiraban los tejos. No obstante, podía ser amable. Al menos conmigo lo era mientras le editaba los artículos. Recuerdo que se sentaba a mi lado, ambos delante de la pantalla del ordenador, y que sus dedos solían tamborilear suavemente sobre la mesa. Yo ponía todo mi empeño en no dejarme intimidar, ni por ella ni por las miradas impúdicas de los redactores masculinos que parecían mariposear a nuestro alrededor.

Y mientras pulía aquellos textos, sobre todo acerca de juguetes eróticos, desde las bolas chinas hasta los consoladores (que, según la sexóloga, los hombres percibían como una competencia); mientras ordenaba sus textos sobre fantasías sexuales, que a menudo transcurrían en ascensores, donde la mujer siempre era sometida por un hombre atractivo, a pesar de que ella puntualizaba que eran diferentes la fantasía y la realidad, ya que en la fantasía la mujer controlaba la situación (en cualquier caso, el propósito de la sexóloga era transmitir a las mujeres que no tenían que sentirse culpables por sus fantaseos); mientras ajustaba unos artículos que ejercían en mí el efecto de un excitante, uno subrepticio que ascendía gradualmente por mi cuerpo, me repetía una y otra vez: «Atiende al trabajo. No hagas chistes fáciles. No te excites. No te distraigas. Reúne la concentración necesaria. Sé un profesional y, sobre todo, sé un buen chico». Y supongo que fue aquel comportamiento lo que hizo que me ganara su respeto.

Una noche me propuso ir a un bar, a «tomar algo». Aquella tarde habíamos tardado más de lo habitual en editar el artículo, nos habíamos quedado solos en la redacción. Pensé que quería que charlásemos, en un ambiente distendido, sobre sus textos. Tal vez quería que yo le diese una opinión

general sobre ellos. Sus artículos eran los más leídos del periódico, y había lectores que los recortaban y coleccionaban, lo mismo que seguramente hacían con las fotos del *Interviú* o del *Playboy*. No, ella no quería mi opinión, ya que en cuanto llegamos al Nummulit, un bar que estaba de moda, después de pedir dos cervezas y decirme palabras que ya no recuerdo (fue una especie de introducción, para romper el hielo), me soltó que yo le hacía «gracia».

Recuerdo que el Nummulit estaba lleno a rebosar, que la decoración era metálica, la luz ártica, y sobre todo recuerdo que yo no conseguía hacerme a la idea. Pensé entonces lo que después, durante toda mi vida, he pensado siempre que le he gustado a una mujer: «Aquí tiene que haber un malentendido». La sexóloga debió ver en mí atributos que yo no tenía.

Me dijo que le hacía gracia que en la redacción me sonrojara mientras le corregía los artículos. También le hacía gracia que yo me esforzara en reprimir o disimular aquel rubor. Y, para terminar, le hacía gracia que frunciera el ceño cuando me molestaba el ruido, porque aquello demostraba, según ella, que no estaba hecho para trabajar en una redacción tan bulliciosa.

—En resumen: eres un chico muy sensible, y eso es en realidad lo que me hace gracia de ti, que tu sensibilidad sea extrema. No sé si te lo han dicho alguna vez, pero eres lo que se denomina una PAS, una «persona altamente sensible».

No, nunca me lo habían dicho, y no sabía de qué me estaba hablando la sexóloga. ¿Una PAS? Aquello formaba parte de una categoría o grupo que se escapaba a mi entendimiento. Como no sabía qué responderle, le di las gracias por la información.

—Gracias, Daniela. Eres muy amable.

—¿Siempre eres tan educado?

Me miraba fijamente, con unos ojos fríos y huérfanos de humor, una mirada que yo no sabía cómo interpretar. De hecho, todo lo que acababa de decirme, tampoco sabía muy bien cómo entenderlo, porque me lo había dicho muy serio, con un tono de voz neutro, como si me hubiese hablado de uno de los informes judiciales que publicábamos en el periódico en la sección de sucesos. Puede que la sexóloga no quisiera parecer sentimental, tal vez le gustaba desnudar sus palabras de cualquier connotación romántica. Fuera por

lo que fuese, yo había notado fría a la sexóloga. Fría y metálica, como la decoración del Nummulit. Esa noche se había maquillado alrededor de los ojos con una ligera sombra oscura que producía un contraste sorprendente con el azul del iris. Un azul entre pálido y grisáceo que yo solo había visto en la mirada de algunos gatos. Vestía un traje negro que compensaba con un pañuelo llamativo, amarillo, que destilaba cierta rebeldía.

No recuerdo con exactitud el resto de la conversación. Sé que le acabé dando la razón, no porque fuera «altamente sensible»; aquello me pareció una exageración. Pero puede que fuese cierto que no estaba hecho para trabajar en una redacción tan bulliciosa, porque el ruido me turbaba. De hecho, me iba bien tener la beca en una sección como la de opinión, situada en un rincón de la redacción: así no tenía que oír el alboroto de los compañeros. En aquella época compartía un piso en la Devesa con dos estudiantes, y no soportaba las fiestas que organizaban, el estrépito de las carcajadas y las palabras hasta bien entrada la madrugada.

No recuerdo el resto de la conversación, pero sí conservo en la memoria que en cierto momento ella dejó la cerveza sobre la barra, arrimó su cuerpo al mío y me besó. A los pocos minutos ya íbamos hacia su consulta.

—Tenemos que terminar lo que hemos empezado —dijo.

Yo no me creía lo que me estaba pasando, el golpe de suerte totalmente inverosímil que había tenido. Aquella mujer de bandera se me ofrecía, a mí, tan solo porque yo era «altamente sensible» y le hacía «gracia». Sí, tenía que haber un malentendido.

Su consulta, en el número 2 de la Pujada de Sant Domènec, era un piso recién reformado y disponía de dos espacios generosos, más o menos diáfanos. Uno, la habitación de entrada, de color tostado, ejercía de recepción. El otro, su despacho, tenía un escritorio de madera y un sofá de color burdeos que en realidad era un sofá cama. Había pocos muebles, si bien eran modernos y caros. La única excentricidad en aquella decoración más bien austera y clásica era una vitrina con consoladores muy grandes. Había al menos una docena, de tamaños irreales. Vibradores curvos, ofrecidos al mundo del deseo como si fuesen frutas tropicales. Solo les pude echar un vistazo, porque la sexóloga enseguida me hizo pasar al despacho y me

desnudó, sobre el sofá cama. Me encontró un poco de pelusa en el ombligo, por la camiseta de algodón. El detalle le pareció «entrañable».

Yo estaba muy nervioso. El problema, lo veía venir, era que difícilmente estaría a su altura. Hasta entonces no había tenido ninguna experiencia sexual, a causa de mi timidez. Me habían gustado bastantes chicas, era enamorado, pero no había pasado de los besos y los magreos con Berta, una medio novia que me había echado. Cabe decir que el contexto en el que crecí ayudaba: la sociedad olotina de la época era conservadora en extremo. Las farmacias se negaban a vender preservativos argumentando razones morales. Hacía poco se había desatado un escándalo protagonizado por un profesor del instituto de formación profesional que había repartido dos mil condones entre los alumnos. En Olot, con tantas fábricas de santos, esas cosas no se hacían. Ese era el ambiente en el que había crecido. Encima había estudiado la EGB y el bachillerato en los Escolapios y en los Maristas. Era tan sensato que algunos profesores me decían que de mayor podría ser un buen cura. Por todo ello, no estaba ni por asomo preparado para salir airoso, en la cama, con toda una experta.

La noche fue un fracaso (o al menos eso pensé entonces). Al principio hice lo que había leído en sus artículos, es decir, me dediqué a los «preliminares». Le acaricié el cuerpo, un cuerpo atlético, de una perfección casi matemática: alto, delgado, musculoso, sin nada de grasa. Me entretuve en los pezones, le chupé las areolas oscuras, vagamente leguminosas. Pero supongo que fui demasiado lento, abstracto, porque me soltó:

—¿Quieres hacer el favor de dejar de comportarte como un pan sin sal?

A partir de entonces, ella se adueñó de la situación y yo no daba abasto. Me hizo hacer un montón de posturas y me volvió del derecho y del revés, como si fuera un filete, vuelta y vuelta. Yo me aturullé, porque no sabía cómo actuar, pero supongo que disimulé. El verdadero problema llegó luego, cuando ella empezó a gritar. Supongo que quería demostrar que se lo estaba pasando muy bien, y su manera de hacerlo era chillando con todas sus fuerzas. Aunque no fingía el placer, lo dramatizaba. Y los gritos siempre

hacían que me encerrara en mí mismo. En el periódico no solo arrugaba el entrecejo cuando me molestaba el ruido; tampoco me unía a la alegría colectiva cuando un compañero lograba una exclusiva, y creo que se debía a los gritos de euforia. Pairolí me había dicho que no debíamos ser enfáticos, ni en la literatura ni en la vida. Y ahí tenía a la sexóloga, chillando a pleno pulmón. Yo no estaba acostumbrado a aquellos aullidos. No pude evitar el quedarme paralizado.

Me bloqueé tanto que le tapé la boca con la mano. Fue una reacción absolutamente instintiva, aunque un segundo después pensé: «A lo mejor le gusta. Puede que ahora ya no esté siendo un “pan sin sal”». Me equivocaba. Se puso furiosa. Arrugó la frente para retarme (como queriendo decir: «¿Quién te has creído que eres?») y luego me pegó un mordisco en los dedos.

—A mí ningún hombre me tapa la boca. ¿Lo entiendes?

Estuve a punto de vestirme y largarme. Estaba claro que la noche había sido un fracaso, y que yo era incapaz de hacer el amor con una mujer aguerrida. Pero, de repente, se puso a horcajadas sobre mi cara. Su sexo desprendía un olor oscuro, intenso, a fruto de mar con ligeras trazas de gamba fresca. No tardó mucho en llegar al orgasmo, que ella prolongó: siendo una experta como era, seguramente podía alargar el placer a conciencia. Le daba mucha importancia a su orgasmo, y aquello me llamó la atención: en sus artículos decía que el acto sexual no podía girar solamente alrededor del clímax. Y, en cambio, ella se recreó durante bastante rato. Pensé: «Al menos le has provocado un orgasmo. No, los hombres no los provocamos —ya deberías saberlo. ¡Qué vana presunción!—. Los hombres no somos más que un medio. Como uno de los consoladores que tiene en la vitrina». Hubo un último detalle que se me quedó grabado de aquella noche inaugural: cuando terminó, después del jadeo final, se llevó las manos a la cara. Fue como si quisiera proteger una parte de su intimidad. Me dio la sensación de que gimoteaba, de que lloraba.

Estuve a punto de ofrecerle un pañuelo, pero no me atreví. Aquellos segundos, tal vez minutos, se me hicieron eternos. Ella continuó con su postura de recogimiento, abrazándose los hombros, y yo no sabía qué hacer ni qué decirle. Solo sabía que me sentía culpable: si estaba llorando, con toda

seguridad se debía a mi falta de destreza. Debió de darse cuenta de que había cometido un error al enrollarse conmigo.

Se fue al baño y, cuando regresó, ya estaba vestida y lista para marcharse. Lo único que murmuró fue que tenía prisa, que debía ir a buscar el coche al parking y que aún tenía que conducir un rato (deduje que viviría a las afueras de Girona). Bajamos la escalera y nos despedimos una vez que llegamos a la calle. La Pujada de Sant Domènec estaba sucia y revuelta después de una noche de viernes etílica, apestaba a orines y había latas de cerveza tiradas por el suelo. No me dio ni un beso de despedida. Seguramente no quería que nos viera nadie, para no dar pie a cotilleos.

La noche tuvo un epílogo o colofón el lunes, cuando volví al periódico. Obviamente, no pensaba decir nada a nadie, en primer lugar por respeto a su privacidad, y en segundo lugar porque habría tenido que explicar que había hecho un triste papel: muy probablemente la noche había terminado con ella llorando, arrepintiéndose de haberse enrollado conmigo. No, no quería hablar con nadie de esa noche. Pero acabé haciéndolo con Pairoli. No tuve más remedio, fue él quien sacó el tema en cuanto llegué a la redacción. Me guiñó un ojo y, con un tono de voz socarrón, me dijo:

—El viernes os vi en el Nummulit.

No *te* vi, sino *os* vi. Me quedé lívido. Ni se me había pasado por la cabeza que en el Nummulit pudiera haber algún redactor del periódico, pese a que tenía que haberme acordado de que ese era el bar favorito de los periodistas gerundenses. De todas maneras, pensé, tal vez Pairoli nos había visto de refilón. Puede que hubiese entrado un momento y, al ver que había tanta gente, se marchase enseguida. Me equivocaba. Añadió, con su voz sibilina, serpenteante, como si hablase entre dientes:

—Enhorabuena por el beso.

Me observaba con esa expresión irónica suya. Hasta entonces no habíamos hablado de nuestra vida íntima. Habíamos charlado sobre música, del festival de Peralada, que él no se perdía por nada del mundo, y, sobre todo, habíamos conversado sobre literatura. Hacía poco que él había

publicado un dietario, *Paisaje con llamas*, y en mi ejemplar me había puesto una dedicatoria muy generosa, como futuro escritor. También habíamos hablado de los articulistas que nos sacaban de quicio, ellos y sus quejas cuando les tocabas una coma. Pero nunca habíamos tratado de nuestra vida íntima, y ahora me sentía muy raro manteniendo tal conversación.

—Estabas un pelín nervioso, ¿verdad? No te preocupes. Bueno, en cualquier caso, no te felicito por el beso, sino por el hecho de haberlo conseguido. Muchos hombres habrían querido estar en tu lugar. ¡Quién lo iba a decir! Yo habría puesto la mano en el fuego a que eras virgen.

Me ruboricé. En efecto, yo era virgen hasta entonces, y muchos hombres habrían querido estar en mi lugar. Retrospectivamente, verían la noche con la sexóloga como una conquista. A menudo tenía la sensación de que los hombres solo querían poder pavonearse ante otros hombres.

Pairolí siguió hablando, y lo hizo con una vehemencia que me sorprendió.

—Supongo que estás muy ilusionado con Daniela. Es lógico. Pero tengo que decirte una cosa, y lamento ser un aguafiestas. Creo que, si te lo digo ahora, te ahorraré mucho sufrimiento. Debes saber que puedes salir mal parado.

—Puedo salir mal parado —repetí.

—Ándate con mucho cuidado. Ahora que aún no es demasiado tarde, es mejor que mantengas las distancias con Daniela.

Me quedé atónito. No supe qué responder, musité un «gracias» y zanjamos la conversación en ese punto.

Me volví hacia el ordenador y comencé a trabajar, o a aparentar que trabajaba, mientras no dejaba de darle vueltas a lo que acababa de oír. ¿Lo había entendido bien? ¿Mi jefe de sección me estaba alertando? ¿Me estaba recomendando que mantuviera las distancias con una articulista de su propia sección, como si ella no fuera de fiar? ¿La había contratado Pairolí sabiendo que no era de fiar?

Bueno, lo importante de los articulistas era que escribiesen artículos interesantes, no que fuesen de fiar en el ámbito personal. No, no podía ser que Pairolí hubiese querido decir eso; yo debí de entenderlo mal. Lo que seguramente había querido decir era que no me enamorase de Daniela

CostaPau. Seguramente yo era un capricho para ella, un capricho pasajero, y, si me enamoraba, estaría perdido.

2

Al principio no me enamoré. De hecho, contaba con no volver a verla. Después de una noche que había terminado como el rosario de la aurora, no me quedaba otro remedio que aceptar que lo nuestro probablemente se había acabado, y que yo nunca estaría a la altura de una mujer como ella. Muy a mi pesar, debía olvidarme de aquella faceta de la sexóloga, la práctica, que yo había tenido el privilegio de compartir. Eso fue lo que pensé al principio. Pero a medida que iban pasando los días, no lograba quitármela de la cabeza. Había leído en algún sitio que el enamoramiento era una forma de obsesión: veinticuatro horas al día pensando en alguien. Pues bien, todo el santo día pensaba en ella. Por otra parte, reflexionaba sobre mi propia sensibilidad, que, sí, podía ser excesiva. Un chico demasiado delicado al que le desesperaban los gritos. Mi papel con ella había sido penoso.

No obstante, pasaban los días y no podía evitar hacerme ilusiones con volver a quedar. Si ella me proponía vernos de nuevo, yo me esforzaría lo máximo posible. Como ya no estaría tan nervioso, quizá sus gemidos no me afectasen. Con un poco de suerte, ella disfrutaría de la noche y, quién sabe, tal vez acabaríamos siendo amantes. O incluso pareja. Madre mía, qué manera de fantasear. Sí, yo debía de estar enamorándome; una de las consecuencias del enamoramiento era la idealización, y estaba idealizando a Daniela Costa-Pau.

Lo único que no idealizaba era su frialdad. Había tenido una prueba de ello en el Nummulit. Y, ahora que lo pensaba retrospectivamente, llegaba a la conclusión de que el resto de la noche ella también se había comportado de

manera bastante fría. Me había hecho hacer un montón de posturas, que ahora me parecían ejercicios gimnásticos —que ella había ejecutado a la perfección, eso sí—. No me había dirigido ni una sola palabra afectuosa. No me había dado ni una sola muestra de ternura. Probablemente aquella era la forma que tenía de tratar de compensar los años, los siglos, durante los cuales muchos hombres se habían comportado así con las mujeres. En sus artículos había escrito que las mujeres tenían derecho a disfrutar del sexo por el sexo, el sexo como fin en sí mismo, sin justificarlo con romanticismos, tal como habían hecho los hombres tradicionalmente. Ella se lo tomaba al pie de la letra, porque conmigo había adoptado una actitud masculina (una masculinidad, diría yo, mal entendida). Daba igual. En caso de tener una nueva oportunidad de hacer el amor —mejor dicho: no lo habíamos hecho, habíamos follado, a secas—, quizá iría ganándome su confianza, se iría abriendo y se mostraría más tierna y afectuosa.

Me equivocaba. Tuvimos una segunda oportunidad, y siguió siendo granítica, como un bloque de mármol.

El viernes de la semana siguiente ella vino al periódico a traer su artículo en mano, y, una vez que hube editado el texto, una vez que ambos hubimos fingido que entre nosotros no había pasado nada (sus dedos tamborileando suavemente encima de la mesa, y yo sonrojándome cuando llegué a unas líneas que trataban sobre felaciones: «El secreto de una buena felación —había escrito la sexóloga— son las ganas que le ponga la mujer»), mientras se despedía de mí, dándome dos besos, me susurró al oído:

—Te espero en la consulta.

Acudí. Recuerdo que había comenzado a llover y que en esa ocasión la luz de su despacho era tenue. Lo primero que hizo, sin mediar palabra, fue ir a buscar un preservativo al escritorio. Me pregunté a mí mismo: «¿Siempre tiene ahí los preservativos, en un cajón? ¿Significa eso que trae a la consulta a otros amantes?». Me venía a la memoria otro artículo (prácticamente todo lo que sabía de ella y de su forma de concebir el sexo lo había leído en sus artículos) en que ella había escrito que los hombres que iban con muchas mujeres eran unos mujeriegos, pero que si como mujer hacías lo mismo, te tildaban de «puta». ¿Hablaban en primera persona? ¿Era ella misma

promiscua? Tal vez tenía una colección de amantes, y yo era uno más. Y es probable que fuese de aquello de lo que había querido prevenirme Pairolí. En fin, me habría gustado saberlo. Me habría gustado hacerle esas preguntas a Daniela, y ya de paso charlar un rato, pero me daba miedo incomodarla y que me echara. Ella, estaba claro, quería ir al grano, ya que nada más llegar con el preservativo, se quitó la ropa de manera expeditiva, como si tuviera prisa. ¿Siempre era así el sexo por el sexo? ¿Siempre había que ser tan diligente? En esas circunstancias, ese modo de actuar me parecía un tanto inhumano. Me habría gustado charlar un rato, que hubiese habido un poco de conversación entre nosotros. Por otro lado, me acordé de que ella decía en los artículos que el sexo había que practicarlo yendo al grano, que no hacía falta que los dos amantes quedasen antes para cenar, ni fingiesen que no sabían cómo acabaría la noche.

Aquella transcurrió prácticamente como la primera. Ella me hizo hacer las mismas posturas, dándome vuelta y vuelta, como si yo fuera un filete. O un objeto, uno de los consoladores de la vitrina. Procuré no ser un pan sin sal. Intenté agarrarla por las nalgas con fuerza, pero mis manos resbalaban por su piel a causa del sudor y los aceites esenciales que la impregnaban —me pareció que eran de limón y lavanda—. Afuera se había desatado una lluvia intensa, me llegaba el golpeteo contra los cristales de la ventana y también el sonido del agua deslizándose por alguna cañería: primero corría por el voladizo, luego volvía a chocar contra el cristal. También oía los crujidos y chasquidos del edificio, que se enfriaba y contraía en mitad del aire nocturno. Y supongo que todo aquel ruido hizo que esa vez no me bloquearan sus gritos.

No me corrí, pero daba igual: lo importante fue que ella sí llegó al orgasmo, después de abrirse de piernas en mi boca, como la primera noche. De nuevo, alargó su placer, es decir, volvió a darle mucha importancia. El momento más relevante de la noche, o el que constató mi fracaso, vino después, cuando se tapó la cara con las manos y empezó a llorar. Esta vez no tuve ninguna duda: ella estaba sollozando. Al cabo de unos segundos o minutos que se me volvieron a hacer eternos, se levantó y se dirigió al baño. Tenía el rímel y el maquillaje húmedos.

Debía de llorar porque la noche había ido mal otra vez. Sinceramente, me hundí. Toda la ilusión de la semana pasada, la esperanza de consolidar nuestro vínculo como amantes o, vete a saber, como pareja, ahora me parecía irrisoria. Había quedado demostrado que no podía estar con aquella mujer. Y no me imaginaba pasar una semana más haciéndome conjeturas sobre un tercer encuentro sexual con la falsa esperanza de que aún podía mejorar. Tal expectativa me haría sufrir mucho, y no quería eso. Decidí que a partir de la semana siguiente nos veríamos en el periódico, editaríamos juntos el artículo, pero sin la parte de después, sin intimidad posterior. Ya me las apañaría para que no me afectara el hecho de verla cada semana en la redacción.

Al regresar del baño, me pareció aliviada. Nos despedimos al pie de la Pujada de Sant Domènec, junto a la plaza de l'Oli. Pero esta vez no me corté:

—Lo siento, Daniela, pero creo que sería mejor dejarlo correr.

—¿Qué es lo que hay que dejar correr? —No parecía sorprendida por mi anuncio. Continuaba mirándome fijamente, sin expresar nada. Ni siquiera parpadeó.

—Dejar correr lo que tenemos, sea lo que sea. No sé si puedo considerarme tu amante, no sé si tienes otros, como tampoco sé qué esperas de mí, si es que esperas algo. Creo que hoy ha quedado demostrado que no puedo estar contigo. Lo siento. Y también siento que todo termine así, contigo llorando. Lo he hecho fatal. Entiendo que estés decepcionada conmigo. Solo te pido que sigamos siendo colegas en la redacción y que no volvamos a tu despacho.

Yo no sabía si ella estaba afectada por lo que acababa de decirle: su rostro seguía igual de inescrutable. Solo me respondió, de manera lacónica:

—No es lo que crees.

—No es lo que creo —repetí. Me estaba acostumbrando a repetir las frases de mi interlocutor o interlocutora cuando no sabía cómo reaccionar. Quizá fuese un modo de digerirlo, de ganar tiempo.

—Buen fin de semana —concluyó ella, antes de marcharse.

Yo contaba con no volver a su despacho. Y que en la redacción, a partir de

entonces, ella me lo pondría fácil y aparentaría que no había pasado nada entre nosotros, como había hecho solo unas horas antes. Y si no podía soportarlo, le pediría que los viernes dejase de venir al periódico y que nos enviase su artículo por fax o módem, como hacían la mayoría de los articulistas. Eso era lo que yo pensaba, pero, como siempre, la vida tuvo sus propios planes: el lunes siguiente recibí una llamada que lo cambió prácticamente todo.

En aquella época, a pesar de mi inexperiencia en la cama, yo me consideraba totalmente adulto. Sin embargo, ahora creo que aquella llamada, y el encuentro que propició, significó el inicio de mi vida adulta. Aunque puede que ya hubiese tenido lugar en el sofá cama de la sexóloga. O que mi edad adulta hubiese comenzado justo después del segundo encuentro, cuando le dije que lo sentía mucho pero que creía que teníamos que dejarlo correr. Porque esa había sido la primera vez, que yo recordase, que me había atrevido a plantar cara a una situación. A dar una negativa por respuesta. Y a ser coherente con lo que me decía mi voz interior, una voz a la que hasta entonces siempre había silenciado ante los deseos o las necesidades de los demás, porque, como he dicho, quería ser un buen chico, aceptado por todo el mundo, y eso suponía pagar un precio, que era dar siempre la razón o, sencillamente, callar cuando no me gustaba lo que me hacían o lo que querían que hiciese. Mi infancia y mi adolescencia habían sido normales y corrientes, plácidas, diría yo, con unos padres en absoluto complicados que me querían y me facilitaban la vida, pero, aun así, a medida que había tenido que enfrentarme a las típicas situaciones injustas en la escuela, como un comentario negativo de un profesor o de un compañero de clase, mi respuesta había sido esconder la cabeza bajo el ala, no sembrar cizaña ni buscar el enfrentamiento, porque no sé por qué demonios estaba convencido de que las buenas personas evitaban el conflicto, y yo pretendía ser una buena persona por encima de todo. Ello no significaba poner la otra mejilla. No la ponía en la escuela cuando un chico me criticaba, pongamos por caso, porque nunca jugaba al fútbol —no me gustaba, porque no me iban los grupos ni las cuadrillas—, pero, eso sí, tampoco me revolvía. No soltaba ningún exabrupto, ni tenía salida de tono alguna. Tampoco me gustaba exponerme en público,

porque si te exponías, si participabas, por ejemplo, en las lecturas de la Biblia o en el recital de poemas de Navidad, te arriesgabas a ser el centro de atención, y yo no quería ser el centro de atención. Por eso ahora había decidido que, como Miquel Pairell, sería un escritor minoritario. Porque así podría pasar desapercibido, igual que ahora pasaba desapercibido en la sección de opinión, abandonada a su suerte en un rincón de la redacción.

Pero me estoy desviando. El lunes siguiente, al poco de llegar al periódico, recibí una llamada que lo cambió prácticamente todo. Era de un hombre, y al principio pensé que era un articulista, o bien un lector que quería quejarse porque le habían recortado su carta al director.

—Soy Jofre Pallicera —se identificó.

No lo conocía, no me sonaba de nada. Quizá era un político. De vez en cuando, los políticos locales nos enviaban artículos sin que se los hubiésemos pedido. En cualquier caso, no conocía al tal Jofre Pallicera.

—El marido de Daniela Costa-Pau —añadió.

Me quedé estupefacto, seguramente blanco como el papel de fumar. Yo desconocía que la sexóloga estuviese casada.

—Perdona que te llame al trabajo, pero no tengo tu teléfono particular. — Aquella voz, grave, era de viejo. Era la voz de un hombre mucho mayor que Daniela—. Sé que corriges los artículos de mi mujer, y también que os habéis visto fuera de la redacción.

Mi corazón palpitaba como un tambor. Estaba acabado. El tal Jofre Pallicera debía de saber que su mujer le había sido infiel, y con toda seguridad me llamaba para desahogarse, para exteriorizar su indignación. Obviamente, a quien debía pedir explicaciones era a su mujer. Pero mi papel no había sido inocente. Me temí lo peor y pensé: «De un momento a otro empezará a soltar reproches». Esperaba oír una voz iracunda, colérica. Pero Jofre Pallicera prosiguió con un tono amable.

—Tranquilo, no te he llamado para reprocharte nada. Cualquier chico en tu lugar habría caído rendido a los encantos de mi esposa. Te he llamado para pedirte que nos veamos, si tienes la bondad.

Pensé dos cosas: que él sabía con seguridad que su mujer le había sido infiel (había dicho literalmente: «Cualquier chico en tu lugar habría caído

rendido a los encantos de mi esposa») y que sí, sería un hombre mayor, ya que había utilizado la expresión «si tienes la bondad». Y ya nadie hablaba así.

Continuó, siendo más explícito en su petición:

—¿Nos podemos ver mañana?

Seguramente se me notó el desconcierto en la cara, porque Pairolí me miró como queriendo decir: «¿Va todo bien?». Dado que en la sección solo éramos dos, resultaba inevitable que reparáramos en el tipo de conversación que mantenía el otro por teléfono.

Debió ver que yo estaba colapsado, porque me miró como preguntándome si necesitaba que hablara él con aquel hombre, o que «apagara el fuego», como acostumbraba a hacer cuando un articulista era un maleducado. Le hice un gesto para tranquilizarlo, indicándole que estaba todo controlado.

—Veo que te has quedado mudo —dijo Jofre Pallicera, al otro lado del hilo telefónico—. Pues eso: tendríamos que vernos mañana, si tienes la bondad.

No sabía qué responderle. Una parte de mí quería fundirse allí mismo. Otra quería cerrar aquel episodio lo antes posible. Pero encontrarme cara a cara con él... Para mi yo tímido y avergonzado, era demasiado.

—Sigues callado, y lo entiendo —prosiguió, con una voz que traslucía aplomo y serenidad, como si tuviera por objetivo transmitirme confianza—. Entiendo que te dé apuro vernos. Entiendo que el solo hecho de pensar en ello te trastorne. Bastante tendrás ya, me imagino, con digerir el episodio del viernes con mi esposa.

El tal Jofre Pallicera parecía estar al corriente de los detalles del asunto. ¿Se lo habría contado todo, con pelos y señales, Daniela Costa-Pau? ¿Que yo había hecho el ridículo? ¿Que ella había acabado llorando? Bueno, por lo menos sabía que yo no suponía ningún tipo de competencia para él. Que ya le había dicho adiós a su mujer. Y que había dado aquel vínculo nuestro, fuera el que fuese, por cerrado.

—No te preocupes, no te estoy pidiendo que nos veamos para reprocharte nada. El motivo de esta llamada es concretar el encuentro de mañana, podemos hacerlo mientras paseamos por la finca donde vivimos Daniela y

yo. Supongo que te habrá dicho que residimos en el campus de Can Benet Vives, en el Montnegre.

—No, no lo sabía.

—Pues sí, y resulta que ella mañana estará fuera, de viaje, en un congreso de sexualidad en Madrid. Eso nos permitirá hablar tranquilamente a ti y a mí. Si la cosa se alarga, podremos continuar charlando por la noche sin tener que preocuparnos de que ella llegue.

—Sin tener que preocuparnos de que ella llegue.

—No estoy escondiendo nada, no pienses que quiero decirte algo a sus espaldas. Pero la situación no sería cómoda para ninguno de los tres.

—¿Puede adelantarme algo?

—¿De qué?

—De lo que me quiere comentar.

—Se nota que eres periodista, o que quieres serlo. Entiendo que te gustaría contar con un titular periodístico sobre lo que quiero decirte, pero si se pudiese resumir en pocas palabras, no valdría la pena que vinieras. Y no, no se puede resumir en pocas palabras, y menos por teléfono. La historia de Daniela es demasiado delicada, hay demasiados matices.

—¿Quiere explicarme su historia?

—Sí, tengo que explicarte su historia. Ya me ha dicho Daniela que con el tiempo quieres escribir historias, ¿no?

—Exacto.

—Pues la que tengo que contarte te pondrá la piel de gallina.

Aquello me convenció.

—De acuerdo, iré.

3

Cuando al día siguiente acudí a Can Benet Vives, ya había buscado información sobre aquel campus. No obstante, en la hemeroteca del periódico había pocas noticias, la mayoría relacionadas con cursos y talleres que *El Punt* había publicado en la agenda, lo que significaba que Can Benet Vives no había protagonizado ningún escándalo, no había sido noticia por nada que no fuesen sus actividades, que, por otro lado, en aquella época eran bastante desconocidas e incluso extravagantes, ya que estaban relacionadas con la espiritualidad práctica y la meditación, y mucha gente todavía asociaba la espiritualidad con la religión, y la meditación con la reflexión (yo, el primero).

Se trataba de un campus de «desarrollo humano», situado en una finca de ocho hectáreas en el Parque Natural del Montnegre. Las fotografías eran muy bellas: un grupo de cuatro masías, con piscina incluida, en mitad de los tonos verdes y ocres del Montnegre. Pensé que Daniela CostaPau era una privilegiada por el hecho de vivir en aquel rincón del mundo, y que si lo llego a saber antes —antes de que el sexo lo hubiese complicado todo entre nosotros—, le habría pedido ir una temporada, tal vez coincidiendo con las vacaciones de verano, para escribir unas páginas de algún cuento o de alguna novela. De todas maneras, quizá Dios o el destino o el azar (entonces aún creía en el azar) había hecho que fuese precisamente aquel el escenario en que podría situar una futura historia.

Me acompañó un amigo. Mientras íbamos en el coche constaté que el paisaje, en efecto, era una maravilla. Había llovido durante la noche y ahora

el sol desprendía una fuerte luminosidad, como si quisiera enjugar deprisa todo lo que la lluvia había empapado. El camino era sinuoso, ahora ascendente, ahora cuesta abajo. Recuerdo que no podía evitar que mi mente regresara a Jofre Pallicera. ¿Y si me había engañado? ¿Y si aquello de la historia no era más que un cebo para convencerme de que acudiera y así poder decirme lo que pensaba de mí, del hecho de que me hubiera liado con su mujer? Aunque él le sacara muchos años, yo dudaba de que le fuera indiferente que ella le hubiese puesto los cuernos. En algún artículo, Daniela Costa-Pau había escrito que las personas no nos poseíamos unas a otras, pero yo dudaba mucho de que Jofre Pallicera no sintiera a la sexóloga un poco suya, y que no experimentara celos. La expectativa de encontrarme cara a cara con él no me hacía ninguna gracia.

Mi amigo me dejó en la entrada, junto a un molino de viento. La tierra estaba blanda, casi fangosa, y los pies se hundían un poco. En los pliegues de las hojas aún quedaban gotas de agua que no se habían evaporado. Los aromas que me llegaban eran una mezcla de frescor y putrefacción, ese olor espeso que desprenden los bosques después de haber llovido.

Me recibió Andrea, la coordinadora del centro, una chica pequeña, nerviosa como un pájaro, a la que un diente roto infundía cierto aire travieso. Llevaba un jersey color amarillo mostaza, y unos pantalones de pana. En el cuello lucía un pequeño tatuaje. Me dio dos besos y me dijo:

—El maestro te espera en la cocina.

—¿El maestro? —dije, curioso.

—Jofre.

Mientras nos dirigíamos a la cocina le habría querido preguntar por qué lo llamaban «maestro», pero Andrea se puso a contarme cosas de ella y de Can Benet Vives. Me dijo que había empezado como voluntaria. Al principio, durante unos meses, tuvo el alojamiento y la comida gratis a cambio de realizar tareas de mantenimiento y de ayudar en la cocina y el huerto. En el centro vivían entre doce y quince personas, dependiendo de las temporadas, sumando trabajadores y voluntarios.

—¿Vivís en comunidad?

—Sí.

—¿Sois una comunidad hippy? —A mí vivir en comunidad me sonaba a hippy, por desconocimiento, por prejuicios.

—Somos una comunidad, y punto. —Andrea se puso seria, como si la pregunta la hubiese ofendido un poco—. Estamos bien organizados. En caso contrario, no daríamos abasto. Cada fin de semana vienen grupos de cincuenta o cien personas, y sin organización no podríamos hacer nada de nada.

Dejamos el tema en ese punto, porque llegamos a la masía principal. El vestíbulo era una sala polivalente y hacía las funciones de recepción, de comedor y de biblioteca. Los ojos se me fueron a los libros: había títulos de Carlos Castaneda y de G. I. Gurdjieff. De nuevo pensé que no me habría importado quedarme allí una buena temporada, leyendo junto a la chimenea. Trataba de distraerme con ese tipo de pensamientos, porque cada vez estaba más nervioso ante la perspectiva de encontrarme frente a frente con el marido de Daniela Costa-Pau, y más ahora, sabiendo que era un «maestro». «¿Maestro de qué? —pensé—. ¿De sexo tántrico?»

Lo vi en la cocina, y mi primera impresión fue la misma que tuve al oír su voz. Entonces no había llegado aún a la conclusión a la que he llegado con los años: que la voz es el auténtico espejo del alma. La voz nunca engaña.

—Mira a quién tenemos aquí, el corrector de artículos. —Fueron las primeras palabras que me dirigió.

No lo dijo con tono despectivo o burlón, y ni mucho menos con superioridad. Aquel hombre no me miraba de arriba abajo o por encima del hombro, pese a que era mucho mayor que yo: podría haber sido mi abuelo. Su figura desprendía una sensación de bondad y serenidad. Seguro que cuando Jofre Pallicera se ponía a escribir, su prosa era pausada, sin pirotecnia. Era un hombre alto, ancho de espaldas, rondaba los setenta pero aún tenía un porte juvenil, como si la vida no le hubiese pasado factura: la piel tirante y sin demasiadas arrugas. Más bien recio que delgado. Llevaba el pelo, largo y gris, recogido en una cola de caballo.

Tras unas gafas redondas de carey, los ojos —en forma de almendra, con una caída exótica— me miraban con seguridad y dulzura a un tiempo, como si empatizasen conmigo. Al fin y al cabo, nos unía un hilo invisible con la

misma mujer. La nuestra era una historia triangular, aunque el triángulo no fuera equilátero.

No lo recuerdo todo de aquel almuerzo, ya que la conversación importante llegó después, cuando fuimos a pasear por el bosque. Sí me acuerdo de que él hizo todo lo posible por que me sintiera cómodo. Como me había asegurado por teléfono, no me hizo ningún reproche. Yo seguía sin estar tranquilo, y, contrariamente a lo que suele pasar con los nervios, el estómago no se me había cerrado. Recuerdo que el cocinero, que se llamaba Eric, había preparado una ensalada catalana típica, con gran variedad de verduras del huerto de la finca. De segundo plato, pudimos escoger entre unos canelones de espinacas y un surtido de tortillas, de patata, alcachofa y ajetes. Todo ello, acompañado de un pan de cereales con tomate, un tomate deliciosamente ácido, y unos pepinillos en vinagre.

Al almuerzo se sumaron algunos trabajadores y voluntarios del centro. Antes de sentarse a la mesa, juntaban las manos y hacían una ligera inclinación, en dirección a Jofre Pallicera. ¿Inclinación o reverencia? No sabría decirlo. Fuera como fuese, esa era la manera de saludar al «maestro». Pero, una vez en la mesa, se comportaban con gran naturalidad. La mesa, al ser redonda, estimulaba la conversación en grupo. Una voluntaria con acento andaluz contó que se había pasado toda la mañana limpiando la sauna, una pequeña cabaña de madera situada junto a la piscina. Por los comentarios y anécdotas que surgieron en la conversación, me enteré de que los miércoles por la tarde los trabajadores participaban en una «sauna colectiva», y, en cuanto terminaban, sin transición, salían al jardín desnudos y se bañaban en la piscina. Sí que era hippy aquella comunidad.

No escuché nada más, porque, a partir del segundo plato, Jofre Pallicera acaparó mi atención. Alguien había sacado el tema del trabajazo que les esperaba la semana siguiente, y él me dijo:

—Aquí el tiempo se nos va en el día a día.

A continuación, me resumió ese «día a día» de la finca. Más que los talleres en sí, la mayor carga de trabajo era que todo estuviese a punto: comprar el material y la comida, las labores de mantenimiento, remodelar las habitaciones, cuidar del huerto y el jardín, barnizar la madera del exterior,

etcétera. No era fácil, porque los voluntarios llegaban con poca preparación.

—Y cuando los tienes enseñados, se marchan —añadió.

El resto del almuerzo continuó en la misma tónica, y hasta el final no quiso entrar en materia. Era uno de esos hombres chapados a la antigua, pensó, elegante en las formas, que no abordaba los temas espinosos de buenas a primeras. Cuando ya nos habíamos tomado el café (él, un té matcha), me preguntó, retóricamente:

—¿Te apetece que demos una vuelta?

Fue entonces cuando nos dirigimos al bosque.

La vegetación crecía exuberante y ufana en cada palmo de tierra. Había mucha variedad de brotes, de hojas, de tonos de verdor. En los márgenes, a ras de suelo, se abrían minúsculos retoños de haya. El «maestro» (como empecé a llamarlo en mi interior; tal vez se me había pegado durante el almuerzo) me dijo que aquella había sido una de las periódicas buenas añadas del hayedo, y que las hayas se habían extendido por todas partes. También me fue diciendo los nombres de los árboles y los arbustos: abetos, cerezos, robles, encinas y madroños. En aquella zona prosperaban especies de las regiones más alejadas de Europa. Una especie de abeto idéntica a la de algunos bosques de Alemania; el pino silvestre de Escocia; el arce de los bosques de Hungría. Él se los sabía de memoria: paseaba a diario por aquellos caminos. Procuraba estar siempre en Can Benet Vives, pero de vez en cuando todavía tenía que ir a Barcelona a impartir clases y cursos.

—Disculpe la pregunta, Jofre —dije, intrigado—. ¿Cursos de qué, exactamente?

En realidad quería saber por qué lo llamaban «maestro» y pensé que formularle esa pregunta era un modo indirecto de averiguarlo.

—Soy antropólogo, como mi colega Josep Maria Fericgla, con quien fundé este campus. Pero los cursos los hago sobre la verdadera identidad.

—¿La verdadera identidad? ¿La catalana? —dije, con curiosidad.

El maestro estuvo a punto de echarse a reír. Sin embargo, prosiguió como si nada. Y lo hizo en un tono pedagógico, el mismo que debía de emplear en

los cursos y talleres.

—Sobre la verdadera identidad, que no tiene nada que ver con las naciones. Ni tampoco con el «yo». Parece mentira que la especie humana aún viva creyendo que el «yo» es su auténtica naturaleza.

Asentí con la cabeza, pero no entendía lo que me estaba diciendo. Él continuó:

—Existe una falsa creencia colectiva: la mayoría de la gente vive autoengañada, sugestionada, creyendo que es aquello que en realidad no es. La mayoría de las personas se dicen a sí mismas: «Yo soy este organismo, unos rasgos físicos y de temperamento, mis cualidades o defectos, el país en el que he nacido, mi nombre y apellidos, mi biografía, lo que he conseguido, los recuerdos, las creencias». Y no, esa no es nuestra verdadera identidad. Tampoco lo es la autoimagen: cómo nos vemos. Ni cómo nos ven los demás, la máscara social. El ser real no es eso.

Asentí de nuevo con la cabeza, no porque estuviera de acuerdo con él (no sabía ni de qué me estaba hablando), sino para demostrarle que lo seguía y que me interesaba su discurso. Era como si le estuviese haciendo una entrevista, vamos. Diría que sí, silente, para que el entrevistado no perdiera el hilo.

—Ya sé que todo esto te suena extraño; pero el día que quieras lo puedes experimentar tú mismo. De vez en cuando, aquí, en Can Benet Vives, tomamos medicina, y estás invitado a venir, a tomarla con nosotros y a experimentar todo esto que te estoy diciendo.

—¿Medicina?

—También la llamamos «la planta». Me refiero a la ayahuasca, a tomar ayahuasca.

—De acuerdo —dije, sin tener ni idea de qué era—. Muchas gracias.

—De todas maneras, no has venido aquí para oírme hablar de eso. Es de Daniela, de quien vamos a hablar. De su historia, y del momento en que se encuentra ahora. Pero, antes que nada, quiero darte las gracias.

—¿Las gracias?

—Por todo lo que has hecho por Daniela.

Supongo que mi expresión fue de incredulidad, e incluso de perplejidad.

Desvié la mirada: habíamos llegado a un claro del bosque abierto por una pedriza, una especie de cascada inmóvil de rocas desprendidas, con matas de hierba que habían echado raíces en casi todas las grietas.

—Ya veo que te sorprende que te dé las gracias. Hasta diría que te has sonrojado. No te preocupes, es lógico; debes de pensar que todo esto es muy extraño. Supongo que te estarás preguntando qué has hecho por Daniela, más allá de corregirle los artículos y mantener un vínculo con ella. Un vínculo muy poco habitual. Bastante extraño debe ya de parecerse ese vínculo, y dice mucho de ti que hayas venido a Can Benet Vives, para que encima te dé las gracias.

Yo continuaba sin saber qué decir, pero no quería ser desagradable con aquel hombre que me trataba con tanto respeto. De modo que le respondí lo primero que se me ocurrió.

—Gracias por las gracias.

Me reí para disimular mi turbación. Lo que acababa de decir, abrumado por la situación excepcional, era poco menos que una majadería. Pero otro mérito del maestro fue acogerla con una sonrisa, como si yo hubiese soltado un chascarrillo. Tenía la sensación de que aquel hombre era capaz de no perder nunca la flema ni la actitud compasiva con su interlocutor.

—Ya me había dicho Daniela que eras muy pulcro —dijo—, pero no me imaginaba que lo fueras hasta ese extremo. —Se rio un instante, y luego prosiguió—: Pero me estoy desviando. Te estaba dando las gracias. Y te estarás preguntando por qué te las he dado. Te preguntarás cómo es posible que el marido de la mujer con la que has compartido dos noches de intimidad te dé las gracias. ¿A que te lo preguntas?

Pensé: «Pues sí que está informado». Así pues, él sabía que habían sido exactamente dos noches. Tal vez Daniela se lo había confesado en un arrebato de culpabilidad. Y lo más sorprendente no era solo que él no me hiciera reproche alguno (¿cuál podría hacerme a mí? Los reproches debía dirigirlos más bien hacia ella), sino que, además, me lo agradeciera. ¿Y los celos? ¿Acaso aquel hombre no los experimentaba? Quizá por eso lo llamaban el «maestro», porque estaba por encima de las pasiones mundanas.

—Sí, Jofre, me lo pregunto. Y también me pregunto, con todo el respeto:

¿no siente usted celos?

—Pues sí, se nota que eres periodista —dijo con una media sonrisa, y se frotó las manos, como si mi pregunta le resultara estimulante. Si era un maestro, lo más probable era que estuviera acostumbrado a las preguntas. Me respondió, volviendo a su tono pedagógico—: Los celos están presentes, pero se deben trascender, porque son un afán de posesión. El concepto de fidelidad o infidelidad tampoco tiene demasiada importancia. Lo importante es ser fiel a uno mismo.

Le habría preguntado qué quería decir con lo de ser fiel a uno mismo, pero dio la digresión por terminada (puede que el de los celos fuera un terreno resbaladizo), porque añadió:

—Tenemos que hablar de Daniela. —Por primera vez, hubo tensión en su rostro—. Según me ha dicho mi esposa, las dos noches que habéis pasado juntos ella terminó llorando, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Quedaba claro que mi intuición de la primera noche había sido correcta, y que ya desde el primer momento Daniela había acabado sollozando.

—Supongo que el hecho de que llorase debió de sorprenderte. Me imagino que pensaste que era culpa tuya. Ya me dijo Daniela que te quedaste tan extrañado que ni siquiera le ofreciste un pañuelo. —Me sorprendió que le hubiese contado tantos detalles: ¿le dio también detalles sexuales? ¿Le contó los gritos que ella pegaba, y que yo le había tapado la boca? Detuve mis pensamientos, porque el maestro siguió hablando—: Pues estate tranquilo, porque el hecho de que llorase no tuvo nada que ver contigo. Bueno, sí tuvo que ver, porque en realidad tú fuiste el agente provocador, como si dijéramos. Un catalizador. O un desencadenante, como quieras llamarlo.

—Igual que con los orgasmos —se me escapó—. Un papel, el mío, secundario.

Ahora fue Jofre quien se ruborizó un poco.

—Sí, exacto, buena comparación. Y eso que Daniela me dijo que eras un pan sin sal. Fíjate, ¡eres una caja de sorpresas!

Ambos nos reímos.

—Donde quiero ir a parar es al problema de mi mujer. Créetelo, esa

mujer, que parece adornada con todas las virtudes, la profesional transgresora que habla de aquello que poca gente se atreve a mencionar, y a quien tantas pacientes y seguidoras ven como la encarnación de la perfección y la seguridad, esa mujer, decía, tiene un problema emocional que arrastra desde hace tiempo. Las lágrimas, o la falta de lágrimas, son la representación visible. Tú que quieres ser escritor tal vez dirías que son la metáfora.

—Bueno, las metáforas no terminan de gustarme. —Pairolí siempre me había alertado sobre las metáforas.

—Pues dejémoslo en que son la punta del iceberg de un problema de fondo. Hasta ahora, Daniela no recordaba haber llorado nunca. Y el problema no es la falta de lágrimas, sino aquello que revela. No sé si me explico.

—Sí y no. —Le habría hecho muchas preguntas a Jofre. ¿De qué problema emocional estaba hablando? El hecho de no llorar, ¿no era un problema en sí mismo? ¿Acaso no sentía tristeza Daniela Costa-Pau?

—Bueno, dado que tenemos tiempo por delante, cualquier pregunta quedará contestada cuando te cuente su historia. Lo entenderás todo. Y también entenderás por qué te doy las gracias. Y no solo eso. Ya te adelanto que sea lo que sea lo que hayas hecho con Daniela en la cama (bueno, lo que has hecho ya lo sabemos: me refiero al «cómo»; obviamente, no entraremos en el cómo, porque eso sería una falta de respeto hacia ella), sea lo que sea lo que le has hecho en la cama, debo pedirte que se lo sigas haciendo. Que compartas momentos de intimidad con ella y que continúes haciendo exactamente lo que has hecho. Yo no supondré un obstáculo, al contrario: cuenta con todo mi apoyo.

«Dios mío —pensé—. Todo esto es surrealista. ¿Lo estoy entendiendo bien? ¿Qué es lo que he hecho yo en el sofá de Daniela, aparte del ridículo? ¿Y si este hombre me está tomando el pelo? ¿Y si todo este asunto es una broma, o un juego?»

Aparte de seguir sus instrucciones, yo no había hecho nada con Daniela. No me entraba en la cabeza que aquello pudiera ser motivo de agradecimiento. Y, menos aún, que ahora su marido me estuviese pidiendo que continuara haciéndolo, con el objetivo de que ella pudiese llorar. En cualquier caso, estaba claro que él no podía sentir deseo por su mujer si se

dedicaba a alentar a jóvenes (o aunque solo fuera uno) a liarse con ella.

—Debes pensar que no siento ningún deseo por Daniela. Que quizá hace demasiados años que estamos juntos y que ya no siento atracción física hacia ella. O tal vez me tomas por un cínico. Pero sé que la ayudo diciéndote precisamente eso: que estés tranquilo, que sigas haciendo lo que haces y que cuentas con todo mi apoyo. No seré un estorbo, ni molestaré.

—A ver si lo he entendido bien. —Le planteé una pregunta exclusivamente periodística, para intentar comprender el meollo del asunto —: ¿El objetivo es que Daniela lllore más?

—Sí.

—Y ¿tan importante es para ella?

—Es sumamente importante. No quisiera sonar grandilocuente ni exagerado (si hay algo que procuro hacer es vivir y hablar con sencillez; no puedo decir que sea humilde porque entonces ya no lo sería, pero sí puedo afirmar que no soy grandilocuente), pero te puedo asegurar, y no quisiera exagerar, que el hecho de que Daniela pueda continuar llorando y que ese llanto provoque una catarsis es para ella una cuestión de vida o muerte.

Pensé: «¡Menos mal que no quiere exagerar!». Todo aquello me parecía una desmesura. Y no entendía nada en absoluto. «Pero no pienses. No llegues a ninguna conclusión precipitada.» Nos habíamos detenido junto a una fuente. La tierra era aún fangosa. Aquel lado de la montaña era más bien umbrío.

—Jofre, me gustaría comprenderlo. A ver. ¿Me está diciendo que la vida de Daniela depende, en cierto modo, del hecho de que pueda llorar más?

—Exacto.

—Sinceramente, no lo entiendo. No comprendo qué tienen que ver unas lágrimas con la supervivencia de alguien. Además, Daniela tiene buen aspecto. —Iba a decir que tenía mucho ímpetu y energía en la cama, pero me callé—. Y, que yo sepa, goza de buena salud.

—Tiene buena salud desde un punto de vista físico.

—Sigo sin entender nada de nada.

—Volvamos a la masía y, si te parece, te lo contaré con calma. Tienes tiempo, ¿no?

Sí, claro que tenía tiempo. Había acudido a Can Benet Vives para escuchar esa historia. Todo lo que yo tenía que hacer me parecía una frivolidad, en comparación con lo que me estaba diciendo aquel hombre (siempre que no estuviera jugando conmigo, cosa que aún no había descartado completamente). También consideré frívolo que yo me hubiese alarmado por los gritos de Daniela. Si era su vida lo que estaba en juego, todo cambiaba.

Y podía llegar a entender que a Jofre le trajera sin cuidado que un jovencito se fuera a la cama con su mujer. Si era la vida de ella lo que estaba en juego, los celos pasaban a un segundo o tercer plano.

No obstante, yo continuaba sin comprender qué tenía que ver el hecho de llorar con la vida o la muerte de Daniela. No lograba atisbar cuál podría ser la relación entre una cosa y la otra.

Por ese motivo, una vez que hubimos regresado a Can Benet Vives, durante las horas en que Jofre estuvo hablando conmigo, primero en el despacho de su socio Fericgla, una estancia desde la cual se veía el cielo de un azul despejado, el mar y el puerto de Calella, y luego sentados ante la chimenea de recepción, mientras él iba hablando con su voz parsimoniosa y cogiendo troncos, leños de encina para mantener las brasas, ambos tomando café y té —yo, café y él, un té matcha que alargó hasta la hora de cenar, cuando volvimos a la cocina y comimos una sopa de verduras y un salmón a la plancha—, durante todas esas horas en que Jofre estuvo hablando, me repetí, como un mantra: escucha a este hombre. Escucha atentamente todo lo que te está diciendo y no lo interrumpas. Deja que hable. Toma nota mental, no solo por curiosidad y para resolver tus dudas. No solo para saber cuál va a ser a partir de ahora tu papel con Daniela. Escucha, y toma nota mentalmente, aunque solo sea para que el día de mañana, con todo lo que te está contando, puedas escribir una buena historia.

Segunda parte

La catarsis

1

Cuando Jofre conoció a Daniela, teóricamente él ya se había jubilado. Había dejado gran parte de las clases de antropología en la Universidad de Barcelona. Solo iba a la ciudad de vez en cuando, para impartir algún curso, y se dedicaba en cuerpo y alma a Can Benet Vives, para intentar convertirlo en un centro de referencia europeo, especializado en el cultivo del mundo interior. A pesar de los esfuerzos, aún quedaba mucho trabajo por hacer. La mayoría de la gente vivía dormida, desconectada de sí misma, y en lo último que pensaban era en el cultivo de su mundo interior, una práctica extravagante. Lo que peor llevaba Jofre era que la visión de la vida que él divulgaba, la no dual, la que habían transmitido los grandes sabios de la historia y el punto en común de todas las tradiciones espirituales, no estaba calando entre la mayor parte de la población, ni siquiera entre una masa crítica. Costaba mucho que las personas fueran conscientes de su verdadera naturaleza. La mayoría de la población vivía engañada, igual que sus antepasados cuando estaban convencidos de que la Tierra era plana. Una especie de hipnosis colectiva, transmitida a lo largo de los siglos, de generación en generación: creer que no éramos más que un cuerpo, y una mente encapsulada en el cuerpo. Por el contrario, según la no dualidad, en una escala profunda tan solo existía una conciencia, y no siete mil millones de conciencias en el planeta Tierra, y la separación aparente entre personas era un engaño de los sentidos. «Una ilusión óptica de la mente», en palabras del científico Albert Einstein.

Jofre había descubierto esa verdadera naturaleza suya hacía muchos años,

cuando estaba escribiendo la tesis doctoral sobre una comunidad amazónica de Putumayo, en la selva colombiana. Allí los chamanes, mediante los sueños y algunas sustancias psicoactivas como la ayahuasca, captaban «la realidad real», la que había más allá de *maya*. En Europa tildaban a esas culturas de atrasadas, e incluso de primitivas; se suponía que nosotros estábamos más evolucionados. En aquella época estaba de moda el realismo mágico, y era una lástima que los escritores que pertenecían a aquel movimiento considerasen que eran «mágicas» unas áreas de la realidad que estaban dentro de nosotros o a nuestro alcance, pero que teníamos completamente olvidadas. Se nos habían vuelto tan ajenas como las profundidades submarinas lo eran para los pasajeros de un crucero turístico. Occidente veía el mundo desde la superficie.

«Si se abriesen las puertas de la percepción, todo se le aparecería al hombre tal como es, infinito», había escrito William Blake. Pues bien, Jofre abría las puertas de la percepción con la ayahuasca. A diferencia de otras sustancias psicoactivas, como la mescalina o el LSD, el consumidor de «la planta» no perdía en ningún momento el contacto con lo que lo rodeaba. Él tenía visiones de todo tipo, de arquetipos del inconsciente colectivo, pero cuando iba más allá de esas visiones, tal como si fuera más allá de una neblina, entraba en un estado similar al de la meditación, de quietud, de no pensar mucho, de sentirse bien consigo mismo y con los demás, y, aún más importante, captaba su auténtica naturaleza. Experimentaba que él era «uno» con el resto de las personas y también con los árboles, las montañas y el resto de seres vivos. Y, al terminar, se sentía impelido a darlo a conocer. No podía dejar de compartir las virtudes de la ayahuasca y su potencial.

No era una tarea fácil, porque muchos gobiernos aún la consideraban una droga. Había mucha hipocresía alrededor de las drogas. No tenía sentido que el tabaco y el alcohol fueran legales, con las muertes que causaban, y que para la ayahuasca costase tanto obtener la autorización de la Organización Mundial de la Salud. El uso religioso de «la bebida» estaba explícitamente protegido en Brasil, Estados Unidos, Canadá y Holanda. Por otro lado, se consideraba patrimonio cultural en Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia. A pesar de ello, la DMT (un alcaloide presente en algunas de las plantas de las

que se obtenía la ayahuasca, como la *Psychotria viridis* o la *Diplopterys cabrerana*) estaba incluida en la misma lista que la cocaína y la heroína. Era un disparate. Había sido catalogada como un producto sin interés médico: otro disparate. Si algo se había demostrado era el interés terapéutico de la ayahuasca. La bebida facilitaba procesos de catarsis, de un alto valor sanador.

Daniela Costa-Pau llegó por primera vez a Can Benet Vives buscando esa catarsis. En aquella época él ya había organizado el trabajo con «la planta», y estructuraba las intuiciones y las visiones. No era suficiente tomarla como el que se bebe un whisky. De todas maneras, en Can Benet Vives no la tomaban mucho: aunque su consumo no creaba adicción, eran partidarios de no abusar de ella, a diferencia de algunas religiones brasileñas. Se reunían para tomarla una vez al mes. A aquellos encuentros tan solo podían asistir amigos y algún amigo de un amigo.

Así fue como un sábado, una amiga de Jofre, la psicóloga Eugènia Llort, se presentó con Daniela. Ellas eran compañeras de trabajo en el Institut Bolinches de Barcelona. Lo único que Jofre sabía —a través de Eugènia Llort— era que aquella chica necesitaba una catarsis.

Cuando Eugènia los presentó, en Can Benet Vives estaban haciendo obras. Estaba pendiente la remodelación del tejado de la masía principal: algunas vigas de madera estaban carcomidas e incluso podridas, y la cubierta estaba a punto de hundirse. Jofre, junto con su socio Fericgla, se había hipotecado hasta las cejas para poner los cimientos metafóricos y reales de aquel «campus de desarrollo humano». Pues bien, en el momento en que Eugènia Llort le presentó a Daniela, se encontraban en el vestíbulo, y un mueble cedió con estridencia (la carcoma debió de terminar su tarea). Daniela señaló la viga carcomida y le dijo a Jofre:

—Ya veo que tu centro no se sostiene por ninguna parte.

Se rio, encantada con la causticidad de su humor. A continuación, permaneció en silencio durante unos instantes, absorta en sus pensamientos. Luego, levantó la vista y continuó, con la voz juguetona:

—De modo que tú te dedicas a drogar a la gente.

—Solo drogo a la gente que quiere dejar de estar perdida —dijo él, guiñándole un ojo.

Daniela le dedicó una sonrisa, pero fue postiza, y él pensó por primera vez: «Esta chica debe de tener una psique compleja». Era atractiva, eso nadie podía negarlo. De una inteligencia lúcida y una lengua afilada. Su belleza era un poco salvaje. Puede que influyera su rostro huesudo, o la mandíbula prominente.

Llevaron a cabo el ritual de ingesta de ayahuasca al caer la noche. Dirigió la ceremonia el socio de Jofre, Fericgla, que ya contaba con la intuición agudizada de un chamán. Él también sabía cocinar bien la planta, medirla en dosis. Cada participante podía tomar solo dos vasitos. Se hallaban en la gran sala, la sala de «observarse», sentados en semicírculo alrededor de las velas. En total serían una treintena de personas. Junto a Jofre se sentó Daniela, tal como debía ser, ya que, durante el ritual, su trabajo consistía en actuar como *facilitador* de los recién llegados. Él respondía a sus preguntas y los acompañaba fuera, a la era, en caso de que se mareasen o tuvieran un mal viaje. Bueno, casi todo el mundo se mareaba: uno de los efectos secundarios de la bebida era el vómito. Era muy recomendable vomitar, porque después el efecto de «la planta» era mayor.

Así pues, practicaron el ritual, y Jofre observó de cerca a Daniela. Ella no requirió en ningún momento su asistencia, no tuvo dudas, ni miedo, ni sintió la necesidad de salir a vomitar. Y fue precisamente eso, el hecho de que ella se mostrase impertérrita, lo que llamó la atención de Jofre.

Fericgla tocaba el tambor, movía suavemente las ramas e interpretaba los cantos ícaros. Su voz era un susurro que iba y venía en medio de largos momentos de silencio: los ícaros eran como hilos que durante el viaje unían a los participantes con la realidad física, tangible. Daniela no solo no parecía tener un mal viaje, ni ninguna visión desconcertante, sino tampoco ninguna experiencia positiva. Era como si su viaje fuese absolutamente neutro. No movía ningún músculo de la cara. Jofre, por aquel entonces, ya había hecho de facilitador o acompañante de muchas personas, y siempre había momentos en que notaba cómo se sentían. Solía percibir su relajación muscular, y cómo se encontraban en un momento de plenitud o expansión. En ocasiones

sucedía todo lo contrario: un calor ardiente encendía la piel de sus mejillas, y él lo percibía. En cambio, aquella chica, nada de nada. Solo respiraba hondo. Ni siquiera parpadeaba. No se había quedado dormida, ya que de vez en cuando movía los brazos y las piernas, para estirarlos. Pero tampoco parecía sentir ningún tipo de cosquilleo, a diferencia de lo que le ocurría a mucha gente.

Cuando terminaron, a Jofre le llamó la atención un último y significativo detalle. En Can Benet Vives tenían una costumbre con los recién llegados, una costumbre que, al principio, había que reconocerlo, era desagradable. El último en llegar era el encargado de limpiar los cubos de plástico del exterior, los que contenían los vómitos. Era una especie de novatada, como en el servicio militar. Pues bien, Daniela limpió los vómitos sin mostrar asco. Había empezado a nevar, el aire era frío, los árboles ya estaban blanqueados, y ella vaciaba los vómitos y enjabonaba los cubos como si aquello fuera una actividad cotidiana. Y, poco antes, cuando Fericgla le había servido la ayahuasca, tampoco había comentado, al contrario de lo que solían decir los participantes, que era asquerosa o repugnante, o que sabía a lodo. Se la había tomado de un trago, todo para dentro. «En fin, una mujer dura —pensó Jofre—. Dotada de una cualidad guerrera e incluso heroica que muchos hombres no tenemos.» O al menos él carecía de esa heroicidad. En cierto modo la buscaba en la ayahuasca, igual que muchos hombres la buscaban en el alcohol. Y esa dureza en ella —Jofre no podía negarlo— le atraía. La dureza y la psique compleja.

Lo que lo dejó más perplejo fue lo que sucedió a continuación, durante la cena. El momento de la cena solía ser agradable, y muchos de los participantes tenían buen aspecto; aún estaban flotando, como en un duermevela. El plato en la mesa representaba una prolongación de lo que antes habían sido los cantos ícaros o el sonido de las ramas o los tambores: el contacto con la realidad física y tangible, suponiendo que aquello que acababan de experimentar lo hubiesen vivido como una fantasía. Tal y como hacían los indígenas, los participantes acostumbraban a describir las visiones

como si perteneciesen a una realidad objetiva. Habían entrado en contacto con una realidad, la más real, que hasta entonces, en la vida cotidiana, apenas percibían vagamente.

Durante la cena, en el comedor, se sentaron a una mesa con Eugènia Llorc. Daniela estaba comiendo con fruición una hamburguesa vegetal; no parecía que acabara de limpiar vómitos. Hubo un momento en que Eugènia contó las visiones que había tenido: formas geométricas abstractas, de muchos colores. Pero Daniela no abría la boca. Jofre pensó: «Quizá ha tenido un mal viaje».

Para que ella se soltase, él le contó que después de tomar ayahuasca uno podía tener visiones de todo tipo, y que no había que asustarse. Eran típicas las de felinos o de insectos, y, claro, de arquetipos del inconsciente colectivo, como dragones, monstruos, guerras, escenas de agresiones y heridas. Jofre enumeró un amplio abanico de visiones para que Daniela no se sintiese cohibida en caso de que hubiera vivido una experiencia de ese tipo, o cualquier otra si cabe más surrealista. En Can Benet Vives siempre decían que no había que preocuparse por las imágenes raras. Hacía un mes, un amigo de ellos, un banquero, había experimentado una escena situada en Wall Street. Iba andando por la calle cuando, de repente, sin transición, vio que delante de él caía del cielo... ¡un cocodrilo! Allí, en la famosa avenida de Nueva York y a plena luz del día. Con «la planta» conectaban con el cerebro primitivo, y esas visiones eran habituales.

Fue entonces cuando Daniela compartió su visión. Y Jofre se quedó petrificado. No tanto por la imagen, estremecedora, sino porque él sabía que mientras ella había tenido esa visión había permanecido impávida, ni siquiera había movido los párpados.

—He visto a mi madre —dijo Daniela—. Sin ninguna duda, era mi madre. Estaba en lo alto de una hoguera, quemándose lentamente. —Dejó escapar una risa amarga. En su expresión no había sorpresa ni tristeza, sino cierto sarcasmo, que Jofre no sabía cómo interpretar. Se bebió un vaso de agua y prosiguió—: Pero no estaba en una hoguera cualquiera, ni era como si la estuviesen quemando, pongamos por caso, por el hecho de ser una bruja. En la imagen estaba atravesada por un hierro enorme, ensangrentado, y su

cuerpo iba dando vueltas lentamente encima de la hoguera, como si fuese un pollo asado. Incluso le chorreaba una especie de jugo, como el de los pollos al girar.

Hasta aquí, pues, la visión escabrosa de Daniela.

Jofre le dijo que la ayudaría a trabajarla. Al día siguiente, le informó, llevarían a cabo el trabajo posterior a la ingesta de la ayahuasca. Integrarían la experiencia, en el sentido de ver el conjunto de la panorámica desde una óptica diferente a la de la noche anterior.

—No puedes irte con la caricatura, con la imagen de tu madre asándose como un pollo y quedarte tan ancha.

Sin embargo, Daniela se marchó a casa al día siguiente sin haber realizado el trabajo de estructuración, ya que nevaba copiosamente. Caían unos copos gordos como plumones de oca, y si los amigos que aquel fin de semana habían hecho la sesión de ayahuasca no se iban, ya no podrían hacerlo. El manto de nieve se volvería grueso, y el camino quedaría intransitable hasta que pasasen las máquinas quitanieves. De modo que Daniela partió a primera hora de la mañana sin novedad, y desapareció con la visión de su madre aún reciente. Pero Jofre no se preocupó, porque no la notó afectada.

Sin embargo, le habría gustado compartir un rato más con ella, para entender su misterio. Sí, en aquella chica había algo misterioso y a él le habría gustado zambullirse en él, de cabeza, como si se tirase a la piscina — una piscina de agua turbia, no podía negarlo—. ¿Por qué siempre le atraían las mujeres complicadas? ¿Tal vez porque las demás, las convencionales, le aburrían? ¿Qué interés podía tener una mujer convencional? Solía decir a sus alumnos que la vida era un misterio por vivir, y no un problema que resolver. Pues bien, la psique de aquella chica era un misterio, por el hecho de ser tan dura, tan granítica. Por si fuera poco, ella se dedicaba profesionalmente al sexo, a divulgarlo. ¿Sería guerrera también en la cama? «No, no pienses en ello —se dijo—. Tienes una edad en la que deberías estar por encima del sexo. Vives tranquilo, entre otras cosas porque ya no estás a merced del amor romántico —el último mito que queda en nuestra sociedad— ni de los impulsos sexuales. Por tanto, llegados a este punto de la vida, no te

enfangarás en ninguna relación sexual nueva. Y “no seducirás”, como reza uno de los mandamientos del maestro espiritual Gurdjieff.»

No hizo falta. Fue Daniela quien lo sedujo la semana siguiente. Esa segunda ingesta de ayahuasca tuvo lugar un domingo. Aprovechando que los días eran rutilantes y transparentes, llevaron a cabo el ritual por la mañana, en el claro que había junto a la piscina. Tomar ayahuasca al aire libre era un acontecimiento muy especial.

También esa segunda vez Jofre hizo de facilitador de Daniela: dado que habían dejado pendiente el trabajo de reestructuración de la visión de su madre, consideraba oportuno estar cerca de ella. Además, le apetecía estar presente. En su actitud hacia aquella chica se mezclaban dos impulsos: su impulso de «salvador» y el erótico. En cuanto al primero, había charlado muchas veces sobre ello con Eugènia Llord, porque era un rasgo común a ambos. Tanto uno como la otra tenían tendencia a querer «salvar» a los demás. Y a Jofre se le acercaban personas que necesitaban ser rescatadas, hombres y mujeres con problemas, sobre todo psicológicos, que no se sentían bien consigo mismos o con la familia, o que incluso habían sufrido algún brote psicótico y no sabían hasta qué punto aquello había sido una señal de su «despertar» espiritual. La mayoría eran personas desorientadas, que no sabían qué hacer con su vida y a las cuales «la planta» les era útil para escuchar su voz interior, también llamada «el maestro interior».

Los primeros años de Can Benet, después de la ingesta de ayahuasca, Jofre quedaba algunas veces más con la persona en cuestión, para «ayudarla». Pero con el tiempo limitó su acción a una sola sesión, la de reestructuración, porque llegó a la conclusión de que, en general, en la vida, nadie puede ayudar a nadie. Eso no significaba que no tuviéramos que ser solidarios, ni luchar por una buena causa, o que no tuviéramos que dar, a aquellos que más lo necesitaban, ropa o alimentos o dinero, si se tenía. No, Jofre no se refería a ese tipo de ayuda, sino a otra, una ayuda moral, consistente en dar consejos, convencidos como estábamos de que sabíamos lo que más le convenía a una persona determinada. Como si pensásemos: «Te ayudo porque veo claro lo

que tienes que hacer. Te doy consejos porque sé qué es lo mejor para ti». Una especie de superioridad, incluso de soberbia. Quizá estábamos interfiriendo en el decurso natural de la vida de esa persona. Quizá necesitaba equivocarse para aprender la lección, y nosotros lo estábamos impidiendo con nuestra ayuda bienintencionada.

No, él no quería ayudar a nadie, y se había tenido que trabajar el impulso de salvador, que ahora resurgía con fuerza con esa chica: se veía a la legua que tenía cuestiones psicológicas por resolver. Además, estaba el impulso erótico. En aquella época la vida de Jofre era un desierto sentimental, y lo era a propósito, porque, pese a que había logrado vivir con paz interior, o precisamente por eso, le perturbaba sobremanera todo aquello que estuviera relacionado con el amor romántico. Hacía años, tres décadas, se había casado con una antigua compañera de clase, Joana. El suyo había sido un matrimonio satisfactorio, sin hijos, hasta que él viajó a Colombia para integrarse en la comunidad de Putumayo y descubrió la ayahuasca. El problema con Joana no fue la ayahuasca en sí misma, sino el cambio de paradigma que había significado para él. Había experimentado, por primera vez, que no éramos un «yo», que nuestra conciencia iba más allá de los organismos cuerpomente, y aunque al principio creyó que deliraba, al cabo de un tiempo tuvo la certeza de que ese delirio era colectivo: la religión y la cultura habían hecho creer a la mayor parte de la humanidad que eran seres pequeños y limitados. Si la gente supiera de verdad lo que realmente era, si hubiera una masa crítica que *despertase*, en el mundo tendría lugar una auténtica revolución. Los políticos impedían el acceso a sustancias psicoactivas como la ayahuasca —y a los estados ampliados de consciencia—, porque, si no lo hiciesen, el mundo se iría al garete. Muchas personas repararían en el engaño colectivo en que habían nacido y crecido, y dejarían de ser un rebaño de ovejas.

Joana se divorció de él no tanto por las ideas ni por la teoría, sino porque ya no vibraba como él. A ella, el propio término, «vibración», le sonaba raro y esotérico. Tenía la sensación de que su marido se había vuelto loco, que «la droga» lo había trastornado y le hacía decir disparates. No tenía nada que ver con el hombre ponderado y recto que había sido hasta entonces, el de carrera

previsible en la universidad, donde estaba destinado a hacer el doctorado y, vete a saber, alcanzar algún cargo como el de rector o decano. Su marido tiró el prestigio por la borda cuando descubrió la ayahuasca, porque hasta menospreciaba eso, el prestigio, un concepto abstracto y falso que no tenía ninguna relación con quienes realmente éramos, y que hacía sufrir a mucha gente, sobre todo a los profesores universitarios y a los médicos o abogados, demasiado pendientes de la idea que los demás tenían de ellos: costaba mucho estar a la altura de esa imagen. Sí, él la echó por tierra, igual que se deshizo de su ego, y todo aquello lo distanció de Joana, que ya no entendía a su marido, pues él lo relativizaba casi todo, el prestigio, el dinero, las riñas políticas, que decía que eran fruto del falso ego, el que sustentaba a toda la sociedad, el que incluso provocaba guerras. Tú tienes razón y yo no, yo soy mejor y estoy por encima de ti, mi religión es mejor que la tuya, mi Dios tiene razón y el tuyo no. Era una auténtica locura colectiva, ya que el Dios al que se referían las religiones era el mismo, la consciencia única y eterna que todo lo abrazaba, y de la que los seres vivos formaban parte, hasta el punto de que todos y cada uno de ellos podía decir: yo soy Dios.

El día en que Jofre le dijo a Joana que él era Dios —«Y tú también», añadió—, la relación comenzó a ir cuesta abajo. Ya hacía tiempo que en su casa había tirantez, pero ese fue el detonante, y al cabo de poco tiempo ella le pidió el divorcio. A partir de entonces él vivió largas temporadas en soledad, porque solo así podía meditar y volver a ese espacio de paz y tranquilidad. Tuvo algunas aventuras, salió con algunas mujeres, incluso mantuvo alguna relación más o menos larga, pero todas acabaron mal porque él ya no las veía como antes, ni como la mayoría de la gente. Al tener el convencimiento de que todos éramos lo mismo, la misma esencia, al ver al otro como una parte de sí mismo, le resultaban inconcebibles unas conductas que la sociedad consideraba normales, como, por ejemplo, los celos: ¿de qué debíamos tener celos, si nosotros éramos «también» la otra persona? Jesús había dejado claro que no debíamos hacer a los demás lo que no quisiésemos para nosotros mismos. Entonces, por la misma regla de tres, debíamos hacer a los otros lo que queríamos para nosotros; todos éramos uno, todos éramos lo mismo.

A Jofre tenía que parecerle bien todo aquello que beneficiase a su pareja.

Aun en el caso de que, llevado al extremo, ella se fuera a la cama con otro hombre —o mujer—. El enamoramiento tenía fecha de caducidad, luego llegaba el amor profundo, y era lógico que en esa etapa larga pudiera aparecer la atracción por otras personas. Pues bien, él aceptaba que una pareja suya pudiera enrollarse con alguien; las personas no nos pertenecíamos unas a otras, no podíamos decir «mi marido» o «mi mujer». Esa manera de considerar los vínculos chocaba con la de sus parejas, que ponían el grito en el cielo y decían que a él le resbalaba la relación, o que era un cínico. Y lo acababan dejando. Y él se recluía aún más en sí mismo, en las profundidades de la meditación y la ayahuasca, conectando con esa parte de su ser que era como el fondo del mar y que no estaba a merced de las olas ni de los vaivenes de la vida cotidiana. Se sentía como un ermitaño dentro de su cueva.

Después de conocer a Daniela Costa-Pau, sin embargo, tenía ganas de salir de la guarida. El día que coincidió de nuevo con ella, durante la segunda sesión de ingesta de ayahuasca, aquel domingo en que llevarían a cabo el ritual en el claro de la piscina, junto a la sauna, nada más verla (aquella chica alta y huesuda y de ojos azules y fríos, dotada de una cualidad guerrera), lo primero que le dijo fue:

—Hoy también seré tu facilitador. Te protegeré de ti misma.

Y ella asintió con la cabeza, y le pareció bien que él la protegiese de ella misma, porque le respondió, guiñándole el ojo:

—Me harás de padre.

Aquel segundo domingo, el ritual transcurrió con normalidad. Daniela se tomó la dosis de la planta, el vasito, y luego volvió a quedarse quieta como un palo, sin mover ningún músculo facial ni parpadear. Jofre la miraba y pensaba: «Vete a saber qué visiones debe de estar teniendo». Puede que unas imágenes estremecedoras cruzasen su mente, y ella continuaba sin inmutarse. Sí, esa mujer era un bloque de granito.

Al cabo de más de una hora de haber ingerido «la planta», ella le preguntó si la podía acompañar a dar una vuelta. Cuando un recién llegado lo solicitaba, solía ser por dos motivos: o bien quería acercarse a los cubos a

vomitarse y no se sentía con ánimo de hacerlo solo, o bien quería ir al baño. Si quería vomitar, él procuraba mantenerse cerca, a pocos metros. En caso contrario, si se acercaba demasiado, era probable que lo intimidase y que, de repente, ya no sintiese náuseas. Si lo que quería era ir al baño, su tarea consistía en que no se quedase dormido ni encerrado. Él esperaba fuera, y luego lo acompañaba a su asiento, tratando de no pisar al resto de los participantes, muchos de los cuales se tumbaban en el suelo.

Pero Daniela Costa-Pau no quería nada de eso. Quería ir a dar un paseo, al bosque. Jofre la acompañó, y cuando llegaron a un rincón penumbroso, en el límite con el abetal, ella, sin mediar palabra, comenzó a desnudarlo. Quizá había intuido que él se sentía atraído por ella, y, como era ella la atrevida, había tomado la iniciativa.

Hicieron el amor. A Jofre se le quedó grabada su fogosidad. La sed, el ansia de poseerlo. «Es como si esta chica —pensó— solo se diera permiso al hacer el amor para dejarse llevar, o para dejarse sentir.» Era un modo de hacer el amor de lo más expeditivo, sin caricias: si hubiera futuros encuentros entre ambos, él le enseñaría que el sexo podía ser más enriquecedor si andaba uno atento a la energía del otro.

Cuando regresaron a la explanada de la piscina, Jofre le recordó que tenían previsto trabajar la visión del otro día, la de su madre asándose como un pollo.

—Siempre y cuando hoy no hayas tenido una más potente.

—No —le respondió ella. Al contrario. La visión de hoy había sido plácida. Había sabido perfectamente que no era su cuerpo—. El cuerpo era como un vestido que me iba pequeño, que me constreñía.

Durante la visión, ella se desprendía de ese vestido y experimentaba una extraordinaria libertad. Notaba, o, mejor dicho, «sabía», que ella era la naturaleza que la rodeaba, «una» con los árboles y las plantas. No existía separación entre ella y aquello que la rodeaba. El paisaje cerrado se abría literalmente al infinito.

—Ha sido maravilloso —añadió Daniela.

Por la tarde, cuando el resto del grupo se hubo marchado, prosiguieron con la conversación. Ese fin de semana ella había acudido sola, con su coche,

y no tenía prisa. Jofre la invitó a su habitación, con la excusa de tomar un té y estructurar la visión de su madre en la hoguera, si bien era cierto que en el fondo él quería disponer de unas horas de intimidad con ella para seguir charlando y, llegado el caso, volver a hacer el amor. La habitación era pequeña y el mobiliario, mínimo: una cama, un escritorio, dos butacas, una mesa auxiliar y una lámpara de pie. La ventana daba a la era, a las altas ramas de un abeto, y lo primero que hizo Daniela al entrar fue abrir la ventana y respirar hondo.

—Tengo que hablarte de mi madre, y hablar de ella me saca de mis casillas. ¿Tenemos tiempo?

—Todo el tiempo del mundo —dijo Jofre.

—La historia es un poco larga. Es una historia, en el fondo, de envidia.

—¿De envidia de quién?

—De mi madre.

—¿Cómo?

—Mi madre me tenía envidia.

Jofre se sorprendió. Nunca había oído que una madre envidiase a su hija, un ser por el cual, teóricamente, debería haber sentido amor incondicional.

—¿Por eso la viste en la hoguera?

—Sí, quemándose lentamente. Porque todo el daño que me infligió fue lento, a lo largo de mi vida.

—¿Qué tipo de daño, si se puede saber?

—La falta de feminidad. Me hizo una mujer masculina, y ahora lo seré para siempre.

—La feminidad se puede potenciar.

—Pero ya nunca tendré pechos, ni caderas.

—Bueno, vayamos por partes, Daniela, si te parece bien —dijo él, adoptando el rol de «salvador». Ella estaba apoyada en el alféizar de la ventana y acababa de encender un cigarrillo—. Vayamos por partes. Tenemos toda la tarde. ¿Quieres un té? Me lo puedes contar todo mientras tomamos un té matcha.

2

Estuvieron hablando hasta bien entrada la noche. No volvieron a hacer el amor, a ella no le apeteció, alterada como estaba por el hecho de haber hablado de su madre y de la falta de feminidad que le había provocado a lo largo de los años. Todo comenzó —le contó, de forma cronológica— cuando ella era pequeña y su madre, Constança, la obligaba a vestirse siempre como un niño, con chándal y pantalones vaqueros. Vivían con su padre en un piso de Sant Gregori Taumaturg de Barcelona, la plaza en la que se acabaría construyendo la famosa iglesia redonda. Daniela recordaba que iba a jugar con los niños al Turó Park y se peleaba y se llenaba de barro con ellos. Quería ser dura como un chico.

Su madre era dura como un hombre, no por el físico, pero sí por el carácter: una ejecutiva agresiva, que después de haber estudiado ciencias económicas y empresariales había acabado ejerciendo un cargo importante en la administración. En concreto, era la responsable de compras de los principales hospitales catalanes; de ella dependía buena parte del gasto médico en Cataluña. Con el asesoramiento de un comité formado por médicos de renombre, ella decidía cuánto dinero se gastaban los principales centros hospitalarios en antibióticos o aspirinas. En resumen, era una mujer con mucha responsabilidad. Y una adelantada a su tiempo, ya que era quien mantenía a la familia. La pequeña Daniela aprendió, aparte de la tenacidad y el espíritu de sacrificio, que una mujer no debía ser menos que un hombre.

Su padre, Ciril Costa-Pau, un nombre, por cierto, Ciril, que causaba rechazo en Daniela (aunque adoraba a su padre y estaba enamorada de él,

creía que era un nombre ridículo, que lo imposibilitaba para llevar los pantalones en casa), era el propietario de un pequeño taller artesanal de marionetas (el suyo habría sido un buen nombre para una de ellas), en donde creaban marionetas a mano, con pasta de papel, a diferencia de lo que dictaba la moda, las fabricadas en serie de plástico, o, todavía peor, de látex. El taller era absolutamente deficitario, pero Ciril estaba convencido de que tarde o temprano daría beneficios. Había conocido a Constança en la facultad, aunque él había dejado la carrera en el tercer curso para montar el taller. Siempre había estado convencido de que con los años generaría lo suficiente para mantener a la familia. No obstante, para él el dinero era secundario. Siempre decía que lo importante era el «ser», no el tener. Al contrario que su mujer, él no estaba orientado a los objetivos ni a los resultados.

Vivían en un piso agradable, pulcro, con cuatro habitaciones espaciosas y dos baños impecables. La madera del suelo, pulida con cera, brillaba con una perfección aburrida. Constança tan solo iba a dormir, porque trabajaba un montón de horas. E influía muchísimo en el carácter de su hija, a pesar de que no le veía el pelo.

Con quien la pequeña Daniela pasaba más tiempo era con su padre. En aquella época en la que había tantas «amas de casa», Ciril desempeñaba ese papel. Su prioridad era ver crecer a su hija; decía que lo mejor que le podía ofrecer era su «presencia», precisamente aquello que no le podía aportar su madre. La llevaba a la escuela, la iba a recoger, la ayudaba a hacer los deberes, le preparaba la cena y, una vez en la cama, le contaba cuentos dramatizados con marionetas. Se enfundaba una en la mano, de Blancanieves, de Caperucita Roja, de Pinocho, y Daniela se quedaba dormida escuchando la voz cálida de su padre.

Un hombre sensible, muy sensible, de maneras suaves, delicado, alto, con el pelo ondulado y recogido en una cola de caballo, que era la única licencia que se permitía en su fisonomía. A Daniela le encantaba, ese era su detalle favorito, junto con el hoyuelo en medio de la barbilla: a veces le salían dentro unos diminutos pelos rebeldes. En resumen, un gentilhomme, que causaba una impresión digna y reservada. Murió a los cuarenta y dos años, en un accidente de coche en Chile, mientras viajaba con intención de abrir

mercados para exportar marionetas. Daniela siempre lo recordaría como un hombre que no había encontrado su lugar en el mundo, no como su madre, que siempre había tenido las ideas claras. Ciril y Constança eran las dos caras de una misma moneda, y Daniela al principio los admiraba a ambos, pero mientras que de su padre valoraba la sensibilidad, de su madre prefería la firmeza de carácter.

—Nunca serás una pánfila —le decía su madre.

Y Daniela se lo tomaba al pie de la letra. No solo se peleaba con los chicos en el Turó Park, sino que jugaba al fútbol con ellos. Llevaba el pelo corto como los chavales, y nunca se ponía collares, ni pulseras ni pendientes. Al principio, claro, esa indumentaria había sido idea de su madre, pero al cabo de un tiempo Daniela ya se sentía totalmente identificada y no quería otra ropa. ¿Estaba creciendo en ella la semilla de una feminista? Podría ser. Fuera como fuese, no le gustaba que le regalaran faldas y no soportaba el color rosa, ni las uñas pintadas ni las muñecas. No era lesbiana, como se decía entonces. Los chicos le gustaban mucho y ya orbitaban a su alrededor. Había besos y magreos (se encargaba ella: a los chicos les costaba dar el primer paso; ella los intimidaba), pero no quería perder el tiempo con sentimentalismos ni emociones baratas. Sí, las emociones eran algo barato. Los hombres no hablaban de emociones, ni las expresaban. Las emociones, según había estudiado ella en clase, eran totalmente irracionales: ¿por qué había que hacer de ello una montaña? ¿Acaso era necesario recrearse tanto, como hacían las mujeres, sobre todo cuando tenían la regla? No, ella quería ser dura como un chico, y era capaz de contener e incluso reprimir las emociones. El mundo emocional de las mujeres le provocaba tanto rechazo como el hecho de pintarse las uñas o llevar falda.

Constança aplaudía la forma de ser de su hija, pese a que ella era todo lo contrario. Era una ejecutiva agresiva, sí, pero su manera de ser era sinuosa y muy femenina. Solo había que echar un vistazo a su armario: hileras de faldas plisadas de algodón y seda de tonalidades rosadas; pañuelos de Hermès; una colección de zapatos de tacón que compraba en París, Londres y Nueva York;

y también vestidos estampados de flores que adquiriría durante los viajes al Caribe, a congresos organizados por compañías farmacéuticas que presentaban nuevos medicamentos y a los que, por supuesto, no solo invitaban a médicos de todo el país, sino también a Constança, que podía hacer compras por más valor que las de todos ellos juntos. Era obligado, por tanto, ir bien vestida. Y, ciertamente, iba muy elegante: una mujer guapa y atractiva (aunque ella siempre se quejaba de que le sobraban algunos kilos), rellenita y de caderas anchas. Su principal atractivo era la cara, muy guapa. Tenía los ojos azules, y un rubor carmesí en los pómulos que se intensificaba cuando se enojaba. En cuanto a su melena, vistosa, larga y morena, le dedicaba todo tipo de atenciones: acudía a la peluquería cada dos por tres y reservaba cada día un buen rato para cepillársela.

El hecho de que fuese tan meticulosa con su imagen contrastaba con el modo en que vestía a su hija. Al principio, Daniela estaba convencida de que el hecho de llevarla vestida como un chico, con chándal y vaqueros, era un regalo de su madre. Gracias a esa vestimenta, y a la «formación de su carácter», ella nunca sería una pánfila. Dispondría de más herramientas para tener éxito, a la larga, en el mundo competitivo de los hombres (no como su padre).

Con el tiempo, sin embargo, concluyó que aquel había sido un regalo envenenado. La mentalidad de la pequeña Daniela, inconscientemente, había ido esculpiéndole el cuerpo: sin pecho, ni caderas ni pantorrillas, y, por consiguiente, sin voluptuosidad. Y a su madre no le importaba que fuera así. En cierto modo había sido Constança la artífice del cuerpo de su hija. Así ella era la femenina, la mujer que encajaba en los cánones de la época, la mujer con mayúsculas, y Daniela no le hacía la competencia. ¿La competencia? ¿Tenía envidia de su hija? ¿Podía una madre envidiar a su hija? Daniela se lo preguntó a sí misma entre los dieciséis y los diecisiete años. Antes no se lo había planteado. Había intuido un cambio en el rictus de su madre cuando la piropeaban a ella, la hija, pero no le dio mayor importancia.

No obstante, en el período comprendido entre los dieciséis y los diecisiete

años, supo a ciencia cierta de qué iba todo aquello. Ciril tuvo que entregarse en cuerpo y alma al taller de marionetas. Huelga decir que Daniela, que seguía estando secretamente enamorada de él, echaba de menos el calor de su padre, su «presencia», pero entendía que su prioridad fuese el taller, ya que la empresa se estaba yendo a pique. Había tenido que reducir la plantilla, y él mismo se había visto obligado a asumir una buena parte de las tareas, como pintar las marionetas y coser la ropa con la Singer. Ahora era él quien echaba más horas que un reloj. A pesar de ello, no conseguía que el negocio funcionase. En casa había tensiones y hostilidades, Ciril guardaba silencio y mantenía una actitud digna, pero Constança le reprochaba todo lo que debía estar haciendo y no hacía: abrir «nuevos mercados» y hacer prosperar su «modelo de negocio» en el extranjero. En la última conversación que escuchó Daniela, Constança le decía, con aquel tono suyo de corrección militar, que ya estaba cansada de mantener a la familia y de tener que pagarlo absolutamente todo.

De modo que Ciril comenzó a viajar para abrir «nuevos mercados», a pasar semanas enteras en el extranjero. Viajaba a las principales capitales de Europa, pero también a Latinoamérica, para exportar las marionetas, no a grandes almacenes, que vendían látex, y él se negaba a fabricar marionetas de látex, sino a tiendas exclusivas que apostasen por la calidad artesanal (fue en uno de esos viajes cuando murió a consecuencia de un accidente de tráfico).

Mientras él viajaba, Daniela tuvo ocasión de constatar la envidia de su madre, y cómo todo aquello que parecía un regalo —su carácter masculino, la forma de vestir— había sido en realidad una estrategia para evitar que su hija le hiciera la competencia. Su madre era una narcisista y no soportaba no ser el centro de atención.

Hubo un episodio revelador. Ocurrió durante una boda, la del hijo de Jesús Pahissa, el mejor amigo de Constança. Ciril no pudo asistir porque se encontraba en México. Tuvo lugar en el Tibidabo, y durante la ceremonia y el almuerzo de pie, Daniela notó que tenía varias miradas clavadas en ella, de hombre, por supuesto. La miraban porque era alta y más o menos guapa, y porque era la única mujer que se atrevía a llevar pantalones y el pelo corto. En un momento dado, advirtió que unos hombres la estaban repasando de

arriba abajo, con el puro en la mano, mientras exhalaban grandes bocanadas de humo y charlaban sobre el parque de atracciones del Tibidabo, que iba de mal en peor a causa del éxito del Seat 600 (Daniela no acababa de entender qué relación podía haber entre ambas cosas). De repente, Constança se acercó a ella, muy enfadada.

—Das pena con esa ropa. Pareces un chico —le soltó.

¿Daba «pena»? Llevaba una camisa blanca y tirantes y unos pantalones de vestir, negros, con pinzas; es decir, a su manera, iba arreglada. No llevaba un vestido, pero tampoco unos vaqueros. Ese era el tipo de indumentaria que su madre la había animado a ponerse desde que tenía uso de razón. La ropa con la que había acabado sintiéndose identificada. ¿Daba «pena»? ¡Pero si los hombres no dejaban de mirarla!

Daniela no había caído aún en el hecho de que, mirándola a ella, a quien no miraban era a su madre. Aquello era pura envidia. Pero no era habitual reconocer la envidia; no aparecía como envidia, sino como crítica, rabia, exigencia o incluso sentido común.

Durante los meses siguientes, la envidia hizo de nuevo acto de presencia. Fue durante las «cenas de trabajo» de Constança. ¿Por qué «cenas de trabajo»? Pues porque, según su madre, eran encuentros en los que trabajaba mucho. Se trataba de unas cenas con directivos de compañías farmacéuticas durante las cuales cerraban acuerdos de centenares de miles, e incluso de millones, de pesetas. El trato distendido y la conversación larga e informal, alejada de la frialdad del despacho, hacían posible que Constança lograra acuerdos beneficiosos para los hospitales catalanes. De hecho, el ahorro en gasto farmacéutico, del cual se vanagloriaban sus superiores del Ministerio de Sanidad, se debía en buena medida a la complicidad que Constança establecía con los proveedores. Era preciso cuidarlos, hacerse amiga de ellos, y todo pasaba por cenar juntos. Y Daniela la acompañaba, mientras Ciril abría nuevos mercados. ¿Celebraría también él cenas de trabajo en Buenos Aires o Lima? No, su padre debía de preferir la soledad, el recogimiento, quedarse en la habitación de su hotel leyendo un buen libro. No le gustaban el bullicio ni

los grupos, y, como debía de suceder con la mayoría de los hombres sensibles, prefería el silencio a hablar por hablar. La vida social no estaba hecha para hombres como él, que no toleraban las opiniones de trazo grueso, las conversaciones vacías y estériles; en definitiva, todo aquello que ella veía y oía en las cenas de trabajo de su madre.

Tenían lugar en restaurantes que irradiaban lujo, y todas estaban cortadas por el mismo patrón. Acudían un total de cuatro o cinco comensales, hombres, la mayoría extranjeros, y solían comenzar con anécdotas y chistes; era un modo de compensar la atmósfera recargada y suntuosa. Durante el segundo plato, la conversación adquiría un tono plano y mecánico. Podían tocar algún tema de actualidad, como la crisis de los misiles de Cuba o la guerra de Vietnam, que se alargaba, pero Constança entraba enseguida en materia. Abría su carpeta de piel y enumeraba los detalles del negocio que tenían entre manos, que solía ser un contrato del cual quedaban unos «flecós» por cerrar: los precios por unidad, los descuentos, la forma de pago y las fechas de caducidad de los medicamentos, para saber hasta qué punto podían almacenar existencias. El objetivo era ratificar el acuerdo, dejarlo a punto para la firma, con descuentos significativos para el erario. Todos los comensales eran conscientes de dicho objetivo. No albergaban ninguna duda.

Las medias tintas aparecían en la relación entre los comensales y su madre. Aunque Constança iba al grano y repasaba punto por punto el contrato (solo soltaba el bolígrafo para coger la cuchara: pedía consomés y verduras, sus comidas eran frugales; solía estar «a dieta»), no era ella del todo. O no era la mujer que Daniela conocía. No quedaba ni rastro de su tono de voz enérgico, ni de la persona que no se dejaba pisotear. Les reía todas las gracias a los ejecutivos. Aceptaba que cada dos por tres la llamaran «nena». Su pose era insinuante. No protestaba cuando posaban una mano en su muñeca o en su brazo, y tampoco hacía gesto alguno para que la retirasen. Al contrario, sonreía como una tonta: sus ojos tenían un brillo desacostumbrado. En resumen: lo que hacía era coquetear descaradamente. «La coquetería — pensaba Daniela— es una promesa de coito sin garantía.»

Algunos de aquellos hombres —cargados de espaldas y con patillas y bigotes que emitían un denso olor a puro— se hacían ilusiones de acabar en

la cama con Constança. Siempre había algún momento en que recibía propuestas como ir a tomar «una última copa» o «rematar el contrato» en el hotel donde se alojaban, que solía ser el Ritz. Constança, no obstante, se los quitaba de encima; debía querer serle fiel a Ciril. Pero entonces, ¿a qué venía ese juego de seducción? ¿Por qué excitaba a los hombres? Seguramente, por dos motivos: para firmar acuerdos beneficiosos y porque, como buena narcisista que era, deseaba ser el centro de atención y que la adulasen.

No tenía en cuenta que, a partir de cierta edad, Daniela, la hija, pasaría a ser el centro de atención. A punto de cumplir los dieciocho años, ya había perdido la virginidad con Guillem, un compañero de instituto, y pese a que no salía con ningún chico, porque no quería romanticismos ni chorradas, se daba cuenta de que era objeto de deseo de numerosos hombres. Contribuía a ello su estatura y el hecho de que intimidase a los hombres. Eso les gustaba: que los intimidasen. La altura, por cierto, solía ser un incordio: cuando se era alta y más o menos guapa, tenías que demostrar que, además, no eras tonta.

Así pues, a partir de cierto momento, el centro de atención de las cenas comenzó a ser ella, y no Constança. Daniela se sentía incómoda, porque las miradas de los comensales, esas que tanto gustaban a su madre, eran repugnantes. Te repasaban de arriba abajo, y tú no podías hacer absolutamente nada por evitarlo. A Constança le gustaban mucho ese tipo de miradas táctiles y pegajosas, pero no a Daniela (salvo si el hombre era guapo).

Las miradas iban en ocasiones acompañadas de elogios, y Daniela, como enseguida detectaba el enfurruñamiento de su madre —la envidia dibujada en sus ojos—, bajaba la mirada y lanzaba balones fuera, argumentando que su supuesta belleza era mérito de la genética, es decir, de Constança. No quería robarle protagonismo. Pero llegó un momento en que fue inevitable que se lo robara, y no solo por el hecho de ser joven y alta. Hubo una noche en que reparó en la clase de contratos que firmaba su madre y fue incapaz de continuar callada.

Esa noche, Constança estaba discutiendo el contrato para una compra de pañales para ancianos; los llamaban «pañales de la tercera edad». Uno de los efectos secundarios de su uso eran las heridas en la zona inguinal: algunos

ancianos habían tenido que acudir a urgencias a causa de la sangre en la entrepierna provocada por los bordes de plástico, mal acabados. Eso sí, eran baratos. Y Constança había utilizado aquel argumento (siempre con su sonrisa seductora) para conseguirlos a precio de saldo.

En cierto momento de la cena, Daniela no pudo más y dio su opinión. Una cosa era que se mordiese la lengua sobre los métodos de su madre (seducir o coquetear en favor de sus intereses; al fin y al cabo, eso lo hacían muchas mujeres; ya que eran el sexo débil, al menos usaban las armas que tenían a su alcance), y otra el contrato que estaban a punto de firmar.

—Me parece inaceptable —dijo.

El directivo de la empresa, un hombre de Zaragoza, le contestó con voz amable, mientras le daba la vuelta a una langosta y le cortaba la cáscara del vientre:

—¿El qué, bonita? ¿Qué es lo que te parece inaceptable?

—Que con dinero público se compren unos pañales que se sabe a ciencia cierta que hacen daño. Y que vosotros, los fabricantes, no lo remediéis.

Se hizo un silencio incómodo en la mesa. En los ojos de los comensales había incredulidad. Constança estaba hecha una furia, pero se limitó a mirar fijamente a su hija. Al final, el directivo exclamó, sonriendo:

—¡Caramba con la joven Daniela! ¡Tiene carácter!

Todos dejaron escapar una risa forzada y cambiaron de tema. La cena estaba ya terminando, y el asunto no pasó de ser la salida de tono de una chica irreflexiva, sin mayores consecuencias. Pero al cabo de un rato, cuando ya estuvieron en casa, Constança se desahogó:

—No te conformas con querer ser el centro de atención de las cenas para encima ahora hacer comentarios que por poco lo echan todo a perder.

—No es verdad que yo quiera ser el centro de atención. Yo no coqueteo descaradamente, a diferencia de otras.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Desde cuándo es un problema coquetear? ¿Qué hay de malo en que una sea un poco coqueta? —En cierto modo, Constança tenía razón. Daniela no supo qué responder, hizo una mueca despectiva y dio por terminada la

discusión.

—Lo único que digo es que me atribuyes a mí lo que haces tú.

Fue la primera vez que le plantó cara a su madre. Hasta entonces no le había llevado nunca la contraria, y menos en cuestiones que apelaban a su carácter. Pero algo estaba cambiando en Daniela. O tal vez notaba la rabia latente de su madre contra ella, y Daniela le había contestado con esa misma rabia.

La tensión fue en aumento durante las siguientes cenas de trabajo. Fueron las últimas a las que Daniela asistió, ya que una noche se faltaron al respeto, y ya no hubo marcha atrás. Luego Ciril murió en accidente de coche, y se distanciaron totalmente una de la otra.

Durante aquellas últimas cenas, Daniela no protagonizó ninguna otra salida de tono, a pesar de que constató que su madre utilizaba sistemáticamente los efectos secundarios de los medicamentos para obtener rebajas significativas en el precio. El caso más escandaloso fue el de un antibiótico con propiedades antiinflamatorias. Los efectos secundarios eran reacciones alérgicas, algunas graves. Un grupo de enfermos había pedido la retirada del antibiótico a la Agencia Española del Medicamento, pero, mientras la agencia tomaba la decisión, se continuaba comercializando, y ella aprovechó aquel compás de espera para comprar miles de unidades a muy bajo precio. Constança no tenía escrúpulos. Pero Daniela ya había dado su opinión la noche del contrato de los pañales, no hacía falta complicar aún más las cosas.

Así pues, si la tensión entre ellas aumentó no fue porque Daniela se inmiscuyera en los métodos de su madre. Fue porque, habiéndose dado cuenta de que el motor real de aquellas cenas era el instinto sexual; habiéndose dado cuenta de que comenzaban con chascarrillos y expresiones educadas, como si de una cena entre diplomáticos se tratase —hombres con trajes oscuros, corbatas de seda y pañuelos con las iniciales bordadas—, y de que terminaban con miradas ardientes y depredadoras, porque al final aquellos hombres parecían tener solo una cosa en la cabeza, el sexo;

habiéndose dado cuenta de que toda aquella palabrería servía para disimular la pura lujuria, ya que entre ellos, en voz baja, gastaban bromas groseras y sexistas, y muchos acababan la noche en un prostíbulo de la zona alta; habiéndose dado cuenta de todo eso, Daniela decidió, a diferencia de su madre, seguir su instinto sexual.

Ya era casi mayor de edad. Hasta ese momento, había bajado los ojos cuando las miradas depredadoras se clavaban en ella. Y entonces decidió plantar cara y devolverlas. Siempre que, claro está, el hombre fuera guapo.

Hubo una noche en que un belga, de unos cuarenta años, se la quedó mirando, y Daniela, en lugar de esconder la mirada, como había hecho hasta entonces (o de sonreír, como habría hecho su madre), se la sostuvo y le dijo:

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Solo sabes mirar?

En el transcurso de otra cena también se quedó mirando fijamente a un ejecutivo de unos laboratorios farmacéuticos de Londres. ¿Por qué los hombres podían mirar con ojos ansiosos y las mujeres no? ¿Acaso las mujeres no sentían también deseo? ¿Qué tenía de malo retar a los hombres? ¿Qué tenía de malo seguir el propio instinto, y no como hacía Constança? Daniela se sentía empujada a transgredir. Ofrecer, a diferencia de su madre, una insinuación de coito... con garantía. Qué morbo, la posibilidad de acabar enrollándose con uno de aquellos desconocidos. Qué morbo que fuesen proveedores de su madre.

La noche de la última cena, Daniela, excepcionalmente, llevaba falda. Se la puso en previsión de lo que pudiera pasar. Esa noche estaban comiendo unas ostras que centelleaban con opulencia bajo la luz de las velas. Ella estaba sentada al lado de un joven ejecutivo de Toulouse que se llamaba Michel. Notó que la estaba observando. Estaba pálido, si bien la luz de las velas le teñía la blancura de un rosa amarronado saludable. A Daniela le gustaba aquel chico. Le apetecía besarle la boca, con una plenitud sexual que contrastaba con el resto de su cuerpo.

Mientras cogía una ostra de la bandeja de plata, le soltó, insinuando un gesto travieso:

—¿Qué, Michel, solo te atreves a mirar?

Acabó montándoselo con él en el baño del restaurante, el Señor

Parellada. Había acertado llevando falda. Ella tenía los nervios a flor de piel mientras se descalzaba con los pies, se quitaba las medias y las bragas y se encaramaba sobre Michel, sin desprenderse de la falda; ambos sentados en la taza del váter, él agarrándose a los músculos duros de las nalgas de ella. Daniela no había experimentado nunca esa intensidad sensorial. Ayudaba el hecho de saber que los podían pillar en cualquier momento. Y la excitación aumentaba al pensar que su madre se hallaba a pocos metros, en el comedor. En definitiva, fue fabuloso.

Regresaron a la mesa disimulando, cada uno por su cuenta. Pero el radar de Constança lo había detectado todo: la observaba con hostilidad, como si la hubiesen injuriado. Después de la cena, una vez en casa, ya no hubo vuelta atrás. Constança, dominada por un arrebató furibundo, le espetó:

—Eres una puta.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Una puta? ¿Porque me he permitido seguir mi instinto? Si lo hubiese puesto caliente durante toda la cena y lo hubiese dejado con las ganas, ya no sería una puta, ¿verdad? Entonces sería una calentapollas. Ah, vale, una calentapollas me está llamando puta.

Se habían faltado al respeto, y, a partir de ese momento, se terminaron las cenas de trabajo. No solo no volvió a acompañar a su madre, sino que ambas intentaban no coincidir en casa. Entonces sobrevino la muerte de Ciril, y Daniela, a punto de cumplir los dieciocho, ya no encontró ningún motivo para continuar cerca de Constança.

Con todo, la ruptura definitiva no se debió tanto a aquel episodio, que podían haber superado con unas disculpas sinceras por parte de ambas, como a las conclusiones a las que llegó Daniela durante el funeral de su padre. Fue consciente, de repente, igual que si hubiese sido una revelación, de su poca feminidad. Todo lo que su madre le había ido inculcando a lo largo de casi dieciocho años, empezando por la forma de vestir —el chándal, los pantalones—, pasando por la ausencia de pendientes o collares o muñecas

para jugar, y acabando por la visión de la vida («Nunca serás una pánfila»), había tenido como consecuencia esa escasa feminidad.

Y el carácter había acabado modelando, como una escultura, su físico. Era imperdonable.

Quería creer que, cuando era pequeña, no suscitaba envidia en su madre. O, vete a saber, puede que sí: en el cochecito, como todos los críos, ella ya debía de ser el centro de atención. Fuera como fuese, quería creer que, cuando era pequeña, su madre le había impedido desarrollar la feminidad sin ser consciente. Que al principio no había habido mala fe, vamos.

Pero ahora el mal ya estaba hecho. El cuerpo de Daniela ya nunca sería voluptuoso. Ella nunca tendría ya unos bonitos pechos ni unos buenos muslos.

Tomó conciencia de ello durante el funeral de Ciril, que tuvo lugar en el tanatorio recién inaugurado de Sancho de Ávila. El accidente había sucedido en Los Andes, en Chile, a catorce kilómetros de la frontera argentina. La podía haber atravesado en avión, el vuelo solo duraba poco más de media hora, pero prefirió realizar el trayecto en coche, él, el hombre sensible, para disfrutar del paisaje y las montañas nevadas. La carretera era peligrosa, con muchas curvas y muy cerradas, y cada año tenían lugar numerosos accidentes. Camiones de transporte de mercancías se salían de la carretera y volcaban. En uno de esos accidentes había perdido la vida Ciril: un camión volcó a causa del hielo y la velocidad excesiva; él iba detrás, no tuvo tiempo de reaccionar, y su coche de alquiler se estampó contra el camión. El coche se quedó, literalmente, sin techo. Ni Daniela ni Constança quisieron conocer los detalles de la tragedia. Al menos, los trámites de la repatriación del cadáver, un verdadero calvario de llamadas y burocracia, les habían impedido pensar en el sadismo del desenlace: el coche, aplastado bajo el camión, y su padre, muy probablemente, muerto por decapitación. El consuelo era que no había sufrido, que su muerte había sido instantánea: esas eran las frases que repetían los asistentes al funeral cuando daban el pésame a la madre y a la hija.

Todo el mundo estuvo presente en la ceremonia, empezando por la cúpula directiva de los laboratorios Echevarne, pasando por la de los laboratorios

Esteve y acabando por muchos de los «contactos» de Constança, que Daniela había conocido en las cenas de trabajo. Ahora sus miradas eran completamente opacas, como si observasen hacia dentro. Por parte de Ciril, dado que era hijo único y casi no tenía familia (los abuelos de Daniela habían muerto hacía mucho tiempo), asistieron los trabajadores que habían pasado por el taller, la mayoría artistas vocacionales que habían dedicado un tiempo a las marionetas a la espera de vender sus obras en una galería de arte. Uno de ellos era Enric Llombart, que había sido su mano derecha durante al menos siete u ocho años.

Enric, muy compungido, cogió el micrófono y dirigió unas palabras a los asistentes, con una voz ronca que transmitía admiración sincera. Se refirió al «ser bondadoso que nos ha dejado». Recordó que había empezado la carrera de Económicas, pero que enseguida se había dado cuenta de que ganar dinero para adquirir posesiones no era lo suyo.

—Las cosas que poseemos nos poseen —añadió, delante de todos aquellos tecnócratas.

Mientras Daniela estaba escuchando a Enric, que describía cómo Ciril se arremangaba y se podía pasar horas en el taller mezclando pinturas hasta dar con el color adecuado para la marioneta, que de ningún modo podía ser artificioso —«Tan solo algunos detalles, como las pestañas, nos indicaban que estábamos ante un juguete»—, recordaba la presencia, la calidez, la ternura de su padre. Su traje de color verdoso, de pata de gallo. Sus venerables zapatos ingleses, muy lustrosos. Y, por supuesto, su cola de caballo.

También le venían a la memoria algunos recuerdos de infancia, los fines de semana en que él la acompañaba a Badalona, a jugar en el único equipo de fútbol que la había aceptado: ella procuraba marcar goles y demostrar que podía ser tan hábil como cualquiera de aquellos tarugos, y él aplaudía, la animaba, se esforzaba en gritar tanto como el resto de los padres, a pesar de que el fútbol le aburría sobremanera. Sin embargo, a ella la animaba a no rendirse. Algún día, le decía, los equipos de fútbol estarían formados por hombres y mujeres, igual que habría mujeres árbitros, e incluso la Iglesia las tendría en su cúpula. Todo eso le decía Ciril. Pero cuando llegaban a casa,

Constança sentenciaba: «Tu padre es un iluso». Tal vez sí. No obstante, poseía las virtudes de las que carecía su madre. No estaba orientado a los logros ni a los objetivos; para él lo más importante era, sencillamente, «ser». Daniela no le recordaba ni una mala palabra, ni un grito. Nunca le puso la mano encima, nunca le pegó. Su padre había sido una persona bondadosa, un buen hombre.

Precisamente en ese momento del funeral, ella habría querido llorar.

Enric Llombart terminó de hablar y pasó por delante del féretro con un aire de tristeza resignada. Por los altavoces se escuchaba de fondo la *Sonata para piano en si bemol* de Schubert. Constança lloraba desconsolada, tenía los ojos enrojecidos y de su boca salían unos grotescos gritos ahogados. En aquel modo de llorar había un ingrediente de exhibicionismo. Llevaba un vestido negro de seda, que se había comprado expresamente para el entierro. El abrigo era de color negro mirlo y el sombrero, de ala caída. Se había retocado el maquillaje antes de entrar en el tanatorio (llevaba demasiados polvos en la cara). Lo único que Daniela le envidiaba ahora mismo era su forma de llorar. Ella también habría querido desahogarse, habría querido sollozar.

Lo intentó. Una y otra vez. Pero no le brotaba ni una sola lágrima.

¿Dónde estaba ahora mismo la tristeza? No la sentía en ningún sitio. No tenía un nudo en el estómago, ni la notaba en el pecho. Sentía desconcierto y desolación, y también una sensación de injusticia, pero no tristeza. Quizá se debía a la falta de entrenamiento. La masculinidad que a lo largo de los años le había inculcado Constança había tenido, como si de un medicamento se tratase, ese efecto secundario: ella no recordaba haber llorado nunca. Llorar era cosa de niñas, como las faldas o las uñas pintadas. Los hombres no lloraban. Al contrario que Constança, a quien muchas veces ella había visto llorar como una Magdalena para manipular a su padre (cuando no se salía con la suya, sollozaba para hacer cambiar de opinión a Ciril), Daniela nunca se había permitido llorar. Formaba parte de esa manera de ser en que no había lugar para las emociones baratas.

Ahora necesitaba esa emoción, que no era en absoluto barata. Ahora quería llorar la muerte de su padre, pero no le salían las lágrimas.

No tenía ningún problema en los lagrimales, ya que su madre había aludido en algunas ocasiones a sus llantos y berrinches cuando era pequeña, para referirse a que ya entonces era una niña con mucho carácter. No, Daniela no tenía ningún problema en los lagrimales.

Al menos ahora llevaba gafas de sol: así disimulaba la ausencia de lágrimas.

3

Pasaron los años. Daniela se fue a vivir por su cuenta a un piso de estudiantes. No quería ni una peseta de su madre, y fue de cráneo mientras estudiaba la carrera y trabajaba por las tardes y los fines de semana. Era camarera en los bares del barrio de Gràcia, que ya entonces era una zona efervescente, nada convencional. Y en aquellos bares pudo seguir practicando la transgresión que había comenzado en la última cena de trabajo. Follar en los baños del bar donde trabajaba: eso era la transgresión. Conocía los momentos idóneos, cuando ya había cerrado la caja, cuando los clientes ya iban bebidos y no se percataban de su ausencia. Sabía cuál debía ser el volumen exacto de sus gritos para que quedasen amortiguados por el alboroto y la música. Sabía dónde agarrarse —el colgador clavado en la puerta solía ser un buen apoyo—. Y sabía hasta qué punto se podía dejar empotrar contra algún armario mugriento. El sexo en los baños de los bares era lo más estimulante de aquel trabajo mal pagado. Se lo montaba con los chicos con los que salía (las relaciones no duraban más de dos o tres meses: todos eran unos celosos), pero también con otros por los cuales había sentido un impulso de atracción, clientes que le habían provocado sofocos. Si Constança lo hubiese sabido, la habría tildado, otra vez, de puta. ¿Disfrutar del sexo ya te convertía en una puta? Pues en caso de ser así, Daniela lo era, y ojalá por mucho tiempo. Emulaba a Afrodita, la diosa que había mantenido más relaciones sexuales. Afrodita follaba nutriéndose sin parar, apenas sin compromiso a largo plazo.

El sexo era lo mejor que había conocido, y no solo no pensaba renunciar a

él, sino que había decidido que fuese la piedra angular de su vida profesional. No ofrecería sexo a cambio de dinero, aunque a veces fantaseaba con que sería una buena prostituta, siempre que pudiese escoger a los clientes, y eso era imposible; no ofrecería sexo a cambio de dinero, pero articularía su vida alrededor del sexo.

Las promesas de coito sin garantía de su madre no eran más que un ejemplo del tabú imperante, y ella aportaría su granito de arena para poner fin a aquel puritanismo represor. Contribuir a normalizar el sexo era un verdadero reto y despertaba su entusiasmo. De hecho, era lo único que lo despertaba. Estudiaba y trabajaba mucho, se alimentaba de cualquier manera, y los únicos momentos de autenticidad eran los que dedicaba al placer. A sus amantes les decía que no se enamorasen de ella, que no estaba para tonterías, pero ahora lo soltaba con la boca pequeña. Ya no lo decía la mujer que consideraba que las emociones eran «baratas». Ahora quería profundizar en ellas.

Las emociones eran una asignatura pendiente: pasaban los años y no conseguía sentir la tristeza profunda que debería haber experimentado por la muerte de su padre. Era como si su cuerpo la rechazara. Su mente, igual que un escáner, procuraba notarla. Lo más probable era que su cuerpo tuviera memoria de la tristeza, igual que la tenía de las épocas de exámenes (un par de contracturas en las cervicales), o de cuando se había pasado de lista jugando al fútbol y había sufrido un esguince en el tobillo. Su tobillo recordaba perfectamente aquella ambición desmesurada, aquel querer demostrar a toda costa que una chica podía tocar la pelota la mar de bien. En cambio, no había músculos ni órganos de su cuerpo que recordasen la tristeza.

Pidió ayuda a dos especialistas, una sufróloga y otra que se dedicaba a las «corazas emocionales». En casa, en soledad, hizo los ejercicios que le prescribieron, algunos absolutamente histriónicos, como proferir gritos ante el espejo del baño, pretendiendo que sollozaba. No sirvieron de nada. Se le enrojecieron los ojos y punto. ¿Cómo era la tristeza? Ya ni se acordaba. Era un concepto abstracto. Cuando evocaba a su padre, la sensación estaba amortiguada; aquello no alcanzaba la categoría de emoción. Debía de ser

parecida a la pena de un gato. ¿Acaso los gatos la sentían? Daniela se desquiciaba. El bloqueo tenía que ser profundo, ya que los ojos no le segregaban lágrimas ni siquiera cuando pelaba una cebolla.

Una de las compañeras del piso que compartía con otros estudiantes, Consol —una pelirroja menuda de Gelida, que estudiaba bioquímica—, le había dicho que las lágrimas que se nos caían al pelar cebollas contenían muchas menos enzimas que las provocadas por motivos sentimentales.

—¿Y si te enamorases de una vez? —le preguntaba, risueña—. ¿Y si sufríes un poco por amor? Entonces quizá llorarías.

Pero Daniela no se enamoraba. De hecho, pensándolo bien, no se había enamorado nunca. En aquella época salía con Oleguer, desde hacía pocas semanas. Era un buen chico, un porrero de Gràcia que desprendía un aire de ternura anhelante. Muy flacucho, con el cuello delgado y una camisa de una talla demasiado grande. Era ella quien tenía que forzarlo para practicar sexo en los baños de los bares. Él solo se sentía cómodo en la cama o el sofá, y en la postura del misionero. Le daba tanto miedo que los pillaran que disfrazaba de toses los alaridos de placer que soltaba. De mayor quería ser poeta: sufría una angustia permanente, que tomaba, erróneamente, por profundidad de espíritu. No, ella no estaba enamorada. Ahora bien, no había que descartar, nunca se sabe, que si algún día la dejaba, le rompiera el corazón y por fin llorase.

En otra ocasión, Daniela le preguntó a Consol (buscando la respuesta científica) por qué las mujeres lloraban más que los hombres. Le respondió que la explicación se hallaba en las diferencias en los niveles hormonales de los dos géneros: la testosterona, la hormona sexual masculina, inhibía el llanto.

—En ese caso —dijo Daniela, riéndose a carcajadas—, yo debo de tener mucha testosterona. Puede que hasta me quede calva. ¿Te imaginas? La mujer calva y seca.

—Querrás decir seca de lágrimas —replicó Consol, riéndose—. Algunas zonas de tu cuerpo no están para nada secas.

Las conversaciones en ese tono eran habituales. Aún era capaz de bromear sobre su «carencia», como la llamaba. Se refería a ella como «las

lágrimas de los cojones». No quería renunciar a esa manera grosera de hablar, y «cojones» era su taco favorito. «Las lágrimas de los cojones no salen ni aunque me esté muriendo», exclamaba cuando salía del baño con los ojos rojos. Había intentado hacer de actriz, interpretando el papel de mujer triste, pero había fracasado en el intento, una vez más.

Oleguer le hizo una propuesta: ir al cine a ver dramas, películas que se habían convertido en clásicos. Tenía la esperanza de que tal vez en el cine, poniéndose en la piel de los personajes, conseguiría llorar, o al menos sentir tristeza.

—Lo que tenemos que hacer en el cine es tocarnos —le dijo ella.

Aun así, aceptó la propuesta, y durante unos cuantos fines de semana acudieron al Salón Ateneo Cine. Vieron *El apartamento* y *Desayuno con diamantes*. Ella se daba un aire a Audrey Hepburn: ambas eran igual de flacas, si bien Daniela era mucho más alta y su cara no reflejaba dulzura (*Moon River* le pareció a Daniela una canción «meliflua»).

Durante unas semanas más, también se interesaron por el cine de autor, por *Al final de la escapada* y otras películas de Jean-Luc Goddard y François Truffaut. Pero nada de nada. A ella le suscitaban interés las historias, pero salía del cine como los cirujanos de la sala de operaciones: fría como el hielo.

—Y ni siquiera me has tocado —le reprochaba.

La cosa tenía «cojones», le decía a Oleguer. Habíamos venido a reproducir la especie, el instinto sexual era importantísimo, y en cambio las películas solo pasaban de puntillas sobre el asunto. Todo lo que hacían esas mojigatas del cine, como maquillarse o vestirse, tenía como objetivo acabar follando. Las mujeres, según recordaba de una asignatura que había estudiado durante la carrera, hacían el amor para lograr algo más, para formar un matrimonio o una familia, o para alcanzar una posición social. En cambio, el objetivo para los hombres era el sexo en sí mismo: eso era lo que a Daniela le gustaba.

—Pero ¿te has emocionado por lo menos un poco? —le preguntaba él, queriendo en realidad saber si había llorado.

—Nada en absoluto.

Quizá se debiera a que ella lo forzaba, a que estaba demasiado

preocupada por sentir la emoción. Lo mismo le pasaba a Oleguer cuando después de un rato se encerraban en el baño de algún bar y quería demostrarle a cualquier precio que podía comportarse como un verdadero macho penetrándola de pie, contra la puerta. El pobre se forzaba tanto a sí mismo que resultaba contraproducente. El sexo reclamaba espontaneidad, y lo mismo debía ocurrir con la tristeza.

Terminó la carrera y el máster, dejó los bares, el empleo de camarera y el sexo en los baños. Sentó la cabeza y entró a trabajar como sexóloga en el Institut Bolinches. Allí oyó hablar por primera vez de la ayahuasca, porque una colega psicóloga que trabajaba en el centro, Eugènia Llord, dirigía un estudio para el hospital Clínic sobre los efectos terapéuticos de esa infusión en víctimas de violencia de género. Algunas de las participantes eran jóvenes pacientes de Eugènia que, gracias a la ayahuasca, habían superado el estrés postraumático causado por malos tratos, violaciones o abusos. «La planta» les había permitido revivir aquellos hechos sin sufrimiento, y, poco a poco, los habían integrado y aceptado. El estudio era muy serio y científico, ella no tenía nada que ver con la charlatanería. Pese a todo, al cientismo y a las pruebas concluyentes (veintiséis mujeres de un total de treinta habían visto aliviados o dominados los síntomas de la tensión posterior al trauma), el Clínic cortó en seco la investigación cuando un periódico publicó una información en que se asociaba la ayahuasca a la «pseudociencia». Hubo críticas injustificadas de políticos en la oposición, y los responsables del hospital recularon. Según Eugènia Llord, había quedado acreditado que el sistema invertía todas las energías en mantener el *statu quo*.

Enseguida se hicieron amigas. Daniela agradeció a Eugènia que le derivase algunas pacientes: era una sexóloga desconocida y, además, como el sexo era todavía un tabú, las pacientes que le pedían hora se podían contar con los dedos de una mano. Se sentía insegura. Dudaba de si lo estaba haciendo bien, e incluso de su carácter. Se ocupaba de ello como lo habría hecho una médica, escuchándolas atentamente para conocer los síntomas. No obstante, lo hacía siendo ella misma, es decir, con sequedad. En la consulta

no se permitía ninguna concesión; ya se frivolizaba bastante con la sexualidad. El sentido del humor, en relación con el sexo, tan solo era bueno en la cama: muchos problemas se solucionaban riendo.

Desde el principio corrió el rumor de que era una antipática. Algunas pacientes incluso habían sugerido al director del centro que un poco más de amabilidad y simpatía por parte de «la sexóloga», que era como empezaban a llamarla, no le haría ningún daño. Y aunque ella seguía defendiendo en público que los asuntos del sexo debían tratarse con la seriedad con que un médico se ocupaba de los síntomas, o con la precisión del cirujano que tenía en sus manos un bisturí, de puertas para dentro sabía que algo en ella no acababa de funcionar. No lo asociaba a «la carencia», a esa imposibilidad de llorar; por el momento no establecía ningún tipo de relación entre una y otra cosa.

Por si fuera poco, le faltaba empatía. Había hablado sobre ello con Eugènia, porque ella era todo lo contrario: enseguida se ponía en la piel de las pacientes. Daniela, en cambio, necesitaba pasarse horas y horas escuchando todos sus apuros, su forma de ver la vida, antes de hacerse una composición de lugar e intuir cómo eran. Solo entonces se ponía en su pellejo. Es decir, se implicaba desde un punto de vista racional.

Últimamente había recibido un toque de atención a partir del caso de Regina, una paciente que había llegado a la consulta ensalzando a su marido, poniéndolo por las nubes. Daniela tenía que haber intuido que la paciente estaba mintiendo, o, para ser exactos, que se estaba engañando a sí misma. Pero necesitó cuatro sesiones para intuirlo, cuando ya era demasiado tarde y la mujer había vuelto a la consulta con el cuerpo lleno de moratones.

Había hablado de ello con Eugènia. Pero su amiga, como buena psicóloga, le había quitado importancia a su falta de empatía. En cambio, se había fijado en su imposibilidad de experimentar tristeza.

Era raro, le dijo un día, que, unos años después de la muerte de su padre, aún no hubiese pasado el duelo.

—Te iría bien tomar ayahuasca. Sacarlo todo.

—¿El qué?

—La tristeza por la muerte de tu padre. Experimentar una catarsis.

Sacarlo todo, como un vómito.

Fue entonces cuando Eugènia Llord le propuso ir juntas a Can Benet Vives, para participar en una sesión de ayahuasca.

—La catarsis no sé si la vivirás, pero te puedo asegurar que sí vomitarás.

Tercera parte
Piel muerta

1

No experimentó la catarsis en Can Benet Vives. Ni durante la primera sesión de ayahuasca ni durante aquella segunda sesión. Al final se había enrollado con Jofre en medio del bosque y luego, durante la tarde y la noche, le había contado la historia de sus veintisiete años, los dos sentados en el sofá de la habitación de él, Daniela en una pose más bien inexpresiva, salvo los momentos en que hacía referencia a su madre, que la sacaba de quicio. No, no se había producido la catarsis. Pero, según Daniela, daba igual.

—¿Alguien se ha muerto por no haber pasado un duelo? —decía, con su cáustico sentido del humor.

Tampoco había que darle tanta importancia a que no le brotasen las lágrimas. Siempre había tenido fama de impenetrable y dura, y el hecho de que no llorase cuadraba con ese temperamento, igual que durante la infancia y la adolescencia. Los catalanes eran reservados, les costaba expresar los sentimientos, e incluso estaba mal visto hacerlo, y, en ese contexto, su falta de expresividad casi pasaba inadvertida. Como mucho, la tildaban de fría o cínica.

—Que se fastidien —replicaba.

No le importaba la opinión de los demás. En caso contrario, no querría dedicarse a la divulgación sexual. Eso lo tenía claro: muy pronto, no solo atendería a las pacientes en la consulta, sino que hablaría públicamente sobre sexo, aportando su granito de arena para liquidar el tabú. Con un poco de suerte, a la larga a los hombres no les darían vergüenza las disfunciones sexuales, no sentirían cuestionada su virilidad si sufrían eyaculación precoz,

ni tratarían de compensarlo levantando la voz de forma autoritaria o buscando bronca; los más agresivos solían ser los más inseguros. Como decía el director del Institut Bolinches, los hombres creían que la tenían «pequeña», cuando lo que tenían pequeña era la autoestima. Y, en cuanto a las mujeres, era necesario empoderarlas. Daniela tenía elaborado su propio discurso: la mujer se había dejado someter por el uso de «la razón» de la cultura patriarcal, y se había olvidado de sus procesos y ciclos. La cultura judeocristiana había anulado la sexualidad y el poder de las mujeres. A raíz de la figura asexuada de la Virgen María, convertida en arquetipo de «buena mujer», en el ideal que las mujeres debían alcanzar para ser válidas, habían quedado atrapadas desde hacía siglos en aquel marco ideológico, renunciando al cuerpo, al deseo y a la sexualidad. María Magdalena ejemplificaba la otra cara de la moneda.

Daniela, salvando las infinitas distancias, se identificaba con ella. Seguía pensando que habría sido una buena prostituta, si hubiera podido escoger a los clientes.

Por otro lado, desde que había conocido a Jofre, por primera vez le apetecía tener una pareja estable. Cada vez le daba más pereza la promiscuidad, la monserga derivada de las citas furtivas, los malentendidos, las llamadas intempestivas de los amantes de turno, aquel maldito sentimiento de posesión de muchos de ellos. Jofre carecía de él, respetaba su libertad. Ella le había confesado que le gustaba que fuera equilibrado, ponderado, atento.

Después de aquella segunda sesión de ayahuasca continuaron viéndose y no tardaron mucho en ser pareja. Tampoco esperaron mucho para irse a vivir juntos, en Can Benet Vives. Daniela decidió buscar trabajo en Girona, para no tener que hacer tantos kilómetros en coche, de ida y de vuelta.

Empezó trabajando en el hospital Josep Trueta, donde descubrió que las compañías farmacéuticas, tan amigas de Constança (por fortuna aquel hospital no pertenecía a su circunscripción), habían medicalizado muchas disfunciones sexuales. Los médicos recetaban parches de testosterona a causa

de «deficiencias hormonales». Cuando los parches no dieron el rendimiento económico que las farmacéuticas esperaban, iniciaron los ensayos con un antidepresivo, el Flibanserin. A partir de entonces, «casualmente», proliferaron los resultados de investigaciones médicas que sostenían que la disminución de la libido se debía a un «problema en el cerebro de la mujer». Para Daniela, aquella medicalización sí que representaba un problema. ¿Cómo podía ser que, a partir de unos síntomas, las farmacéuticas se inventasen nuevas enfermedades? ¿Cómo podía ser que los gobiernos hiciesen la vista gorda? ¿Cómo podía ser que los ciudadanos aceptasen, sumisos y resignados, que los síntomas —que tal vez desaparecerían con el tiempo— se convirtiesen en una enfermedad crónica? No, Daniela no quería ser cómplice de aquella conjura entre médicos, compañías farmacéuticas y autoridades sanitarias. Como colofón, las empresas compraban a los médicos pagándoles viajes al Caribe y estancias en hoteles de cinco estrellas con comida y alcohol a raudales. Constança también debía de ir: «Viajes de trabajo». No, Daniela no quería tener nada que ver en todo aquello. Cuando pudiera, dejaría el trabajo en el hospital.

Mientras tanto, comenzó a impartir charlas en la Casa de Cultura de Girona. A la primera solo asistieron tres mujeres. Les contó esas teorías suyas, sobre cómo la cultura judeocristiana les había anulado la sexualidad y el poder. Luego, con el fin de despertar el interés entre las asistentes —aunque ninguna estaba distraída, ninguna tosía o bostezaba—, evocó una anécdota personal, de cuando iba a la facultad y había tenido que estudiar un tratado de sexualidad femenina y se había enfadado con Sigmund Freud. Según el padre del psicoanálisis, las mujeres sufrían «envidia del pene». ¿Cómo es posible que el padre de la psicología pudiera pensar eso de ella? ¡La situaba en una posición inferior porque no tenía pene! Freud había construido su teoría a partir de la visión androcéntrica que imperaba en la época: el hombre era el que tenía identidad propia. Las mujeres sufrían un complejo de castración, una envidia del pene y un complejo de Edipo. Había sido también él quien había «culpado» a las mujeres de no llegar siempre al orgasmo vaginal.

Ese fue el eje de su primera charla, que debió de gustar a las tres mujeres,

porque de boca en boca lo fueron contando y, al mes siguiente, el público se había duplicado. Al cabo de dos meses, las asistentes ya se acercaban a la veintena. El número no tenía importancia, lo más relevante era que ella se lo pasaba bien. Aún mejor cuanto más incisiva y reivindicativa era. Proyectaba la voz y gesticulaba, se paseaba de un lado a otro de la sala, como si fuese una profesora. En vez de hablar de física o matemáticas, describía el poder sexual de las mujeres, que superaba con creces al de los hombres, comenzando por la sensibilidad del clítoris, un órgano que solo tenía la función de proporcionar placer sexual, y terminando por el multiorgasmo. Al final de las charlas se producían aplausos entusiastas, y algunas mujeres se acercaban a ella para felicitarla. Algunas le decían que por fin habían empezado a ser «ellas mismas»: habían dejado de ser sumisas y habían logrado no estar obsesionadas por cumplir con las expectativas de los hombres. Otras habían cambiado la relación con su cuerpo y ya no fingían orgasmos. Y algunas de ellas emulaban a Daniela y ya no eran románticas, en el sentido de que ya no necesitaban ir al cine o a cenar antes de tener sexo: si un hombre les gustaba, se lo «follaban» sin mediar palabra.

Así pues, ella comenzaba a influir en bastantes mujeres. Con un poco de suerte, el de boca en boca se extendería. Pero no contaba con que la polémica se convertiría en la mejor publicidad. La denuncia del concejal de derechas del Ayuntamiento de Girona sobre la perversidad de las «conferencias» hizo que Daniela Costa-Pau se convirtiese en una persona conocida, aunque no exactamente famosa, lo bastante como para poder abandonar el trabajo en el Trueta y abrir consulta en el Barrio Viejo.

A partir de ese momento comenzaron a llegar las invitaciones a congresos especializados, pero también a actividades culturales, a un montón de conferencias y debates, y a cócteles y presentaciones de libros. Ella las aceptaba todas, no por narcisismo, como habría hecho su madre, sino porque aquella era su misión: hablar abiertamente de sexo, hacer todo lo posible por normalizarlo. De paso, aprovechaba para demostrar que tenía un discurso propio y, sobre todo, para criticar al patriarcado. Como si de un mitin político se tratase, cualquier oportunidad era adecuada para decir que la sociedad debería revelarse contra los abusos del patriarcado, y que una sociedad que

no respetaba «la feminidad» no se respetaba a sí misma. «Deberíamos venerar todo lo femenino —afirmaba—. La energía femenina es sinónimo de compasión, generosidad, amabilidad, empatía, interés por el otro. Es todo aquello que no poseen las sociedades patriarcales, y aún menos sus dirigentes. Incluso cuando nos gobiernan las mujeres, estas se comportan como si fuesen hombres. El mundo cambiará el día que nos gobiernen mujeres auténticamente femeninas.»

Esa era la esencia de su discurso, pero una cosa era la teoría y otra la práctica. Jofre notaba que existía un desfase entre aquello que Daniela predicaba y lo que hacía.

Aunque estaba muy enamorado —quién lo iba a decir, a su edad y abrumado de nuevo por aquella mezcla de sentimientos perturbadores—, no estaba ciego, y se daba cuenta de que, en Can Benet Vives, Daniela no dispensaba precisamente amabilidad a su paso. Ni, como lo llamaba ella, «energía femenina». Jofre no sabía cómo era ella en la consulta; le habría gustado verlo por un agujerito. Quizá era un poquito amorosa, vete a saber, pero en el campus era todo lo contrario de lo que predicaba. Se levantaba a las seis de la mañana, meditaba veinte minutos en la sala de las Moreras y luego daba de comer a los gatos y a *Nadala*, la perra. Pues bien, había días en que el animal era prácticamente el único ser vivo del campus con el que ella hablaba. Cuando iba a la cocina a desayunar, apenas intercambiaba unas palabras con el personal. Siempre estaba en su mundo, ensimismada, como si tuviese la cabeza en otra parte, como si la gente de allí no fuese lo bastante buena para ella. Señora de sí misma, áspera y con aire displicente: no era raro que la tildasen de engréida.

Al principio, Jofre achacó la causa de su ensimismamiento, de aquella apatía orgullosa, al estrés. Sin pretenderlo, Daniela se había convertido en una ejecutiva estresada. Al fin y al cabo, ella dirigía una empresa, aunque se tratara de una prácticamente sin trabajadores, con dos secretarías que también hacían funciones de recepcionistas. Pero no paraban de dar horas a pacientes, y la lista de espera llegaba ya a los dos meses. Era imposible que no tuviese

que trabajar muy duro, que no estuviera estresada.

—¿Cómo lo consigues? —le preguntaba él.

—Una paciente detrás de otra. No miro el reloj.

Una noche, justo antes de quedarse dormida, una normal y corriente, como las que se repetían un día y otro también; una noche en que ella había llegado a Can Benet Vives a las diez y media, y solo había tenido fuerzas para pasar por la cocina a picar algo, subir a la habitación e intercambiar cuatro palabras con Jofre antes de quedarse dormida (un sueño breve, de tres o cuatro horas como mucho, ya que otra de las consecuencias de su estrés era el insomnio); una noche, justo antes de caer dormida, cuando estaban en la cama, Daniela le dijo que uno de los aspectos positivos de tener tanto trabajo era que se olvidaba de sí misma.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, intrigado.

—Me olvido de mí misma todo el día. No me escucho ni me hago caso.

«¿Por qué tiene que olvidarse de sí misma? —pensó Jofre—. Una mujer que lo tiene todo, que está triunfando y que vive en la naturaleza, en un ambiente de libertad. ¿Por qué tiene que olvidarse de sí misma?»

¿Y si el sexo era también una forma de olvido, de huida hacia adelante? No el que abordaba de manera profesional, sino el que practicaba con él. En la cama todo fluía entre ambos, si bien es verdad que el ideal de Jofre habría consistido en una sexualidad más profunda, que trascendiera el frenesí de los cuerpos y conectase con el campo de energía sutil. Él lo había intentado, le había dado un montón de explicaciones sobre cómo ir más allá de la genitalidad, cómo cuidar la respiración y potenciar la *kundalini*, pero ella iba a saco. Le daba exactamente igual la *kundalini*. Seguía siendo una mujer llena de fogosidad. Curiosamente, el estrés, que era la primera causa de la falta de deseo sexual entre las parejas, no afectaba a Daniela, que continuaba teniendo ganas de hacerlo a todas horas. El fin de semana, mientras caminaban por alguna zona umbría del bosque —esos sotobosques frondosos, tapizados de hojas muertas—, sin decir ni pío, ella lo cogía de la mano, se lo llevaba detrás del tronco de un árbol, le abría la bragueta y lo masturbaba o practicaba con él sexo oral. Aquello que para otra habría sido un punto final, para ella constituía el principio. Quería continuar haciéndolo en plena naturaleza, igual

que la primera vez después de tomar ayahuasca. De modo que seguían paseando y llegaban hasta la iglesia de Hortsavinyà, un lugar donde difícilmente corrían el riesgo de ser vistos por alumnos o trabajadores de Can Benet Vives; si bien la posibilidad de que los pillasen, la adrenalina del riesgo, era precisamente lo que más estimulaba a Daniela.

A la iglesia de Hortsavinyà solían ir de pícnic, a la espera de que Jofre estuviera en condiciones de volver a tener una erección. Comían una buena ensalada con legumbres y bebían una botella de vino sobre un afloramiento de granito, junto al lugar donde se acabaría construyendo la escuela. Pues bien, sobre la misma lona extendida donde habían comido, acababan follando. Los sábados y domingos se podían pasar allí un buen rato, ese era el hobby favorito de Daniela, los dos cuerpos entrelazándose y dándose y recibiendo placer en un claro en medio de abetos y castaños. La postura preferida de ella era la de Andrómaca, ella encima de él, cabalgándolo. Recibía ese nombre porque, según la mitología griega, era la postura que más practicaban Héctor y su mujer, Andrómaca. Y a Daniela le permitía tener la sartén por el mango, controlar el ángulo de la penetración y hacer más intensa la estimulación del clítoris, ya fuera por frotación con el pubis de Jofre, ya fuera tocándose con un dedo, o dejando que la tocase él. Le daba un montón de pautas para que él la masturbase, no solo para aumentar sus sensaciones orgásmicas, sino para que, con un poco de suerte, estuvieran acompañadas de la eyaculación de ella. Quién le iba a decir a Jofre que a su edad descubriría la eyaculación femenina: un líquido incoloro, inodoro, que parecía orina. Cuanto más intenso era el orgasmo de Daniela, más cantidad de aquel flujo segregaba, a veces a chorro, como si fuese una pequeña fuente. A él le dejaba mojado todo el abdomen. Al cabo de unos minutos, se bañaban en un riachuelo, en el agua limpia que bajaba entre las encinas de hoja glauca.

El sexo, por tanto, era el motor de la relación. Y Jofre disfrutaba de él a una edad en que ya había dado por concluido el deseo carnal. Optando como había optado por una forma de vivir centrada, priorizando la paz interior, por fuerza había tenido que renunciar a las exigencias sexuales: el ingenio, la fuerza, la paciencia, el ardor que requerían. Sin embargo, la vida le había regalado una nueva relación, seguramente la última y definitiva, con una

chica que no era una ninfómana, pero le faltaba poco para serlo. No lo era porque era capaz de pasarse días enteros sin practicar sexo, no dependía de él como si estuviese enganchada a una adicción. No obstante, su ardor era inagotable. Del mismo modo que Jofre recurría cada dos por tres a la meditación y a la respiración, ella recurría al sexo.

Con frecuencia, de madrugada, al cabo de tres o cuatro horas de haberse metido en la cama, cuando estaba desvelada a causa de ese insomnio provocado por el estrés que se estaba convirtiendo en crónico, despertaba a Jofre y le preguntaba, con un tono burlón: «¿Tienes la bondad?». O bien: «¿Tienes la bondad de penetrarme?». El mero hecho de utilizar esa expresión, que era propia de él, constituía ya una declaración de intenciones: ella estaba jugando. En el fondo quería que hiciesen el amor para quedarse dormida. Él se quitaba el pijama y la penetraba, mientras de fondo se oían las primeras alondras, con su canto interminable, y ella, en efecto, después del clímax se quedaba dormida; el sexo actuaba como un ansiolítico. Jofre, sin embargo, era consciente de que —como los fármacos que ella detestaba— tan solo habían aliviado los síntomas. Había en Daniela un desasosiego de fondo, y el sexo era la manera de taparlo provisionalmente.

Otra señal de ese desasosiego era su relación con la comida. Comía de cualquier manera, por puro trámite, sin tener en cuenta que era una actividad que había que practicar conscientemente. A mediodía, en Girona, engullía un bocadillo deprisa y corriendo, entre consulta y consulta. Solo almorzaba bien cuando tenía un compromiso, «una comida de trabajo», igual que una reunión, con asociaciones o empresas que le ofrecían propuestas profesionales relacionadas con la divulgación sexual. No comía con amigos; otra cosa que Jofre estaba descubriendo era que ella prácticamente no tenía amigos, exceptuando a Eugènia Llort, con quien ya casi había perdido el contacto.

Había noches en que se la encontraba en la cocina, antes de subir a la habitación, comiendo una bolsa de patatas fritas. En Can Benet Vives se alimentaban saludablemente, no eran vegetarianos estrictos pero casi, y en la

despensa no había patatas fritas, con aceite y conservantes artificiales. Era extraño que Daniela se metiera porquería en el cuerpo.

Un día, una mañana despejada entre estaciones, camino del mercado de Tordera, Jofre encontró en el coche de ella dos bolsas de plástico: una de patatas fritas y otra de donuts. Era raro. Pudiendo comer bien, prefería ensuciar su cuerpo, cuando ambos estaban de acuerdo en que el cuerpo era un templo. Aquella mañana el sol pegaba a través del parabrisas, agrisaba el cristal, y las bolsas no pasaban desapercibidas. Jofre no pudo evitar preguntarle:

—¿Patatas fritas? ¿Donuts?

—Los compro en la gasolinera. Lo necesito. Así calmo la ansiedad.

«¿La ansiedad?», pensó él. Sí, de acuerdo, ella tenía estrés, pero sabía diferenciarlo de la ansiedad, y también sabía que podía ser más preocupante. Tal vez estaba inquieta por su relación. Hacían mucho el amor, sí, pero, dejando aparte el sexo, eran como dos compañeros de piso, dos amigos, como mucho. Charlaban sobre el trabajo; en la vida de ella solo parecía existir eso y nada más. Al final del día, siempre que no se quedase dormida, solía hacerle un resumen de los casos que había tratado. Aquellas pacientes que hablaban en tonos que oscilaban entre el lamento y la queja, y le confesaban su falta de deseo sexual, que hasta entonces muchas habían considerado como algo normal. También se quejaban de la monotonía en sus relaciones, y de cómo empezaban a utilizar los juguetes sexuales. Y estaban, por supuesto, las disfunciones de toda índole; la más habitual era el vaginismo, la contracción involuntaria de los músculos vaginales durante la penetración. De todo ese abanico de casos hablaba con Jofre. Pero más allá de esa charla sobre el trabajo, más allá de compartir cama y del placer sexual, él echaba de menos ilusión y entusiasmo en la relación. «Entusiasmo», etimológicamente, significaba tener un dios en el interior, y Daniela carecía totalmente de ese dios o diosa. Seguía siendo una mujer fría y apática —y antipática—. Y, por si eso fuera poco, ahora había reconocido que tenía ansiedad. ¿Y si la tenía porque no soportaba una relación de pareja convencional? ¿Y si echaba de menos la promiscuidad, irse a la cama con quien le diera la gana? En ocasiones él la veía coquetear con algún voluntario jovencito. Era como si se

sintiese atraída por la sensibilidad de los más jóvenes. En concreto, por la sensibilidad de un voluntario japonés, Keigo, un chico encantador, frágil, con la piel blanca y las pestañas muy finas. Daniela charlaba bastante con él, a diferencia de lo que solía hacer con el resto del personal. Le preguntaba qué quería ser «de mayor», y el tono de voz guasón con que se lo decía, como si se tratase de una broma recurrente, y el modo en que esperaba su respuesta hacían pensar a Jofre que se sentía atraída por él.

Y al mismo tiempo sufría ansiedad. Jofre no sabía qué pensar. Era evidente que él estaba un poco celoso, pero en esos momentos era preciso ver más allá. Lo mismo que en las alucinaciones durante la ingesta de ayahuasca: una neblina que había que trascender. No obstante, para salir de dudas (no solo respecto al coqueteo con Keigo, sino a la ansiedad), optó por una huida hacia adelante, pese a ser algo impropio en él. Un día, como quien no quiere la cosa, le propuso a Daniela:

—¿Por qué no nos casamos? ¿Qué te parecería? —Jofre soltó una carcajada, como si aquello fuera una propuesta extravagante que se le acabase de ocurrir.

Estaban en la cama, entre las sábanas, una de aquellas madrugadas en que Jofre acababa de hacer de «somnífero», y Daniela, tapada con el edredón, estaba medio dormida. Él, visiblemente nervioso, se esforzó en sonreír, se aclaró la garganta y añadió:

—¿Qué te parecería? La boda como una fiesta, sin cura, una celebración con los amigos, aquí, en Can Benet Vives.

Además, agregó él, el ritual serviría para que el compromiso quedase grabado en el inconsciente de ambos: ese era el sentido último del rito del matrimonio. Jofre sabía que, hablándole del «compromiso», podía ahuyentarla. Por otro lado, no tenía nada que perder.

La reacción de ella lo sorprendió. No puso el grito en el cielo, como él temía. Sonrió débilmente, enarcó una ceja y dijo:

—Me parece una buena idea.

O sea, que Daniela lo aceptaba de manera racional. No reflejaba emoción alguna, su rostro continuaba siendo de piedra, inexpresivo, pero como mínimo racionalmente le parecía una buena idea. Al menos Jofre, de

momento, no tenía que preocuparse por perderla. No estaba orgulloso de sí mismo. No debería haber hecho lo mismo que tantos hombres a lo largo de la historia: intentar atar corto a la mujer casándose con ella. Pero ahora la propuesta ya estaba sobre la mesa, y ella la veía con buenos ojos.

La boda fue bien. Las semanas previas, no es que ella estuviera precisamente ilusionada con los preparativos, pero sí bastante motivada, imbuida de una determinación sin entusiasmo. Se tomó las tareas de las que debía ocuparse como una actividad más; las había ejecutado «una detrás de otra» y las había ido tachando de la lista: escribir el texto y escoger el papel de las invitaciones, las flores, el fotógrafo, el menú de la comida. Aquellos días las conversaciones con Jofre giraban en torno a los precios exorbitantes de todo lo que rodeaba una boda, aunque la celebraran en casa; sobre si el cocinero Eric y su equipo debían preparar merluza de palangre a la donostiarra o bien suprema de corvina con crema de puerros, rodaballo salvaje al horno con cebolla caramelizada o bien meloso de ternera con crema de setas; y de prepostres, antes de la tarta nupcial, sopa de infusiones con helado de té matcha o sopa de piña con toques de mango. Daniela quería una celebración como Dios manda. También querría abrirse a los demás, ya que incluso calculó el tiempo que dedicaría a saludar a los invitados y a mantener conversaciones informales. A algunos de aquellos invitados no les había hecho ningún caso durante el tiempo que habían estado trabajando en Can Benet. Jofre supuso que ahora quería compensar la rudeza de los últimos meses. Con el bodorrio, Daniela quería empezar a ser otra versión de sí misma, más sociable.

—A ver si comienzo una nueva etapa —le dijo una de aquellas noches, durante el duermevela. Jofre no supo qué quiso decir exactamente. ¿Qué etapa era la que quería dejar atrás?

Fuera como fuese, llegó el día, el 4 de octubre, y todo transcurrió como la seda, salvo el estado de ánimo de ella, que pasó desapercibido a todo el mundo menos a Jofre, pero, en favor de Daniela, cabe decir que hizo todo lo posible por disimularlo.

Era un día cálido de otoño, el cielo completamente raso. No soplaba ni una brizna de viento, ni la más ligera brisa. Un día precioso, con un estallido de amarillos y anaranjados, y unas pinceladas de lila que parecían fruto de la alquimia. Daniela llevaba un vestido rojo, el maquillaje impecable, y una sonrisa de oreja a oreja que invitaba a pensar que sí, que era otra, que empezaba una nueva etapa. O, como mínimo, que estaba muy feliz. Altiava como una heroína de escenario, saludaba a los invitados como si se alegrase mucho de verlos. La mayoría eran amigos de Jofre, la lista de ella era más bien escasa: aparte de Eugènia Llord, tan solo había algún médico del hospital Josep Trueta y alguna antigua compañera de piso, como Consol, que interpretó *Moon River* al piano. También acudió su ex, Oleguer, quien hacía poco había ganado el premio Carles Riba, y recitó unos cuantos poemas. Uno de ellos hacía referencia a los bares y a la fugacidad del placer. La escena de la ceremonia fue de postal: a lo lejos se veían unos corderitos blancos, yaciendo a la sombra de una tartana.

Fue, pues, una boda hecha a medida, con participación de los invitados, que podían subir al pequeño escenario de la sala de las Moreras y recitar o cantar aquello que les apeteciera. El maestro de ceremonias fue Josep Maria Fericgla, el socio de Jofre. Hizo un discurso en el que afirmó que ambos eran un modelo «de unión militante en contra del individualismo en alza en nuestra sociedad». «Visto desde los ojos del alma —dijo—, una boda es la forma de celebrar la unicidad de algo que está por encima de la tendencia material; es la victoria de la evolución sobre la regresión, ya que el mundo ordinario nos empuja a la separación, a la competencia y a la individualidad.» «La unidad del matrimonio —añadió— va más allá de una idea subjetiva para convertirse en una verdadera unidad energética, en una unión de opuestos que se complementan formando una entidad superior a cada uno de ellos como parte.»

Al final un pianista interpretó piezas de Gurdjieff, y hubo una breve meditación colectiva. Fue después, mientras los invitados se dirigían a la masía principal para comer, cuando Jofre reparó en que Daniela estaba seria. Puede que fuera por el trasiego, por los nervios. Pero, aun así, estaba demasiado seria para ser ese, teóricamente, uno de los días más importantes

de su vida.

Toda la tarde tuvo Jofre esa duda, pero no fue hasta la noche, cuando los últimos invitados se hubieron marchado y todo quedó en silencio e impávidamente vacío, cuando le preguntó:

—¿Te lo has pasado bien?

Al principio no le contestó. Estaban en la cocina, ella ocupándose de los ramos que le habían regalado: separaba las flores del papel en que estaban envueltas, cortaba los tallos con unas tijeras y las ponía en jarrones llenos de agua. Jofre, para romper el silencio, añadió con un tono de voz socarrón:

—Se supone que esta es nuestra noche de bodas.

No era una insinuación buscando tener sexo; con Daniela no hacían falta insinuaciones. Y quizá, excepcionalmente, esa noche, en que cualquier pareja se habría dedicado al placer desenfrenado, ellos dormirían como un tronco.

Su mujer no hizo ningún comentario, seguía callada. El día se desvanecía, pero el resplandor llenaba aún las ventanas encaradas a poniente. La luz áspera imbuía el rostro de Daniela de una expresión descarnada.

Finalmente, lo que dijo cuando abrió la boca dejó a Jofre perplejo.

—No he sentido nada.

—¿Cómo?

—Que no he sentido nada de nada.

—¿Cuándo? ¿En qué momento?

—Durante todo el día. No he sentido ningún tipo de alegría.

—¿Ni siquiera durante la ceremonia? ¿Mientras Fericgla nos ponía las alianzas?

—En ningún momento del día. No he sentido nada. He sido como una espectadora, distante. No he podido implicarme. No he tenido ninguna sensación, ni buena ni mala.

Jofre pensó: «Como en el entierro de su padre. Este ha sido el acto más emotivo al que Daniela ha asistido desde entonces, y no ha sentido nada».

—¿No te ha alegrado ver que la gente se lo pasaba bien?

—Me ha resultado completamente indiferente.

Ella hizo una pausa, se mordió el labio, tiró a la papelera los tallos de los helechos muertos y se quedó mirando a Jofre con una expresión de súplica

herida, casi horrorizada.

—Tengo la piel muerta. Eso es lo que me pasaba últimamente.

—¿La causa de la ansiedad?

—Sí. Ese darme cuenta de que no estaba sintiendo nada. Al menos notaba ansiedad. Había días en que pensaba: al menos sientes ansiedad.

—Y ¿por qué no me lo habías dicho?

—Porque pensaba que sería pasajero. Y porque si te lo hubiera dicho, habrías querido hacerme de padre.

2

Huelga decir que lo que le dijo lo dejó impactado. Hasta el punto de que los días posteriores fue incapaz de volver a hablar de ello. Ella, para variar, tenía mucho trabajo. Antes de la boda había pospuesto consultas con pacientes de las que se tenía que ocupar la semana siguiente, y él siguió la misma estrategia, la de trabajar a destajo. Tal vez así lograría no pensar obsesivamente en aquella grave limitación de su mujer; los pensamientos de preocupación siempre eran obsesivos. Pero era imposible no estar inquieto. A Jofre le venía a la memoria el caso de una participante en una toma de ayahuasca hacía tiempo, que, a causa de su masculinidad y del hecho de que adoraba a su padre y quería imitarlo, no solo se había convertido en alta y huesudamente delgada —como su padre—, sino que había dejado de menstruar. Debía tener aproximadamente la misma edad que Daniela, unos treinta años, y nunca le bajaba la regla. Él se acordaba perfectamente: era una chica indómita, con una mata de pelo formada por alambres grisáceos que parecían haber sufrido una descarga eléctrica.

Pero el caso de Daniela era más extremo.

Todo parecía indicar que había dejado de sentir.

No solo no sentía tristeza, ni las emociones mal consideradas negativas; tampoco las positivas. Era increíble. En aquellos días su marido la imaginaba a veces como un robot sin sentimientos. Una noche tuvo una pesadilla en la que vio el cuerpo de su mujer por dentro, como a través de un escáner o una radiografía: no tenía sistema nervioso, y el esqueleto era de hierro. Si Daniela no había sentido nada de nada durante la boda —ni durante los últimos

meses, o, vete a saber, años—, en efecto, guardaba cierta semejanza con un autómatas. Seguramente sus respuestas eran automáticas, aprendidas durante la infancia, pero difícilmente reaccionarían a los estímulos del momento presente. ¿Cómo podía saber si una cosa o una situación le gustaban? Podía saber si le gustaba un plato de comida —tenía las papilas gustativas en perfecto estado—. O podía oler una planta, o acariciar un caballo; los sensores que le permitían percibir el exterior los tenía intactos. No obstante, la planta, o el caballo, o el paisaje no le tocaban ninguna fibra. Estaba desfibrada, sí, esa era una buena definición de su estado.

El recibir una buena noticia la dejaría indiferente. Que las pacientes se recuperasen con un tratamiento, el hecho de que, pongamos por caso, volviesen a tener deseo sexual, o que en general la felicitasen por cómo las estaba ayudando, debía de llenarla de orgullo, pero de un orgullo de tipo racional, una satisfacción y ya está; al fin y al cabo, el orgullo no era una emoción. Lo más probable era que las críticas le importaran bien poco. Seguramente tampoco sentía nervios antes de algún momento importante; no tuvo un nudo en el estómago antes de la boda, o el día anterior a los exámenes en la universidad —en caso de que ya entonces sufriera esa limitación—. No debía saber si una persona le caía bien nada más conocerla; no debía tener intuición, ni capacidad para captar la mayoría de las primeras impresiones. Ese sería el motivo por el cual le costaba sentir empatía por las pacientes y se veía obligada a hacerles tantas preguntas para poder hacerse una idea —racional— de cómo eran. Y menos mal que ahí estaba la razón.

Mira por dónde, ese era el motivo de su frialdad y apatía. Ahora Jofre lo entendía todo. Ella no podía relacionarse bien con la gente si era incapaz, por ejemplo, de reírse al oír un chiste. La razón, basándose en los recuerdos acumulados, debía informarla de que era el momento de reírse, pero ella no sentiría alegría. Ese debía ser el motivo por el que, sistemáticamente, había evitado a la gente en Can Benet Vives, porque le costaría relacionarse. Seguro que las relaciones sociales la incomodaban mucho —¿«sentiría» incomodidad?—, o como mínimo debía sentirse como un pez fuera del agua.

¿Cómo percibiría la realidad? Si bien es cierto que probablemente experimentaba algunos matices emocionales, quizá lo vivía todo de manera

tibia. O tal vez veía la vida como las personas deprimidas. Pero no, Daniela no estaba deprimida; si así fuera, no tendría aquel coraje y aquellas ganas de ayudar a las mujeres. No tendría ningún tipo de motivación, y si algo no se le podía negar a Daniela era que en los últimos años había estado muy motivada profesionalmente.

¿Cuánto tiempo haría que sufría esa limitación? ¿Era una consecuencia del hecho de que no hubiera podido o sabido llorar el día del entierro de su padre? ¿Era acaso un bloqueo que había ido creciendo con los años, a base de reprimir las emociones? Jofre no tenía respuestas.

Lo que sí tenía claro, rememorando cómo se habían conocido, es que el primer día que ella había acudido a Can Benet Vives ya debía sufrir ese bloqueo. Quizá no tan desarrollado o incapacitante como ahora, pero sin duda lo sufría; en caso contrario no le habría resultado indiferente la visión de su madre asándose como un pollo. Durante la ingesta de ayahuasca, los ojos le habrían parpadeado. Ella se habría angustiado, igual que se habría angustiado en el momento de beberse el vasito de «la planta» con sabor a barro. O luego, mientras afuera nevaba y ella había estado limpiando y enjabonando los cubos de plástico llenos de vómitos con una indiferencia absoluta. Con todo, su madre la sacaba de quicio: al menos experimentaba esa emoción, la de la ira o la cólera. O sea, que no estaba completamente insensibilizada.

Ahora le encajaba el hecho de que ella no se hubiese enamorado nunca. No solo de Oleguer y de los chicos con los que se había enrollado en los bares, sino de él, el hombre con el que se acababa de casar. Jofre no se autoengañaba: puede que Daniela sintiera afecto por él (en ese momento hasta dudaba de ello: ¿podía ella «sentir» afecto?), pero no estaba enamorada ni lo había estado al inicio de su relación. Después de todo, el enamoramiento era un cóctel formado por diferentes emociones, y difícilmente Daniela podía elaborar ese cóctel si su cuerpo no contaba con los ingredientes necesarios. Nada le había hecho deducir a Jofre que ella hubiese tenido mariposas en el estómago durante los meses iniciales de la relación; nunca le había dicho: «Tengo ganas de verte». Y, cuando por fin se veían, no había en sus ojos expectativa ni curiosidad.

Eso sí, en la cama iba al grano, desbocada, sin control. Ahora entendía

Jofre que el sexo fuera la «piedra angular» de la vida de ella, y aquello que la hacía sentir más viva. Le venía a la memoria el episodio que le había contado de cuando era una adolescente, la noche en la que se lo montó con aquel chico llamado Michel en el restaurante donde su madre celebraba una cena de trabajo, cuando después la había llamado «puta». Pues bien, según el relato de Daniela, aquella noche, mientras se abría de piernas encima de Michel, había tenido los nervios «a flor de piel». Nunca hasta entonces había experimentado esa «intensidad sensorial». O sea —pensaba Jofre—, que quizá aquella noche había descubierto que durante el acto sexual «sentía». Tal vez por eso lo había practicado tan asiduamente a partir de entonces. Porque el sexo era la única posibilidad que tenía de «sentir». Mientras lo hacía, al menos sentía algo.

Eran suposiciones. Cuando pudiera, volvería a hablar con ella e intentaría saber cuál era el alcance de la limitación de su mujer. Lo ideal sería que se pusiese en manos de un buen médico. Por fuerza debían existir análisis o máquinas o pruebas capaces de medir lo que sentíamos las personas, como un termómetro de las emociones. En cuanto consiguiera tener una conversación con Daniela, le propondría que se sometiera a las pruebas médicas que hicieran falta. Y, una vez que conocieran cuáles eran las limitaciones de su cuerpo, habría que trabajarlas a conciencia. La ayahuasca no le había dado resultado, no había provocado la catarsis; no necesariamente le iba bien a todo el mundo. Aunque con «la planta» ella había sido capaz de abrirse a la realidad más real, había seguido encerrada en sí misma. No había accedido a las profundidades de su ser. Como decían los chamanes, tenía poca amistad con su «animal interior».

Después de la segunda sesión de ayahuasca, ella le había dicho con humor cáustico: «¿Alguien se ha muerto por no haber pasado un duelo?». Había dejado aparcado el duelo por la muerte de su padre. A partir de ese momento —conjeturaba Jofre—, ella debió de insensibilizarse poco a poco hasta llegar a la absoluta atonía. La limitación debió de ir creciendo, extendiéndose como la metástasis de un cáncer, mientras ella se refugiaba en

el trabajo.

Todo aquello provocaba en Jofre una sensación de fracaso. Si la insensibilidad había aumentado y se había apoderado de ella hasta el punto de que ya no solo no sentía tristeza, sino tampoco el resto de las emociones, incluida la alegría, era en parte responsabilidad de él. No debería haber sido tan respetuoso con ella, tendría que haberse implicado más en su «carencia».

—Daniela —le dijo, por fin, la semana siguiente—, creo que deberías ponerte en manos de un médico.

Se encontraban en el dormitorio, ella había llegado tarde y estaba doblando ropa. Era como si no se hubiesen casado: ella había retomado su rutina maratoniana de visitas y regresaba a Can Benet Vives sin ganas de nada. Ni siquiera habían hablado sobre la luna de miel, pendiente.

—De ninguna manera —le respondió ella.

—¿Lo dices por los fármacos? ¿Por qué no te quieres medicar? —Les seguía teniendo tirria, a causa de su madre. Y aún más después de lo que había visto en el hospital Josep Trueta.

—No creo que haya fármacos para lo mío. Pero no, no es por los fármacos, sino sencillamente porque me niego a ser una enferma. Por tanto, no quiero curarme de nada.

—¿Y si hablaras con Eugènia Llorc? Seguro que te daría algún consejo de amiga y de psicóloga con experiencia; con la de casos que habrán pasado por su consulta.

—No pienso convertirme en una enferma. No convertiré la carencia en una enfermedad crónica.

«Al menos continúa reconociendo que tiene una carencia», pensó Jofre. Ella siguió hablando, se notaba que le había dado muchas vueltas al tema.

—He visto a muchas mujeres a las que la medicina ha convertido en enfermas crónicas. Sufrían dolor y agotamiento, y recibieron, por ejemplo, el diagnóstico de fibromialgia, y con ese diagnóstico crearon una nueva personalidad. Y si bien es cierto que en muchos casos el dolor es severo y totalmente incapacitante (por si fuera poco, existe incompreensión en el entorno familiar), en otros la mujer saldría adelante si no tuviera que cargar con la etiqueta de «enferma crónica». El diagnóstico como una nueva

personalidad: ahora soy una víctima, y no puedo valerme por mí misma. Y necesito que me cuides, y que me des el amor que no me has dado hasta ahora. Estas son las creencias irracionales que he visto en bastantes mujeres. No en todas, ni mucho menos. Soy consciente de que esta generalización, como cualquier otra, es injusta. En cualquier caso, no quiero ser una víctima.

—En resumen: descartas ir a ver a un médico.

—Estoy segura de que me toparía con médicos que me dirían que me tengo que quedar en casa, o que no puedo trabajar tantas horas, o que no puedo llevar esta vida tan ajetreada. Me recetarían medicamentos que me dejarían sedada, amodorrada. No, no quiero entrar en el juego del sistema médico y farmacéutico. Por fortuna, no siento dolor.

—Y ¿qué sientes, exactamente?

—Lo sabes de sobra. No siento nada de nada.

—Te lo preguntaré de otro modo: ¿cómo te sientes?

—Anestesiada. Como si me hubiesen sacado una muela y no sintiese dolor.

Dejaron la conversación en ese punto, Jofre no quiso hurgar más. Al día siguiente volvieron a la rutina, la rutina salvadora. En aquella época, él estaba definiendo y concretando las funciones de los voluntarios. Algunos de ellos se aprovechaban de la buena fe del centro. Pese a que el acuerdo era que permanecerían tres meses en Can Benet Vives, en ocasiones se marchaban al cabo de pocos días, después de haber asistido a dos o tres de los talleres gratuitos que tenían. Es decir, se habían inscrito como voluntarios solamente para no tener que pagarlos. Había otros que cumplían con los tres meses pero que pasaban de todo, y Jofre y su socio, Fericgla, estaban redactando esos días una especie de decálogo, con el fin de que en el centro todo el mundo supiese cuáles eran exactamente sus deberes. En Can Benet, la vida debía contar con una estructura, un propósito y unos objetivos bien definidos.

También estaban acabando de organizar el espacio de «la vida y la muerte», en la explanada de la piscina. En el espacio de la vida sembrarían plantones y, en los mismos agujeros, las amigas del campus que acababan de

ser madres introducirían la placenta del embarazo. En el extremo opuesto de la explanada —el espacio de muerte— habría cipreses, y las raíces se mezclarían con las cenizas de los amigos que hubieran amado Can Benet: los enterrarían allí con todos los honores. En medio situarían «el rincón de las decisiones», una pérgola con dos bancos para que los más jóvenes acudiesen a reflexionar y a tomar decisiones.

Pensaba Jofre que él debería ser el primero en pasarse un buen rato en el rincón de las decisiones. Debería decidir hasta qué punto tenía que forzar a su mujer a ir al médico. No, forzarla habría sido una forma de violencia. No solo nadie podía forzar a nadie para que hiciera nada, sino que nadie podía ayudar a nadie. Y todavía menos una mujer que no quería que la ayudasen.

Ella era adulta, y, por si fuera poco, una mujer que había acompañado a otras muchas en procesos complicados. Por tanto, sabía de sobra cómo debía vivir. Con la salvedad de que Jofre dudaba de que aquello suyo pudiese llamarse vida. ¿Podía vivir con plenitud una mujer que no «sentía»? ¿Podía experimentar la alegría de vivir? De eso nada. Él podía constatarlo a través de pequeños gestos cotidianos. Para empezar, la retenía una lasitud de la que no lograba desembarazarse. Todas las mañanas se duchaba con agua fría: al principio él pensó que lo hacía precisamente para despojarse de esa lasitud, para activarse. Pero llegó a la conclusión de que lo que ella quería era notar el frío.

Los miércoles por la tarde, cuando salían desnudos de la sauna, su esposa se tiraba de cabeza a la piscina, a pesar de que hacía mucho frío y en el agua comenzaban a formarse placas de hielo. En mitad del aire gélido de la noche, cuando salía del agua, no se secaba ni se cubría con la toalla. Tiritaba y le castañeteaban los dientes, las manos y los pies entumecidos. Resoplaba. Sin embargo, todo aquello parecía gustarle. En el fondo, pensaba Jofre, le apetecía experimentar una sensación; la que fuera.

Había observado otros tipos de «placeres» cotidianos: que los gatos la arañasen mientras jugaban. De hecho, últimamente ella no los acariciaba, sino que los provocaba poniéndolos panza arriba, hasta que le clavaban las uñas. Daniela no se limpiaba ni desinfectaba las heridas.

Un día, en el riachuelo que serpenteaba junto a los matorrales de aliso,

detrás de la zona de los tendederos de ropa, andaba ella trajinando cubos con los pantalones arremangados hasta las pantorrillas, y se hirió las piernas con las zarzas. No hizo ningún aspaviento, ni por el dolor ni por la sangre.

«Parece que le guste —pensó Jofre—. La cuestión es sentir algo.» Otro día, bajando las escaleras de la fuente, junto a la mesa de pimpón, un tábano le picó en una pantorrilla. Daniela lo aplastó con tanta fuerza que el bicho quedó desparramado por su piel.

La fuerza de Daniela: Jofre no había reparado en ella, hasta que la sufrió en carne propia. Resulta que un día ella se enfadó mucho con él. Al menos, seguía experimentando rabia. Al menos, no estaba anestesiada del todo. Era un sábado por la noche. Estaban a punto de irse a dormir. Como ahora ella ya no sufría ansiedad (era algo más grave que eso), ya no se desvelaba de madrugada y le preguntaba si «tendría la bondad» de hacerle el amor. Ya hacía tiempo que la práctica del sexo entre ambos había caído en picado, y eso hizo que a Jofre le saltaran las alarmas, las pocas que aún estaban pendientes de activarse.

Aquel sábado, él le dijo:

—Daniela, perdona que te lo diga, pero aquí, en Can Benet Vives, estás de lo más rara. No dudo de que con las pacientes todo vaya bien, con esa profesionalidad que te caracteriza. Pero aquí todo es distinto. Y tanto tú como yo sabemos cuál es la causa. ¿Cuándo vas a hacer algo? No quiero ser alarmista, pero creo que si no haces nada acabarás con una depresión. — Contrariamente a lo que había pensado un tiempo atrás, ahora Jofre creía que algunos de los síntomas que ella sufría eran primos hermanos de los de una depresión—. ¿Tanto te cuesta ponerte en manos de un médico?

—Ya te dije que no quiero considerarme una enferma.

—¿Tanto te costaría tomarte un antidepresivo diario? Puede que fuera la manera de empezar a salir del pozo. Como mínimo, estarías más animada.

—La euforia que me provocaría un antidepresivo sería completamente artificial.

—Y ¿qué tendría eso de malo? Sería mejor verte bajo los efectos de la

química que como estás ahora. Siento mucho decírtelo, Daniela, pero pareces un alma en pena.

—¿Quieres hacerme el puto favor de no actuar como si fueras mi padre?

No dejaba de sorprenderlo que ella criticase que le hiciera de padre. Daba por hecho que los dos estaban de acuerdo acerca de que le correspondía a él esa función. Si no, ¿para qué estaban juntos? ¿Qué le había atraído de él, si no era la edad, la madurez, la ponderación y los atributos que tradicionalmente se asociaban a ese rol? Una figura paterna que ella había adorado, y sin cuya presencia había vivido desde los diecisiete años. Jofre tenía en común con Ciril no solo la edad, sino la sensibilidad, que era quizá el rasgo que Daniela más apreciaba en un hombre. También, por supuesto, coincidía en algún detalle, como el pelo recogido en una coleta, que, a pesar de ser simbólico, no dejaba de tener peso.

En cualquier caso, ella había cambiado: ahora no aceptaba que Jofre le diera ningún consejo. «¿Quieres hacerme el puto favor de no actuar como si fueras mi padre?», le acababa de decir. Y eso a él le había provocado rabia. No podía evitarlo. Contrariamente a lo que se solía pensar, el crecimiento personal no excluía la rabia. Le venía a la mente uno de sus grandes referentes espirituales, Ramana Maharshi, el maestro hinduista indio. Si Maharshi sentía rabia (otra cosa era que se identificase con ella), ¿cómo no iba a sentirla él en ese momento? «¿Quieres hacerme el puto favor de no actuar como si fueras mi padre?» Las palabras resonaban aún en sus oídos. Y su respuesta fue fruto de esa rabia.

—Y tú, Daniela, ¿quieres hacer el favor de intentar volver a ser una persona?

—¿Cómo?

—Sí, una persona. Volver a ser una persona.

Ella frunció el ceño en señal de perplejidad. Como si no creyese lo que él acababa de decirle, ni el tono de voz con que se lo había dicho. Nunca hasta entonces Jofre había levantado la voz.

—¿Crees que una mujer que se vuelca de lleno con tantas mujeres no es persona? Me dejo la vida por ellas. ¿Cómo te atreves a decirme que no soy una persona? Entonces, según tú, ¿qué soy, un animal?

—Ni eso eres. Al menos los animales tienen emociones.

Jofre se arrepintió nada más decirlo. Habría querido pedirle disculpas de inmediato. Pero ya no aguantaba más, había permanecido demasiado tiempo callado. Reconocía que había sido desafortunado decirle que debería volver a ser una persona. Debería haber utilizado, por ejemplo, la palabra «despersonalizada». «Deja de ser una mujer despersonalizada.» No, no se habría entendido.

Y había sido poco hábil al compararla con los animales. De modo que podía llegar a entender cómo reaccionó ella a continuación. Sin solución de continuidad, Jofre notó la fuerza de su esposa, su furia y su mal genio.

Le pegó un puñetazo en la cara. No una bofetada, sino un puñetazo muy fuerte. El dolor que sintió fue lacerante. El silencio se volvió denso, como si le hubiesen tapado los oídos. Jofre se marchó tambaleándose. Los siguientes días tuvo el ojo morado. Pensó: «Esta mujer puede hacer mucho daño si se lo propone».

Opresiva sensación de pérdida. Algo se había roto o perdido entre ellos. Su matrimonio parecía vacío y sin peso, como esos frágiles envoltorios que las abejas dejan de sí mismas. O, para ser un poco más optimista y recurrir a otro símil más activo, Daniela y él estaban mudando la piel. Y de la misma manera en que las serpientes se desprendían de su piel con mucho dolor, deslizándose entre la estrechez de dos rocas afiladas, ellos se estaban desprendiendo de un pasado más o menos amable.

3

Pasaron los días, las semanas. Ella no se disculpó. No hizo gesto alguno de conciliación ni de acercamiento. ¿Sentiría remordimientos, culpabilidad? Jofre lo dudaba. Había días en que quería dejarlo correr, separarse, decirle que lo sentía mucho pero que no podía continuar con una mujer tan fría y ruda. Una mujer que, encima, era agresiva. En las conferencias y charlas ella siempre reivindicaba que las mujeres debían aprender a canalizar sus pulsiones agresivas, con objeto de dejar de ser pasivas y sumisas. Pero lo del puñetazo había sido demasiado. ¿Ella era consciente del daño que le había hecho? No, ni mucho menos. Puede que fuera consciente de que su reacción había sido desproporcionada, pero difícilmente debió de ponerse en su lugar, no solo porque mostrara poca empatía, sino porque ella debía experimentar el dolor de manera muy tenue, como si los tejidos de su cuerpo actuaran de amortiguadores. Por eso se arañaba con las zarzas: para sentir algo. Por eso seguía bañándose los miércoles en la piscina después de la sauna y rodeada de hielo.

Jofre ya no se bañaba con ella.

Durante aquellos días, semanas, prácticamente no se dirigieron la palabra. El silencio arraigó durante demasiado tiempo y ambos cayeron en una discordia taciturna. Un mutismo mutuo y congelado que parecía que no se rompería nunca, porque ella, aparte de indignada con él (una indignación, digamos, racional), parecía sentirse desconcertada, sin saber qué hacer o hacia dónde avanzar. Aunque tiempo atrás le hubiera dicho que el trabajo le iba bien para no hacerse caso a sí misma, ahora debía de escuchar a su cuerpo

todo el día. Como si fuera una enferma de esclerosis múltiple que acabara de sufrir un brote y que tuviera la secreta esperanza de que la parálisis que le provocaba desapareciera de un momento a otro.

El tiempo transcurría con lentitud, como si se tratara de agua estancada. A él le habría gustado, de nuevo, observar a su mujer por un agujerito mientras atendía a las pacientes en Girona. Cómo disimulaba esa «carencia», que había ido a más. Quizá, a diferencia de lo que le había dicho él, ahora ya no era capaz de disimularla; puede que las pacientes se dieran cuenta y le preguntasen: «¿Me sigue, señora Costa-Pau?», «¿Entiende lo que le estoy diciendo?», «Ah, como no dice nada ni hace ningún gesto, pensé que no me estaba entendiendo», «Por cierto, ¿se encuentra bien?».

Por la noche ella llegaba abatida y apática a Can Benet Vives, y, como era tarde, se deslizaba entre las sábanas cuando Jofre ya estaba durmiendo. Parecían dos desconocidos compartiendo cama por obligación. Apenas se decían buenos días o buenas noches.

Había otras noches en que ella no dormía allí: con la excusa de que había terminado muy tarde, se quedaba en el sofá cama de la consulta de Girona. Era inevitable que Jofre se preguntase si estaba sola o acompañada. No quería controlarla, y, pese a los arrebatos puntuales de celos, unos celos que por respeto no le había dejado entrever (los celos siempre tenían que ver con quien los sufría, con sus inseguridades; pocas veces con la persona que teóricamente los suscitaba), seguía defendiendo que las personas no se poseían unas a otras y que su mujer tenía todo el derecho a meterse en la cama con quien le diera la gana. No había entre ellos pacto alguno de fidelidad; ambos daban por hecho que una persona solo debía ser fiel a sí misma. Quizá ahora a Daniela la animaba un poco el hecho de irse a la cama con Keigo, o con quien fuera; el sexo como un antidepresivo. Si Jofre hubiera sido un hombre con menos consciencia, o menos trabajado, cualquier noche de aquellas en que Daniela dormía en Girona habría ido a echar un vistazo a la habitación de Keigo, en el campus, para saber si había desaparecido como por arte de magia. Eso le habría servido como prueba, la desaparición habría significado que había ido a Girona a pasar la noche con su mujer. Quizá ese era el motivo de que ella ya no empujara a Jofre a tener sexo: no solo por el

distanciamiento, sino porque estaba saciada con una carne más tierna. En ocasiones, esas noches en que dormía solo, cuando sentía la punzada de los celos, no podía evitar imaginárselos: ella, arqueándose violentamente contra el delicado Keigo, el cálido aliento de él en su nuca, yaciendo en paz uno en los brazos del otro; flotando ambos hacia un sueño inalterado. Eran tan solo imágenes, pura fantasía. Dejaba que pasaran ante él como si fueran nubes, como había aprendido a hacer con cualquier pensamiento, fuese bueno o malo. No había que conceder demasiada importancia a nada, todo eran formas evanescentes. Incluida la vida: poseía esa misma cualidad de sueño.

¿Qué podía hacer él por su esposa? Pensaba en ello todos los atardeceres, mientras iba a caminar. Era el mejor momento del día. Qué placer, perderse entre las encinas, los pinos, los abetos. Esas frondosidades. Esas tonalidades de cobre. Los colores tostados, pálidos; el envejecimiento de las hojas caducas, que dotaba al paisaje de una intensidad fascinante, herrumbrosa. ¿Qué podía hacer? A medida que pasaban los días, llegaba a una conclusión: debía esperar a que la vida volviera a colocarlo todo en su sitio. Había una sabiduría en el «no hacer». En el taoísmo se llamaba «la actividad sin acción»: sentarse en silencio sin hacer nada. En la antigua China esta práctica se había convertido en uno de los grandes logros o virtudes. Nada que ver con la inactividad del estado ordinario de consciencia, o, mejor dicho, de inconsciencia, con la inactividad surgida del miedo o la indecisión. El verdadero «no hacer nada» implicaba que no había resistencia interior. Era un estado de alerta desde el cual, si tenía que haber acción, la persona ya no actuaría desde su mente condicionada —desde los automatismos del pasado—, sino que respondería a la acción desde la presencia consciente. Es decir, de un modo espontáneo haría aquello que le dictase la vida (o su guía interior).

Durante esas semanas Jofre anhelaba intuir, captar cuál debería ser su reacción. La reacción a la agresividad de su esposa, pero también a su distanciamiento. Y, por supuesto, a su enfermedad. Porque sí, ella era una enferma, aunque lo negase.

Lo corroboró una mañana entre semana, durante una reunión de trabajo con Josep Maria Fericgla.

Se encontraban en el despacho de su socio, en la parte baja del sendero que los trabajadores habían bautizado, en un rótulo, como AVENIDA FERICGLA. Era un espacio austero, blanco, con un escritorio de madera, una silla, un sofá rojo y una chimenea que desprendía un fuerte olor a hollín. Las paredes estaban cubiertas de libros, sobre todo de antropología y de estados ampliados de consciencia. También había obras de Henry David Thoreau. Como Thoreau, Fericgla aspiraba a vivir una vida sencilla, desde la esencia, alejado del «sistema». El peor desastre de la humanidad durante el siglo XX —estaba convencido de ello—, incluso más que las dos guerras mundiales, había sido la desconexión de las personas de la naturaleza, de la madre Tierra; el hecho de que se hubiesen apiñado en las ciudades, en medio del cemento, llevando unas vidas en apariencia civilizadas pero completamente artificiales. Así se había gestado la actual neurosis colectiva. La gente tenía la mente enferma, pero, como eran tantos, como la enfermedad afectaba a una gran mayoría, no se daban cuenta y la confundían con la normalidad. Casi todas las personas que pedían ayuda a Fericgla —aparte de antropólogo, también ejercía como psicólogo— lo hacían a causa de esa neurosis.

Esa mañana, un jueves, comenzaron la reunión hablando de algunas de esas personas, pacientes a los que últimamente Fericgla había tratado en su consulta de Calella y a los que había animado a ser voluntarios en el centro. Todos tenían un punto en común: estaban desorientados, perdidos, no sabían por dónde tirar. Había un chico que quería dejar de ser adicto a la cocaína; una chica que se llamaba Magda y que había sufrido brotes psicóticos (los psiquiatras le recetaban demasiados tranquilizantes y, como habría dicho Daniela, la dejaban sedada y aturdida) y una mujer de unos cincuenta años, llamada Pepa, contagiada con el virus del sida. A los tres, Fericgla estaba convencido de ello, les serían la mar de útiles las rutinas de Can Benet Vives, y una vida con estructura y propósito.

—He pensado —dijo Fericgla a Jofre— que Pepa trabaje de ayudante de cocina, y que Magda se ocupe de preparar los postres, también como asistente. Nos falta decidir qué puede hacer el otro chico, se llama Max,

mientras se desintoxica. Como es muy manitas, nos podría echar una mano en las tareas de mantenimiento.

Era esa una de las muchas conversaciones que mantenían para resolver cuestiones concretas. Hacía solo un momento, a primera hora de la mañana, habían tenido otra para repasar el proyecto de una obra importante: instalarían en Can Benet Vives cuatro fosas sépticas que evitarían que las aguas residuales se filtrasen al subsuelo de la montaña. Cuando hubieron terminado la reunión, Fericgla se marchó a plantar, en diferentes lugares del campus, unos cactus de San Pedro que acababa de traer de su reciente viaje a Ecuador. Aparte de sus propiedades alucinógenas, eran útiles para protegerse de robos y gente indeseable; en su país de origen los ponían incluso en la entrada de los bancos. Y Fericgla los había estado plantando antes de volver al despacho. Hacía muchos años que trabajaban juntos. Se complementaban: Josep Maria era el yang y él era el yin. Jofre sabía cómo manejar el carácter fuerte de su socio, sobre todo cuando los empleados no hacían bien el trabajo, o cuando algunos grupos de yoga del fin de semana no respetaban las mínimas normas de convivencia, armando jaleo hasta altas horas de la madrugada. Pero Fericgla también tenía una cara amable; solo había que observarlo durante los talleres, o cuando cuidaba a los amigos y a los animales. En ese momento, mientras charlaba con Jofre, estaba acariciando a la perra, *Nadala*.

Ese día vestía pantalones de pana, camisa de franela, cazadora verde y botas. Su atuendo solía ser rústico. Era como si sintiera nostalgia de la selva amazónica, de las numerosas temporadas que había vivido allí, aprendiendo de los chamanes. De ellos dos, el chamán era Fericgla. Era el que se había trabajado más (era, como si dijésemos, un organismo más evolucionado). A menudo, durante las ingestas de ayahuasca, era capaz de ver cómo sería el participante al cabo de muchos años, incluso después de muerto: veía su calavera. Tenía una intuición muy acusada. Mucho tiempo atrás, antes de comprar Can Benet, decidió que tenía que pasar necesariamente una noche en la finca, dormir allí, aunque estuviese casi en ruinas. Al día siguiente le dijo a Jofre que adelante, que podían comprar Can Benet Vives, porque así se lo habían sugerido los sueños (a Jofre no le quedó claro si se lo habían sugerido

«los» sueños o «en» sueños). Y Fericgla añadió, con un tono socarrón: «Hay un fantasma rondando por la casa, el antiguo propietario, pero no nos causará ningún problema». Y, en efecto, a lo largo de los años muchos visitantes habían notado ruidos extraños, un aliento en la nuca, o que unas manos les retiraban las sábanas mientras dormían, pero nadie se asustó mucho, porque ya sabían que rondaba por allí «Martínez», que era como llamaban al fantasma. La visión de Fericgla había sido certera.

Y ahora, en su despacho, proponía a Jofre que tres voluntarios con problemas severos asumiesen algunas labores en Can Benet Vives. Jofre siempre hallaba nuevos motivos para admirarlo. Como psicólogo estaba realizando una importante tarea de rehabilitación y reinserción social.

—Eres una ONG andante, Josep Maria —le dijo, mientras se reía.

Fericgla, haciendo como si no hubiese escuchado el elogio, añadió, sin dejar de acariciar a *Nadala*:

—Por cierto, Magda, la chica de los brotes psicóticos, hace unas tartas muy ricas. Daniela se va a poner las botas: he visto que últimamente come muchos dulces. El otro día me pareció que se estaba comiendo unos donuts, ¿verdad?

Fericgla no se lo dijo con segundas. Con toda seguridad no le hizo ese comentario para fastidiarlo, ni para fisgonear. Su socio era muy directo y, si hubiese estado preocupado por Daniela, se lo habría preguntado. Al mismo tiempo era respetuoso y no sacaría a colación la carencia de Daniela si Jofre no le diese pie a ello. Y eso suponiendo que supiera lo de «la carencia», algo de lo que Jofre no estaba seguro. Obviamente se había fijado en el día a día de ella en el campus, y es muy probable que hubiera intuido que algo no acababa de funcionar en Daniela. Pero nunca lo había mencionado. Y ahora esa referencia a los donuts no era más que un comentario distendido, informal.

—¡Oh, desde luego! Últimamente, con tanto trabajo, mi esposa necesita regalarse algún capricho que le provoque emociones dulces. —Jofre acababa de mentir, y lo sabía. Además, había sido poco preciso y retorcido: la gente no iba por ahí comiendo donuts en busca de «emociones dulces». Pero la frase le había salido así; quizá estuviera demasiado preocupado por las

emociones y el mundo emocional.

Fericgla iba entonces a dar por terminada la conversación. Dejó de acariciar a la perra y se dirigió al escritorio, situado frente al ventanal desde el cual se veían el mar al fondo y el puerto de Calella.

Pero Jofre prosiguió, y aprovechó aquel comentario para hacerle una pregunta que le vino a la cabeza. Eso sí, cambiando el tono de voz para que quedase claro que no tenía nada que ver con su esposa. De vez en cuando planteaba preguntas al Fericgla psicólogo; dudas genéricas, después de alguna sesión de reestructuración de ayahuasca con participantes que sufrían alguna enfermedad o trastorno.

—Por cierto, Josep Maria, hablando de emociones, ¿existe algún nombre para una enfermedad relacionada con la falta de emociones?

—¿Falta de emociones? ¿A qué te refieres?

—Una persona que no siente nada. O que siente poco. Que no siente alegría ni tristeza.

—Podría ser alexitimia. No obstante, habría que ver qué variante es. Porque la alexitimia suele ser más bien la incapacidad de reconocer o identificar las emociones. —Fericgla dudó un poco, como intentando recordar algo, antes de proseguir—: La sufren personas muy serias, que hablan muy poco, excesivamente racionales. Reaccionan de manera desproporcionada ante emociones que ellas mismas son incapaces de identificar.

Jofre pensó que esa descripción encajaba con la de su esposa, si bien ella podía obligarse a hablar mucho cuando daba conferencias. Pero sí que era huraña.

—De acuerdo. Gracias, Josep Maria.

—Hay personas con alexitimia muy peligrosas.

La afirmación pilló a Jofre desprevenido. ¿Daniela, peligrosa? Bueno, él había recibido la demostración tangible con el puñetazo. Por suerte, ya no tenía el ojo morado: en caso contrario, Fericgla habría atado cabos rápidamente. Como acababa de llegar de viaje, no había visto a Jofre con el ojo amoratado.

—¿Peligrosas...? ¿En qué sentido?

—No solo no sienten o reconocen las emociones propias, tampoco las de los demás. Eso, por supuesto, incluye el dolor. Recientemente se ha sabido que en Estados Unidos una de esas agencias que se encargan del trabajo sucio para el gobierno contrata a torturadores con alexitimia (sí, Jofre, no pongas esa cara, que parece que te acabaras de caer del guindo). Los torturadores con alexitimia no pueden hacerse una idea del dolor que sienten los terroristas mientras los golpean o los maltratan, o los someten a todo tipo de aberraciones. Por tanto, son torturadores la mar de eficaces.

Jofre estaba perplejo. Aquello no parecía tan alejado de Daniela, no el asunto de las torturas, obviamente, pero sí esa incapacidad para percibir el dolor, ni el suyo ni el de los demás. Rememoró el día que le soltó el puñetazo; ella se dirigió, tan tranquila, a la cocina. Y pasaron los días y no le pidió disculpas. No debía de ser consciente del daño real que le había hecho. En todo caso, lo que le acababa de decir Fericgla era perturbador.

Su socio debió de captar su preocupación, porque agregó:

—Que conste que no todas las alexitimias son tan extremas. Ocurre lo mismo con los psicópatas: no todos son asesinos. La alexitimia, por cierto, puede ser prima hermana de la psicopatía.

Jofre tragó saliva. Ahora sí, quería zanjar la conversación.

—De acuerdo. Pues gracias por la información, Josep Maria.

—De nada. Si necesitas que te ayude, me lo dices —dijo Fericgla, antes de sentarse ante el escritorio y encender una de sus pipas. No, Jofre no quería su ayuda; no quería involucrarlo en el problema de Daniela. Si ella necesitaba un psicólogo, ya acudiría, si es que no lo había hecho ya, a su amiga Eugènia Llort.

—Gracias, Josep Maria. En principio no me hace falta —dijo, mientras salía del despacho y pensaba que lo que acababa de decir se hallaba muy lejos de la realidad.

4

El desenlace coincidió con el momento álgido de la carrera de Daniela, cuando despuntó mediáticamente y llegó al gran público. Pero lo que le ocurrió durante ese período lo supo Jofre a posteriori.

Durante aquel tiempo siguieron distanciados, apenas hablaban, si bien ahora existía una justificación que trascendía a ambos. Ella había pasado a ser popular, la agenda se le había llenado aún más, no solo la de visitas en la consulta, sino la social, llena a rebosar de actos a los cuales la invitaban, todo tipo de acontecimientos públicos. Curiosamente, su carácter constituía uno de los pilares de su éxito. A diferencia de las sexólogas que aparecían en los primeros programas sobre la materia que ya emitían las televisiones estatales, ella no llevaba las blusas desabrochadas ni sonreía con picardía ante la cámara. Al contrario: más bien hacía ostentación de su personalidad huraña y adusta. Mostraba una seriedad que era suya y solo suya. Y, desde el primer día, sus seguidores asociaron esa seriedad al rigor profesional.

Todo se aceleró cuando la ficharon como articulista en el periódico *El Punt*. Ya hacía tiempo que tanto ese rotativo como el *Diari de Girona* le habían echado el ojo. Después de la polémica por las charlas en la Casa de Cultura, tras la intervención del concejal de derechas en el pleno del ayuntamiento, Daniela ya había recibido ofertas para escribir artículos en los periódicos comarcales. Las había rechazado, con la excusa de que iba de cráneo y de que justo comenzaba entonces a hacerse un sitio. Sin embargo, aceptó la oferta de *El Punt*. Gracias a los artículos, no solo llegaría a más gente, sino que se ahorraría trabajo. Lo que decía en una charla podía

escribirlo en un artículo, aunque fuese de manera sucinta y resumida, con la diferencia de que ahora el mensaje lo leerían miles de personas para las cuales ese periódico era el medio de comunicación con más credibilidad; lectoras y lectores que quizá se cuestionarían su vida sexual cuando comprobasen que su cabecera de referencia concedía importancia a esa temática.

En cuanto publicó los primeros artículos, le llovieron las invitaciones de las televisiones locales y las radios. La llamaban «la sexóloga», así, a secas. Como si solo hubiera una.

A Daniela no le hacía mucha gracia exponerse tanto, pero se obligaba a recordar que esa era su misión: hablar abiertamente de sexo, hacer todo lo posible por normalizarlo. De paso, llenar la agenda continuaba siendo una manera de dejar de pensar en ella misma, y más ahora, con tantas novedades: cada plató, cada estudio de radio era una novedad.

Iba tirando, a pesar de sus muchísimas limitaciones. Pero ella no era actriz, no tenía que trabajar encima de un escenario con emociones. Podía seguir siendo expeditiva, aséptica, fría, y explicar, con su pedagogía habitual —y con su lengua afilada—, cómo utilizar unas bolas chinas, o la fantasía de muchas mujeres: que un hombre atractivo abusara de ellas en un ascensor. Sobre esta fantasía escribió uno de los primeros artículos; también habló de ello en otros medios. De nuevo fue motivo de polémica. Pues bienvenida fuera la polémica: era publicidad gratuita.

Ella era consciente de que los medios no la invitaban tan solo por su talento, sino por el morbo que suscitaba entre el público masculino. Su físico era un reclamo: la experta en sexo alta y dura, con el cuerpo huesudo y bien proporcionado. Aunque a ella su cuerpo no terminaba de gustarle: le faltaba feminidad, unos buenos pechos, unas buenas caderas o un buen trasero. Pero tenía éxito. Solía recibir cartas de hombres que elogiaban una belleza, la suya, que reconocían, para variar, que les intimidaba. Admiraban sus ojos —los comparaban con los de los gatos—. Algunos se decantaban por su rostro anguloso. O les gustaba que llevara el pelo corto, como un chico. Algunas cartas eran muy respetuosas, y ella las contestaba con agradecimiento. Pero las había de otro tipo. Debería haberse imaginado que tendría que pagar un

precio por hablar de sexo. Por inflar, por ejemplo, como inflaba un preservativo delante de la cámara: mostraba a los telespectadores cómo ponérselo o ponerlo. Exhibía el condón, de tacto pringoso, sin manías; con la excusa, eso sí, de que prevenía las tan temidas enfermedades de transmisión sexual.

Algunos hombres pensaban que la verdadera intención de ella era excitarlos; hombres que se tocaban cuando la veían en algún programa de televisión o cuando leían sus artículos. De hecho, recibía cartas en las que no solo le confesaban que se masturbaban pensando en ella, sino que le hacían propuestas eróticas variadas, como hacerlo en los baños de los aviones, en ascensores e, incluso, empotrarla contra un armario. Cartas pasadas de vueltas; ya se había acostumbrado. El auténtico problema era otro tipo de hombres, aparentemente inocentes, que solo la miraban. «Solo» era una forma de hablar. Había miradas que la seguían encolerizando. Quizá ella tuviese la piel muy fina, quizá se le hubiesen quedado grabadas las miradas de que había sido objeto cuando era una adolescente, las de aquel hatajo de incompetentes con los que Constança celebraba cenas de trabajo. Fuera por lo que fuese, ahora las rechazaba de plano. No soportaba a los hombres que, en la calle, sin conocerla de nada, se la comían con los ojos. No era imprescindible tener un buen cuerpo: tan solo por el hecho de salir en la tele, y por ser mujer, ya eras víctima de miradas repugnantes. Hombres que te clavaban su mirada pegajosa, una mirada que parecía que se te pegara a la piel, y escrutaban cada centímetro de tu cuerpo sin que tú pudieras hacer absolutamente nada por evitarlo. Eran miradas que deberían estar multadas. Una forma de agresión a las mujeres, aunque estuviera socialmente aceptada.

Todo ello habría quedado en nada si no hubiese sido por un individuo que se dedicó a mirarla una noche tras otra, a la salida de la consulta, en la Pujada de Sant Domènec. El primer día que lo vio en la calle, plantado al otro lado de la acera, pensó que debía estar esperando a alguien. Aquella cara le sonaba. Pero el hombre no la estaba esperando a ella; en caso contrario, habría acudido a la consulta, o bien la habría abordado para decirle lo que fuera. Era

un hombre de unos cincuenta años, gordo, achaparrado. Tenía un aspecto fatigado, la espalda encorvada, la cara amarillenta. Iba vestido con un traje de pata de gallo muy viejo. Todo en él era descuidado. Quizá quería pedirle dinero. Pero no llevaba ningún objeto en la mano, ningún bote donde depositar las monedas, de modo que ella lo saludó con la cabeza y prosiguió con su trayecto habitual, hacia el parking para recoger el coche e irse a Can Benet Vives después de una intensa jornada laboral.

Al día siguiente volvía a estar allí. En el mismo sitio de la acera, de pie como un pasmarote, escrutándola con su mirada táctil. Qué asco, pensó Daniela. No sabía si su intención era mirarla a ella. En cualquier caso, no podía evitar sentir asco. Le habría gustado soltarle: «Y tú, ¿qué coño estás mirando?». Volvían a su memoria las ocasiones en que había dicho esa frase, sin complejos, cuando era una adolescente. Y cómo se lo había dicho, también, a chicos atractivos: en esos casos, las miradas táctiles las encajaba de otra manera. Pero aquel individuo no solo no era agraciado, sino que era repelente. No solo era asqueroso y de aspecto descuidado, también parecía un poco retrasado, ya que cuando aquella segunda noche ella volvió a constatar que la repasaba de arriba abajo, se acercó, le preguntó si la estaba esperando, y él no respondió. Tampoco hizo ningún gesto de negación ni asentimiento, no movió ni un solo músculo facial que a ella le permitiese interpretar que todo iba bien, que no tenía de qué preocuparse. Quieto como un pasmarote y sin decir ni pío. Ella se alejó.

Al día siguiente estaba allí de nuevo. Al día siguiente y también al otro y al otro, a partir de las ocho, ocho y media, a la hora a la que ella salía. Un poco antes, durante una de las pausas que hacía de vez en cuando —nada, apenas cinco o diez minutos para estirar las piernas—, echaba un vistazo a través de la ventana y ya lo veía allí plantado, delante de la fachada del edificio de enfrente, bajo un rótulo publicitario. Para aquel desconocido, aquello se había convertido en una rutina. De todas maneras, ¿era realmente su intención mirarla a ella? ¿Y si estaba esperando a algún otro vecino? El edificio era antiguo, pero habían reformado unos cuantos pisos recientemente. Para salir de dudas, una noche Daniela regresó a la consulta unos minutos después de haberse marchado. Mientras tanto, entró en el

Bistrot, un café que a esa hora estaba lleno de estudiantes bebiendo cerveza. Después de fumarse un cigarrillo, volvió a la Pujada de Sant Domènec, fingiendo haberse dejado las llaves en el despacho. Y, como se temía, el hombre ya no estaba. El Observador —así comenzó a llamarlo— se había esfumado. Estaba claro que iba allí por ella.

Lo llamaba el Observador porque la observaba fijamente y porque, pese a su aspecto pasivo y abúlico, tenía una mirada penetrante y calculadora. Llevaba unas gafas de montura fina y lentes ovaladas, que le conferían un aspecto erudito. Tal vez fuese un intelectual, uno de esos sin sangre en las venas. Recordó que el primer día su cara le había sonado de algo. No sabía de qué, aunque ahora le parecía recordar que había visto su rostro impreso en el periódico. Así, el viernes siguiente, cuando acudió a la redacción de *El Punt* para entregar su artículo, Daniela se pasó por la hemeroteca y se dedicó a hojear periódicos atrasados. Al poco rato, vio la foto en un ejemplar. Aquel hombre se llamaba Tomeu. Antoni Tomeu, y era uno de los articulistas de opinión del periódico. Dado que cada artículo iba acompañado de una pequeña foto del autor, era inevitable no ver aquel rostro, aunque el artículo en cuestión no te interesase en absoluto. El jefe de opinión, Miquel Pairoli, debía valorar mucho la prosa de Tomeu, ya que escribía una columna diaria. Pero a ella no le gustó, como constató aquel mismo viernes en la hemeroteca: los textos del Observador estaban basados en anécdotas inconsistentes, algunas costumbristas, otras sobre lo absurdo de la vida cotidiana.

Lo importante es que ella ya sabía quién era el Observador. El lunes, cuando se lo encontró de nuevo a la salida de la consulta, se acercó a él y le dijo:

—Antoni, soy Daniela Costa-Pau, no sé si me conoces. Ambos somos articulistas de *El Punt*, aunque nunca hemos coincidido en la redacción. —Él no dijo ni que sí ni que no, siguió sin hacer ningún gesto de asentimiento con la cabeza, ni nada que a Daniela le permitiera deducir que estaba de acuerdo con lo que acababa de decirle. Bueno, tampoco hacía falta estar de acuerdo o en desacuerdo. Los hechos eran los hechos, y los dos eran articulistas del mismo rotativo. Era evidente que él debía de saber quién era ella. Estaba claro que la habría leído, que habría hojeado el periódico, por lo menos. Sin

embargo, no asentía ni negaba con la cabeza. Seguía sin decir nada, mirando impertérrito. Ella prosiguió—: Hace al menos diez o quince días que te veo aquí. El otro día te pregunté si me estabas esperando, y no me respondiste. ¿Puedo ayudarte en algo?

Tomeu continuó mudo. Quizá no le decía nada a causa de su timidez. Tal vez era un seguidor o admirador suyo, y se había quedado cortado. Dado que Daniela se veía incapaz de interpretar su mirada, una mirada que en ese momento le pareció totalmente opaca, y dado que tampoco sabía cómo interpretar su comunicación no verbal (no tenía claro si su actitud era desvalida o amenazadora), se alejó y se dirigió al parking.

¿Tenía que preocuparse? En principio no, porque lo había identificado. Pero no podía quedarse tranquila. No era una dependienta de supermercado, trabajaba con material sensible y debía tener cuidado. Además, algunas de sus pacientes eran víctimas de violencia de género. No les haría mucha gracia encontrarse a un hombre vigilándolas en la consulta de su sexóloga. No obstante, puede que las intenciones de él fueran profesionales. Quizá se estaba documentando para uno de sus artículos y quería saber qué tipo de mujeres acudían al despacho de la sexóloga, y con qué cara salían. Un artículo picante. No, no podía ser, eso sería ridículo, si bien es cierto que sus artículos eran ridículos: ahora Daniela los leía, para tener más información sobre Tomeu —aunque fuese una información tangencial—, sobre su forma de ver el mundo. Eran textos con cierto tono kafkiano, cosa en absoluto rara, porque, ciertamente, el físico de él poseía algo de insecto como los que describía el escritor checo. Uno de esos hombres que escriben porque son incapaces de vivir, de relacionarse con los demás. Aunque desde luego ella no era nadie para criticarlo precisamente ahora: el día a día le costaba Dios y ayuda. Continuaba anestesiada, como si le hubiesen arrancado una muela y no sintiera dolor.

Viendo que la escena se repetía, que Tomeu continuaba presentándose en la puerta de la consulta noche tras noche, sin ni siquiera disimular, repasándola de arriba abajo, un viernes ella volvió a hablar con él. Se le

acercó y, con la misma voz educada que la otra vez, le dijo:

—Buenas noches. Si te puedo ser útil en algo, solo tienes que decírmelo. En caso contrario, debes saber que me incomoda que vengas cada día.

Fue entonces cuando él, por fin, habló.

—Lo último que querría es incomodarla —le siguió la conversación con una voz fina y delicada, que contrastaba en gran medida con su apariencia vulgar.

¿Se lo había dicho con ironía? Quizá le estuviera tomando el pelo. Ella pensó: «¿Cómo es posible que después de repasarme con la mirada tantas noches, después de haberme escrutado de arriba abajo, cómo es posible que ahora diga que no quiere incomodarme? ¿Y si es un enfermo? Sí, debe de ser un enfermo, un pervertido descerebrado». Con todo, ella no era capaz de poner la mano en el fuego. La jodida falta de empatía. En la consulta lo habría compensado haciéndole preguntas, charlando un buen rato. Así sabría si él solía recurrir a la ironía. Seguro que canalizaba sus frustraciones sexuales escribiendo. Y haciendo de *voyeur*, como había podido comprobar de primera mano. ¿Sería él uno de los hombres que se masturbaban pensando en ella? Probablemente. Qué asco. Con la diferencia de que él no tenía bastante con leerla en el periódico o verla en televisión, y quería observarla de cerca. Y seguro que al llegar a su casa se tocaba. Y un rato después se metía en la cama y leía el libro galardonado en La Sonrisa Vertical (acababa de ganarlo Almudena Grandes). Tomeu debía de tener poluciones nocturnas.

Y ahí seguía, plantado a un par de metros de ella, serio, sin decir absolutamente nada. Tenía la espalda curvada, el aire tímido y alusivo. Incluso su cabeza causaba repugnancia, con unos mechones canosos y grasientos cubriéndola. Hoy también llevaba un traje de pata de gallo muy raído, de color amarronado. ¿Es que no tenía dinero para comprarse algo decente? ¿Tan poco le pagaba el periódico por los artículos? Fuera como fuese, ella se sentía incapaz de intuir si había sido sincero al decirle que no quería incomodarla. No obstante, no pensaba continuar dándole cuerda, de modo que solo dijo, manteniendo las formas:

—Pues si no quieres incomodarme, deja de venir, por favor.

La petición no sirvió de nada, pues la semana siguiente él continuó con su

rutina enfermiza, y no solo eso, sino que además la siguió por las calles de Girona.

Dado que los viernes ella acudía a la redacción del periódico, modificó su ruta y, en vez de dirigirse al parking a buscar el coche, como hacía de lunes a jueves, decidió ir a pie en dirección a la calle Figuerola. Cuando se encontraba en el Puente de Hierro se percató de que Tomeu la estaba siguiendo. A una distancia prudencial, pero sin duda la seguía a ella, sin esconderse. Un testigo imparcial habría dicho sencillamente que un hombre caminaba detrás de una mujer, a no muchos metros de distancia. Un hombre que, por cierto, era cojo. Parecía moverse en góndola, inestable, balanceándose de un lado a otro, arrastrando una pierna. Daniela estaba indignadísima. Al menos seguía sintiendo indignación. Al llegar a la puerta del periódico, se volvió y fue a su encuentro.

—¿Me estás siguiendo? Bueno, no sé ni por qué te lo pregunto: es evidente que me estás siguiendo.

Tomeu no respondió ni hizo gesto alguno de asentimiento. Sencillamente la miró muy serio. Estaba cansado, resoplaba, le costaba respirar, como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Daniela se centró, una vez más, en su cara, con el propósito de intentar leer su expresión. En concreto se fijó en sus ojillos redondos. Y, si tenía que ser sincera, no estaba segura de si en ese instante transmitían un destello de malicia. O, al contrario: puede que lo que hubiese en ellos fuese una extraña y honda melancolía. ¿Y si era un buen hombre que se sentía cautivado por ella? Pero, entonces, ¿por qué la seguía? ¿Por qué hacía caso omiso de la petición que le había hecho ella el otro día? ¿Por qué no le decía nada?

—No me contestas, para variar. Pues que sepas que hoy, siguiéndome, te has pasado de la raya. No volveré a pedírtelo: olvídате de mí, por favor.

Tomeu se marchó. Debió de darle apuro que los redactores del periódico lo reconociesen y lo viesan en aquella situación tan incómoda. «¡Tomeu! ¿Qué haces aquí? —le habrían preguntado—. ¿Así que ahora te dedicas a seguir a la sexóloga, como un viejo verde?» Seguramente él no llevaba los artículos en mano. Teniendo como tenía tantas dificultades para moverse y caminar, los enviaría por fax o módem.

Esa misma noche ella llamó a la Policía Municipal de Girona. Hizo un relato de las últimas semanas al agente que la atendió. Le contó la rutina obsesiva de un individuo llamado Antoni Tomeu. Una rutina que a ella, no podía evitarlo, le preocupaba. Siendo sexóloga, cuando tenía indicios de que un desconocido se le acercaba más de la cuenta, como era el caso, tenía que protegerse. Quería poner en conocimiento de la autoridad, como estaba haciendo ahora mismo, ese acoso.

—¿Acoso? —le preguntó el agente, al otro lado del hilo telefónico—. No, señora Costa-Pau, con la ley en la mano no podemos hablar de acoso. Si el hombre no la ha amenazado ni ha intentado agredirla, nosotros de momento no podemos hacer nada.

—«¿ De momento?» O sea, ¿me está diciendo que tengo que esperar a que ese hombre me agreda para que ustedes hagan algo?

—No podemos impedir —concluyó el agente— que un hombre permanezca en la vía pública sin causar daño a nadie, como es el caso.

Así terminó la llamada a la Policía Municipal, y así puso fin Daniela a los esfuerzos por expulsar a Tomeu de su vida. No sabía qué más hacer.

Pero la semana siguiente fue la definitiva. Ocurrió el lunes por la noche, y esta vez Tomeu la siguió hasta el parking. Ella reparó en él mientras bajaba por la escalera interior, hacia el sótano -1, donde tenía aparcado el coche. De repente, en el rellano de la escalera, notó tras de sí, como si le estuviera rozando la nuca, una nariz emitiendo un sonido de aspiración, de constipado, con muchos mocos. Se volvió y comprobó que el individuo se encontraba a pocos centímetros, casi pegado a su espalda. Nunca lo había tenido tan cerca. El susto que se llevó fue colosal.

Su reacción fue fruto del pánico y de la rabia acumulada. Agarró el objeto más cercano, un extintor colgado en la pared (de un clavo, sin vidrio alguno que lo cubriese) y lo arrojó contra las rodillas de Tomeu. Puede que se las hubiera roto, porque se desplomó; no podía levantarse. Comenzó a gritar de dolor. Una expresión de profundo dolor le deformaba la cara, las mejillas, la boca.

Pero ella no había actuado con la suficiente contundencia. Aquel hombre se merecía un buen escarmiento.

—¡Hijo de puta! —exclamó. Y empezó a golpearle la cara con el bolso. Era muy grande y pesado, más bien una pequeña mochila. Dado que pasaba todo el día fuera de casa, no solo llevaba dentro las llaves, sino objetos de maquillaje, la agenda e incluso carpetas con informes de clientes.

Le estampó el bolso en la cara a aquel imbécil. Una y otra vez. Que escarmentara para siempre, el hijo de puta de los cojones.

Tomeu no hizo nada por defenderse y, aunque intentó taparse la cara con las manos, se dejó golpear con total pasividad. Seguramente estaba a punto de perder el conocimiento. La boca torcida le impedía cerrar la mandíbula. Por la comisura de los labios manaban regueros de sangre. En un momento dado, balbució algo, pero no se le entendía; parecía que tuviese un hueso en la boca.

En el parking no había nadie más. Daniela continuó atizándole con el bolso; estaba fuera de sí. Casi experimentaba placer al golpearlo, el mismo que sentía en Can Benet cuando mataba algún tábano. Iba a acabar con aquel escarabajo de mirada repugnante llamado Tomeu. Sí, si pudiese lo mataría — pensó mientras seguía golpeándolo—, y a ella le sería indiferente.

Esa idea fue la definitiva. Jofre se enteró de todo al cabo de unas horas.

Lo primero que hizo ella al volver a Can Benet Vives, mientras él se ocupaba de los últimos detalles de los talleres de ese fin de semana, asegurándose de que en la despensa hubiera comida suficiente y que en las literas se hubiesen puesto sábanas y mantas, fue dirigirse a la terraza del espacio sur, junto a las plantas olorosas, y sentarse a los pies de una mimosa enorme que se había quedado torcida tras la última nevada. Desde aquel lugar tranquilo y un poco aislado, cogió el teléfono inalámbrico y llamó a Eugènia Llord.

Era una suerte tener como amiga a una colega psicóloga. Hacía tiempo que no hablaba con Eugènia. Ahora la necesitaba.

En cuanto descolgó el teléfono, Daniela fue al grano. Le dijo que acababa

de herir a un hombre. Necesitaba su ayuda, no para el individuo en cuestión, sino porque se sentía desconcertada ante su propia reacción, o, mejor dicho, por lo que había sentido —o no sentido— mientras lo golpeaba, primero con un extintor y luego con el bolso. Sobre todo estaba desconcertada por lo que había pensado mientras lo hacía.

—Vayamos por partes, Daniela —dijo Eugènia, con la voz serena de siempre—. ¿Has llamado a una ambulancia?

—No.

—Pues llamaré yo a emergencias.

—De acuerdo.

—Supongo que el hombre te ha acosado.

Daniela permaneció en silencio: no sabía qué responder. El término «acoso» era demasiado ambiguo. En caso de que Tomeu la denunciase (cosa que no había que descartar), a ella le costaría demostrar ante un juez que la había acosado: aquel estúpido no había intentado abusar de ella, ni la había amenazado.

—Ante un juez, no podría afirmar que me ha acosado. Pero yo me he sentido acosada.

—¿De qué manera?

—Con la mirada.

—¿A qué te refieres?, ¿a que te miraba?

—Exacto.

—Daniela, discúlpame, a ver si lo entiendo bien: ¿me estás diciendo que has agredido a un hombre solo porque te miraba?

—No ha sido exactamente así. Ese hombre me ha mirado de manera enfermiza, durante semanas. Incluso me siguió por las calles de Girona. Y hoy, en el parking, me lo he encontrado justo detrás.

—Daniela, ¿y no te parece desproporcionado haberte ensañado con él? — Eugènia no se cortaba un pelo con ella, a diferencia de lo que habría hecho con una paciente. A una paciente nunca le habría lanzado una pregunta tan directa.

—Sí, lo he golpeado más de la cuenta. Tendría que haberme marchado después de atizarle con el extintor.

—Y ¿qué te ha empujado a seguir golpeándolo?

—La rabia, supongo.

—¿Te sientes culpable? —Eugènia, ahora sí, estaba ejerciendo de psicóloga, haciéndole preguntas de manual, tirando de un hilo para llegar a una conclusión que ella ya debía de intuir o saber.

—No, no me siento culpable.

—O sea, no te sientes culpable, a pesar de que reconoces que tu ensañamiento ha sido desproporcionado.

—Exacto.

Daniela se imaginaba a Eugènia, al otro lado del hilo telefónico, con gesto muy serio. Tenía un tipo de expresión que mucha gente asociaba a las actrices francesas. Seguro que en esos momentos se estaba acariciando el lóbulo de la oreja, como solía hacer siempre que reflexionaba.

—¿Debería sentirme culpable? ¿Debería tener remordimientos?

—Yo no soy quién para decirte si deberías tener o no remordimientos.

—Eugènia, por favor, no me trates como a una paciente. No seas cautelosa, ni vayas con pies de plomo.

—De acuerdo: pues sería lógico que los tuvieras, si tú misma reconoces que te has pasado de la raya.

—Pues no tengo.

—Esto nos lleva a la carencia.

—¿Qué tiene que ver la carencia con la falta de remordimientos? — Daniela era consciente, mientras hacía la pregunta, de que ya sabía la respuesta. Era una pregunta retórica. Ella tenía una incapacidad, y de las gordas, no sentía nada (dejando aparte la rabia, como había quedado demostrado hacía solo un rato), de modo que era lógico que no tuviera remordimientos.

—No podemos saber a ciencia cierta qué tiene que ver, porque no has querido ponerte en manos de un especialista, y, por tanto, no sabemos tu diagnóstico. Cuando tú y yo nos conocimos, te recomendé que acudieras a Can Benet Vives para tomar ayahuasca, y pese a que no experimentaste la catarsis por la muerte de tu padre, pese a que no conseguiste llorar, al menos conociste a Jofre y te casaste y pudiste llevar una vida más o menos normal.

Hasta hace poco, hasta el día de la boda. —Eugènia Llort continuó hablando —: Tal y como te dije después de la boda, parecías sufrir una variante de alexitimia. Pero como no quisiste visitar a un especialista, porque no querías considerarte una enferma, no pudimos confirmarlo. La cuestión es que, por lo que me cuentas, la bola de nieve se ha ido haciendo más grande. No sé si podemos decir que la carencia, la ausencia inicial de lágrimas, ha ido creciendo. No sé si el hecho de no haberla trabajado te ha provocado otros bloqueos emocionales. En cualquier caso, lo que te ha pasado hoy es muy preocupante. —Daniela asintió, como si la tuviese delante. Estaba sentada en la terraza, al pie de la mimosa, aferrada al teléfono. Continuó escuchando a su amiga psicóloga—: Siempre te había costado ponerte en el lugar de los pacientes, pero ahora tu falta de empatía, por lo que me dices, es total y absoluta. En todas estas semanas no has podido intuir cuáles eran las intenciones del tal Tomeu. Por cierto, ¿por qué no me llamaste el primer día? ¿Por qué has esperado hasta ahora? Bueno, el caso es que en estas semanas no has podido intuir qué quería ese hombre. Puede que en realidad te adore. Puede que quisiera demostrártelo a su manera, aunque haya sido de un modo inquietante. Puede que quisiera decirte algo, y no se atreviera porque estaba muy nervioso. No sabes cuáles eran sus intenciones.

—No, no lo sé.

—Quiero ser muy cuidadosa con lo que voy a decirte, Daniela. No te lo tomes a la tremenda. Pero, como quizá ya sabes, algunos de los rasgos de los que estamos hablando, no solo la incapacidad de reconocer las propias emociones, o incluso la incapacidad de experimentarlas, sino la falta de empatía y remordimientos, todas estas características, Daniela, debo decirte (e insisto: no te lo tomes a la tremenda), corresponden a una personalidad psicopática.

Daniela palideció. Eugènia Llort tenía autoridad moral. Era una gran profesional: jamás habría hecho a la ligera una afirmación como esa.

—¿Me estás llamando psicópata?

—No, Daniela, por favor, no te lo tomes así. Te estoy diciendo que algunos rasgos de tu personalidad lo son.

—O sea, que me estás llamando psicópata.

—No me hagas decir lo que no he dicho. Te estoy diciendo que algunos rasgos de tu personalidad son psicopáticos.

—Y ¿por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—Porque ni tu alexitimia ni la falta de empatía habían tenido consecuencias graves. Pero hoy podrías haber matado a un hombre. Es urgente que te pongas en manos de un especialista. ¿Y si hubieses matado a ese tal Tomeu?

Ella, rasgos psicopáticos. Ella, que había ayudado a tantas mujeres.

—¿Tú crees, Eugènia, sinceramente, que si yo tuviera rasgos de personalidad psicopática habría podido ayudar a tantas mujeres?

—No es incompatible una cosa con la otra.

Daniela no podía hacerse a la idea. Justo en ese momento vio a Jofre acercarse a la terraza: le hacía un gesto como preguntándole si querría cenar con todo el equipo (era la hora). Ella negó con la cabeza. Se le había cerrado el estómago. Se había quedado atónita, con una sensación de incredulidad horrorizada. Tenía miedo de sí misma. ¿En qué se había convertido? ¿En una psicópata? Esa palabra, «psicópata», bullía en su mente. ¿Una psicópata nacía o se hacía? ¿Siempre había sido psicópata? ¿Su psicopatía, o los rasgos de personalidad psicopáticos, o lo que fuese, también había sido culpa de su madre, o bien la bola de nieve se había ido haciendo grande por reprimir las emociones? ¿La niña que no quería ser una pánfila; la niña que jugaba con los chicos y se peleaba y se llenaba de barro con ellos... era ya entonces una psicópata? ¿Ella, una psicópata? No podía creerlo. ¿Ella, que había ayudado a tantas mujeres? ¿Le estaba diciendo Eugènia que era un peligro público? ¿También para las mujeres? Quería desaparecer, esfumarse.

No tenía ánimo para seguir hablando. Le pidió a Eugènia terminar la conversación en ese punto.

—Lo siento, Daniela —dijo Eugènia, antes de colgar—. Pero tenía que decírtelo.

La siguiente escena fue la última. Tuvo lugar al cabo de un par de horas, cuando Jofre, después de cenar, se retiró a la habitación que compartían.

Pensó que su mujer estaría durmiendo. El viernes era el día de la semana en que Daniela acumulaba más cansancio. Pero estaba en la ducha, o, mejor dicho, en la bañera. No solía bañarse, porque asociaba el baño a su madre: Constança podía pasarse mucho tiempo en el baño.

Seguramente quería relajarse. Amante como era de los aceites esenciales, debió de añadir algunos al agua, diluidos previamente con un poco de jabón. Quizá gotas de aceite esencial de limón, ideal para favorecer el equilibrio, o de eucaliptus, purificante, desinfectante.

—Daniela, estoy aquí —le dijo él, a través de la puerta.

Ella no contestó, y él elevó el tono de voz: quizá no lo había oído.

—Ya estoy aquí, Daniela. Te espero en la cama, leyendo.

Ella seguía sin responder.

—¿Daniela?

Nada de nada.

Jofre intentó abrir la puerta. No pudo. Estaba cerrada por dentro. Era raro: nunca usaban el pestillo.

—Daniela, ¿me oyes? ¿Estás bien?

Quizá le había ocurrido algo. Tal vez había perdido el conocimiento en la bañera. O puede que finalmente hubiese decidido tomar medicamentos: un sedante que la había dejado fuera de combate. No había que ponerse tan dramático: quizá, sencillamente, le había entrado sueño, con lo cansada que estaba, y se había dormido en la bañera. Pero ¿por qué había cerrado por dentro? Jofre se imaginó lo peor. Tenía que entrar en el baño ya.

Reculó un poco y golpeó la puerta. Pero como no tenía tanta fuerza como su mujer, tuvo que retroceder más, un par de metros, coger carrerilla y abalanzarse contra la puerta para hacer saltar el pestillo y poder entrar. Eso fue lo que hizo, y logró reventar la puerta de madera.

Constató, con el corazón encogido, que no se había quedado dormida. El sueño en el que ella quería entrar era de otro tipo.

La bañera estaba llena de sangre. «¡Por favor!» Jofre no podía creer lo que veía.

—Por el amor de Dios, ¿qué has hecho? —Esas fueron las únicas palabras que logró articular, mientras la zarandeaba para que se despertase

(una parte de él seguía pensando que solo se había dormido). Con la otra mano, como pudo, agarró el teléfono y logró marcar el número de emergencias.

—Sí, rápidamente, vengan a Can Benet Vives.

Una vez que hubo dado las indicaciones para que la ambulancia pudiera llegar al campus, colgó el teléfono y volvió a hacerle la misma pregunta.

—Por el amor de Dios, ¿qué has hecho?

No salió ninguna respuesta de su boca, rígida y entreabierta, con unos labios que ya comenzaban a ponerse de color violeta. En el suelo de mármol había una navaja, en medio de salpicaduras de sangre, agua y vapor. Mientras llegaba la ambulancia, Jofre cogió gasas del armario y procuró detener la hemorragia de sus muñecas.

El final de la escena fue el sonido de la ambulancia, el celador empujando la camilla y Daniela en urgencias del hospital Josep Trueta, el mismo hospital que ella había dejado por la excesiva medicalización. El universo, o Dios, o la vida, o lo que fuera, tenía un sentido del humor macabro.

Estaba inconsciente en la UCI. Lo importante, según los médicos, era que saldría adelante. No se temía por su vida.

Lo primero que oyó en cuanto recuperó el conocimiento fue la voz de un enfermero.

—¿Usted no es la sexóloga? Mi mujer es una incondicional suya. ¡Le está muy agradecida!

Cuarta parte

La noche comienza a mediodía

1

Han pasado los años, muchos años, más de veinticinco. No recuerdo cómo me despedí de Jofre después de que me contara la historia que acabo de narrar. No recuerdo qué me dijo a modo de colofón aquel día remoto en que nos pasamos horas y horas sentados frente a la chimenea de Can Benet Vives, mientras él iba hablando con aquella voz serena y cogiendo troncos, leños de encina, para mantener la lumbre. Supongo que no añadió nada más. Supongo que me miró con aquellos ojos suyos en forma de almendra, con seguridad y dulzura, y que me propuso que me acostase unas horas en una de las habitaciones con literas de la masía principal.

A primera hora de la mañana regresé a Girona. No recuerdo quién me llevó, seguramente alguno de los voluntarios o trabajadores del campus. Sí que recuerdo que me salté las clases de la universidad y me refugié en la escritura. Tomé apuntes, a vuelapluma, de todo lo que había escuchado. Era preciso que, ahora que lo tenía fresco, lo pusiera negro sobre blanco. Así, el día que decidiera escribir toda la historia ya tendría los pilares donde sustentarla, los detalles, sobre los cuales había dicho Vladimir Nabokov que, en literatura, como en la ciencia exacta, lo son todo. Pero, en realidad, el tomar aquellos apuntes, y el hacer un esbozo de alguna escena y secuencia como hice (en un cuaderno Claire Fontaine amarillento que ahora mismo tengo sobre mi escritorio y que me ha acompañado a lo largo de todos estos años, durante los cuales me habré mudado de piso unas diez veces), era un modo de distraerme y de evitar afrontar mi desconcierto y mi miedo.

Ahora ya entendía por qué Jofre había insistido para que fuera a Can

Benet Vives, y que me hubiera dicho que en realidad era una cuestión «de vida o muerte». Ahora sabía que él no exageraba, en el sentido de que su mujer, en efecto, había estado entre la vida y la muerte. Había intentado suicidarse, y no había que descartar que lo hiciera de nuevo. Así como tampoco que pudiera agredir a otra persona. No había que descartar que, tal y como le había ocurrido con el articulista Tomeu, ella no pudiera intuir cuáles eran las verdaderas intenciones de su víctima. No había que descartar que no sintiera nada mientras la golpeaba o la dejaba malherida. Puestos a hacer conjeturas, no había que descartar que terminara matándola.

Ahora entendía por qué Miquel Pairolí me había advertido sobre ella y me había dicho que me anduviera «con mucho cuidado». Tomeu era un articulista a las órdenes de Pairolí, y estaba claro que le había contado el incidente en el parking. Debió de confiarle, alarmado, que la mujer a la que había fichado era muy peligrosa.

Durante nuestro paseo por el bosque, Jofre me había pedido que continuara haciendo lo que había hecho con su mujer. Me había dicho que no entraríamos en el «cómo», por respeto a ella. Bueno, ni siquiera yo sabía el «cómo». Sí que sabía que ella había acabado llorando en las dos ocasiones. Ese llanto debió de insuflar esperanzas a Jofre. Debía de creer que Daniela — enrollándose más veces conmigo— iría deshaciendo su bloqueo, un bloqueo que había ido creciendo hasta un límite preocupante, con rasgos de personalidad psicopática. Quizá Jofre pensaba que, conmigo, por fin había comenzado la catarsis; la que hasta entonces no había conseguido realizar de ninguna manera. «¿Alguien se ha muerto por no haber pasado un duelo?», había dicho ella con su causticidad habitual, y ahora se ponía de manifiesto, nuevamente, el extraño sentido del humor de la vida: pues sí, al cabo de un tiempo ella había estado a punto de morir, aunque no se podía afirmar que la causa hubiese sido el duelo nunca elaborado después de la muerte de su padre, igual que no había modo de afirmar que el hecho de haber bloqueado las emociones durante años hubiera sido el origen de sus rasgos de personalidad psicopática. En la actualidad, además de escribir libros, me

dedico a la divulgación psicológica como periodista, y si algo he aprendido es que no hay respuestas fáciles, que un trastorno no suele tener una única consecuencia.

Me viene a la memoria la célebre frase de Carl Gustav Jung, que comparó el encuentro entre dos personas con el contacto de dos sustancias químicas: «Si hay reacción, ambas se transforman». Creo que eso es lo que me pasó con Daniela, si bien yo no tenía ni idea de qué demonios podía haber provocado que ella hubiese llorado aquellas dos noches. Volvían a desfilar por mi mente pensamientos antiguos, como un disco rayado, siempre tan reiterativos; el ochenta por ciento de los pensamientos que tenemos hoy son los mismos que los del día anterior. Yo pensaba: «Lloró porque lo hiciste muy mal en la cama. Porque fuiste un inepto». En fin, yo estaba hecho un lío.

Al día siguiente de que Jofre me hubiese contado la historia con el fin de que yo siguiera relacionándome íntimamente con su mujer —«Sea lo que sea lo que le has hecho en la cama, debo pedirte que se lo sigas haciendo. Que compartas momentos de intimidad con ella»—, ese día me sentía como si tuviese que cargar con un peso demasiado grande, una responsabilidad que no me correspondía. Y me asustaba la expectativa de un futuro con Daniela. O sea, ¿debía consolidar un vínculo con una mujer de rasgos psicopáticos? ¿Y si, por culpa de aquel genio suyo, se enfadaba conmigo? Recordé la primera noche, su frialdad, su forma de concebir el sexo, como si de una serie de ejercicios gimnásticos se tratara, y también el mordisco que me había dado después de que yo le tapara la boca con la mano para no oír sus gritos. Si me había mordido la primera noche, vete a saber hasta dónde podría llegar si nos seguíamos viendo de manera regular.

Cuando pensaba en la posibilidad de volver a quedar, un escalofrío me recorría el espinazo. Como si la pobre Daniela fuera una apestada. Una especie de autómatas impotente ante sus impulsos: se dejaba guiar por ellos hasta donde quisieran llevarla. «No, no pienses eso —me decía a mí mismo

—. Si ha llorado contigo, es porque algo está cambiando en ella. Tal vez a partir de ahora sea amorosa y tierna, y puede que hasta se enamore de ti.» Pero ahora, sinceramente, ya no me apetecía que se enamorase de mí. Lo sentía mucho, pero mi deseo por ella se había esfumado. Algo se había roto, y no me apetecía que nos viéramos otra vez. Además del miedo sentía rechazo, y me consideraba culpable por sentirlo. ¿Había dejado de ser un «buen chico»? ¿Dónde estaba aquel chaval que quería contentar a todo el mundo para ser aceptado? Lejos, remotamente lejos.

Si hoy me encontrara en una situación similar, trataría de sentir compasión por Daniela y, como mínimo, mantendría con ella una conversación larga y reposada. Le propondría que fuésemos amigos, y que desde la amistad intentásemos volver a sacar esa emoción de tristeza sin tener que acabar en la cama. Pero reconozco que entonces no estuve a la altura. Mi reacción fue otra: consistió en huir.

Esa semana no volví al periódico, con la excusa de que no me encontraba bien. Una mentira piadosa. Así, el viernes evitaría encontrármela. Pairolí me deseó, por teléfono, que me recuperase cuanto antes. Y supuse que el propio Pairolí le editaría el artículo. Me la imaginé llegando al periódico con aquellos andares elegantes, con su belleza huesuda, las facciones angulosas y aquella mandíbula cuadrada que denotaba resolución y tozudez; con su aspecto algo andrógino, sin pechos ni caderas. Ahora yo sabía de qué manera su madre le había ido esculpiendo el físico y el carácter. Su madre, Constança. El pollo asado. En el periódico, como siempre, algunos redactores debieron de observar a Daniela. Esas miradas que parecían zumbiar a su alrededor. ¿Le suscitaban el mismo rechazo que la mirada de Tomeu? No, ni de lejos; las de la redacción no eran pegajosas ni táctiles. Menos mal que Tomeu no visitaba nunca la redacción. Menos mal que no había peligro de que Daniela se topase con él.

El problema lo tuve la semana siguiente, cuando hube de regresar al trabajo. No el lunes, el martes, el miércoles o el jueves, sino el viernes, porque era consciente de que volvería a verla. En mi mente, Daniela era muy peligrosa. Supongo que influía en mí lo que ahora conocía, no solo sus rasgos de personalidad psicopática, sino también su alexitimia (a mi cabeza asomaba

la imagen de los torturadores estadounidenses, incapaces de intuir qué estaba sintiendo su víctima).

Ese viernes, a media tarde, cuando aún faltaba un buen rato para que apareciera en la redacción, le dije a Pairoli:

—Miquel, lo siento, pero me veo incapaz de editar el artículo de la sexóloga. No con ella al lado.

Me observó con aquella mirada suya entre irónica y ausente, sus grandes ojos abiertos de par en par.

—Supongo que quieres alejarte, y haces bien. —Eso fue todo lo que me contestó.

No dejaba de sorprenderme que fuera tan duro con una articulista que dependía de él. La agresión a Tomeu debió de haber sido brutal para que Pairoli, siempre tan ponderado, me hablara de la sexóloga en aquellos términos. Puede que, después de permanecer tirado en el suelo del parking, hubiesen ido a buscarlo en ambulancia. Puede que incluso lo hubiesen ingresado en la UCI.

Yo no conocía personalmente a Tomeu. Sí que había visto sus fotografías, y coincidían con la descripción que me había hecho Jofre. En efecto, su aspecto era pasivo y abúlico, si bien las imágenes que publicábamos en el periódico reforzaban su aire erudito, gracias a las gafas de montura fina y las lentes ovaladas. Habíamos hablado por teléfono algunas veces, y la verdad es que su voz siempre me había parecido afable y cercana. Ahora me lo imaginaba como un articulista con un punto obsesivo, embelesado por la sexóloga de moda, pero en ningún caso lo tenía por peligroso. Daniela debía de ser consciente de que se había equivocado con él.

Pairoli y yo zanjamos la conversación en ese momento. A partir del viernes siguiente me marcharía de la redacción muy pronto para evitar coincidir con la que había pasado a ser mi examante. O, mejor dicho, yo fui su examante, uno pasajero.

2

No sé si los siguientes viernes ella continuó acudiendo para entregar el artículo, o bien si lo enviaba por fax o módem. No sé de qué modo justificó Pairolí que de repente yo ya no estuviera allí. Solo sé que al cabo de unos meses terminé mi beca y que aquella ausencia mía debió de interpretarse como una negativa. Me avergüenzo de ello. Para ser exactos, me avergüenzo de mi actitud, del hecho de no haber ido de cara y no confesar que la situación me sobrepasaba y que me retiraba. Me había negado a continuar viendo a Daniela. Y a ayudar a Jofre. La consecuencia fue que perdí el contacto con ambos. A ella no volví a encontrármela hasta pasados los años.

Me sucedieron muchas cosas mientras tanto, pero la mayoría no las mencionaré aquí porque nada tienen que ver con esta historia. Sí tiene que ver, en cambio, la evolución de mi carácter. No recuerdo quién afirmó que durante la primera mitad de la vida deberíamos fortalecer el ego, y que durante la segunda deberíamos desdibujarlo. Cuando escribo estas líneas tengo cuarenta y seis años y creo que lo estoy desdibujando, pero en aquella época me identificaba con la «falsa personalidad» del ego: la de un chico de pueblo que se va a Barcelona y hace carrera como periodista, y cuantos más escalones asciende en la profesión, cuanto más reconocimiento público obtiene, más ve aumentar su valía. Así funciona la sociedad, el falso sistema de creencias colectivas que nos han instalado con un *software* de ordenador, y así razonaba yo durante aquellos años. Jofre me había hablado de la verdadera identidad, de nuestra esencia, que no tenía nada que ver con el modo en que nos veían los demás ni con la posición social que ocupábamos.

Pero yo parecía haberme olvidado de aquello.

No me había olvidado, en cambio, de que a Daniela le había hecho «gracia» que me sonrojara en la redacción mientras le corregía los artículos. El esfuerzo que hacía yo por reprimir o disimular aquel rubor. O que frunciera el ceño cuando me molestaba el ruido. Entonces me pareció que ella exageraba, que no era para tanto, pero cuando pasaron los años y me despedí mentalmente de ella, cuando dije adiós también a la Universidad de Girona y me fui a vivir a Barcelona y comencé a trabajar en los servicios informativos de una emisora de radio, y, por tanto, regresé a una redacción para pasar ocho o diez horas diarias allí, recuperé la consciencia de mi sensibilidad. La miré cara a cara, como si dijéramos. Y descubrí que era la virtud y, al mismo tiempo, el defecto más grande de mi persona.

Al contrario que Daniela, yo no sufría trastorno alguno. De puertas afuera, era un chico delicado, tímido, introvertido, cabal, un buen chico que aparentemente no tenía ningún problema. Pero de puertas adentro mi sensibilidad sí era un problema. Si bien, insisto, no era más que un rasgo de carácter. Cuando pensaba en Daniela, la asociaba a una enferma, a una pobre enferma que no solo me daba miedo sino también pena, mucha pena. Yo me encontraba en las antípodas: era el chico saludable y recio, al que todo le funcionaba de maravilla. Tenía un pensamiento arrogante, fruto del ego, que aún me llevaría bastante tiempo desenmascarar. Al mismo tiempo, era tímido e introvertido. En consecuencia, hablar por la radio, y, por tanto, tener que mostrarme en público, significaba todo un reto.

No obstante, en el día a día me afectaban demasiado los estímulos de la redacción de informativos de la emisora, igual que me había ocurrido durante mi estancia en el periódico de Girona. Continuaban atenazándome los gritos de los compañeros, sobre todo cuando lograban alguna exclusiva. No me unía a la celebración: me quedaba al margen. Algo dentro de mí se apartaba de la mayoría. Poco a poco fui haciendo mío el calificativo de «altamente sensible», un calificativo que no era de mi agrado, porque no me gustaban las categorías ni formar parte de un grupo, pero que me hacía sentir menos incomprendido. Según la psicóloga clínica Elaine Aron, de la cual leí todo lo que cayó en mis manos, ese atributo de la personalidad afectaba a entre un

quince y un veinte por ciento de la población. Por tanto, yo no estaba solo.

Lo mío no era una fobia: en caso contrario, no habría podido trabajar en redacciones bulliciosas. Era más sutil. Según Elaine Aron, no era exactamente un diagnóstico, ni un déficit ni una enfermedad, y no debía tratarse, ni siquiera psicológicamente. Las personas altamente sensibles teníamos un sistema neurosensorial más fino que el de la mayoría. Percibíamos la realidad con muchos más matices; con tantos que, a menudo, nos colapsábamos. En el argot a ese perfil se llamaba «sobreactivación». A diferencia de mis compañeros periodistas, a mí el exceso de estímulos y adrenalina me atenazaba, en lugar de animarme. En apariencia, no me sucedía nada: permanecía dubitativo, reflexivo, silencioso. La procesión iba por dentro.

Lo ideal entonces era volver a casa y refugiarme en la lectura y la escritura. Las novelas que iba atesorando me daban la posibilidad de conocer aquello que ningún ensayo me ofrecía: la psicología de la gente, de una época concreta. Y cómo pensaba alguien, qué se le pasaba por la cabeza. Ni el teatro ni el cine me permitían acceder al pensamiento de los protagonistas. Por otro lado, yo continuaba escribiendo compulsivamente. Borradores de novelas fallidas. La cuestión era estar en soledad, en un silencio fértil. Descubrí que la introversión era una consecuencia de mi personalidad altamente sensible. Un treinta por ciento de las personas con las que compartía estos rasgos, sin embargo, eran extravertidas. Me gustaba estar con gente, siempre que fuese escogida, pero prefería la soledad. Tenía pocos amigos, y no hablaba mucho con ellos; necesitaba que hubiese espacio entre encuentro y encuentro, y que las conversaciones se desarrollasen a fuego lento. Cuando quedaba con ellos, por la noche estaba agotado. También me hacían perder la energía las multitudes que asistían a un concierto, o incluso las de un supermercado, o el rugir de los cláxones y el tráfico del centro de Barcelona; las luces de los escaparates, las ambulancias, los semáforos. Estaba convencido de que la sociedad conspiraba contra la sensibilidad. Y al mismo tiempo me sentía raro e imperfecto. Era una sensación que siempre me había acompañado, pero que se acentuaba a medida que aumentaban mis responsabilidades como periodista.

Con el paso de los años, mis jefes confiaron en mí y presenté programas de radio, diversos informativos de actualidad política, lo que me convirtió en popular, que no famoso (como Daniela, salvando las distancias). En consecuencia, recibía propuestas e invitaciones para presentar o moderar eventos y actos públicos en auditorios y teatros. En ocasiones tenía enfrente centenares, incluso miles, de personas. O sea, que era el centro de atención, aquello de lo que precisamente había huido cuando era adolescente. Si salía airoso, no era en absoluto por poseer unas habilidades innatas, al contrario, sino porque antes de una intervención pública me la había preparado con sumo cuidado. Me enteré de que las personas altamente sensibles solíamos tener éxito en las intervenciones públicas porque no confiábamos en la improvisación. Éramos meticulosos, perfeccionistas.

A veces cometía algún error a causa de los nervios o de la vergüenza, y me justificaba ante el público bromeando, riéndome de mí mismo, murmurando que era tímido y que en la radio no estábamos acostumbrados a que los oyentes nos vieran la cara. En realidad, debería haber dicho que yo era una persona altamente sensible. Pero nadie lo habría entendido. Con toda seguridad algunos hombres se habrían reído de mí (al contrario que Daniela, a mí sí me importaba lo que los demás pensasen de mí). Más de un macho ibérico me habría señalado con el dedo y habría dicho: «Fíjate, el chico sensible». No me gustaba enfrentarme a los machos ibéricos. Eran el extremo opuesto, la antítesis de mi forma de ser. Su agresividad, el modo en que alzaban el volumen de voz, con estridencia. Hombres zafios a los que les solían gustar las corridas de toros, la música a todo trapo, las carcajadas, las palmadas en la espalda. Derivaban la conversación (ellos no escuchaban, y en realidad no conversaban, sino que hacían monólogos, intentando imponer su punto de vista: yo tengo razón y tú no, y, por tanto, yo soy superior a ti) hacia un punto que suscitara el conflicto. Y yo, justamente, huía de los conflictos como de la peste. Durante una discusión o un rifirrafe dialéctico, notaba cómo aumentaba el latido de mi corazón, el pulso se me disparaba y me quedaba sin saber qué hacer ni qué decir, totalmente ofuscado. En apariencia

seguía estando tranquilo, pero en realidad lo único que quería era escapar de la situación conflictiva. Ahora entendía por qué había huido de Daniela y de Jofre.

Al mismo tiempo, procuraba aprovechar al máximo los aspectos positivos de mi condición de persona altamente sensible, como la intuición o el hecho de captar los detalles más sutiles del entorno, unos detalles que, según la especialista Elaine Aron, escapaban a los sentidos de la mayoría. En una sala, me resultaba fácil percibir los estados de ánimo ajenos. No era nada extraordinario, y yo estaba seguro de que, con un poco de atención, cualquiera habría podido captarlos. No obstante, en algunos encuentros en grupo parecía que nadie se diera cuenta de lo que para mí era evidente: que había tensión en el ambiente, que las personas no se sentían a gusto, o que no encajaban bien las bromas, por mucho que lo disimulasen. Esa percepción mía tan acusada me resultaba la mar de útil en el estudio de radio: notaba perfectamente la tensión de los entrevistados, o cuándo tenían la cabeza en otra parte, o cuándo se abría un abismo entre lo que decían y lo que pensaban. Detectaba cuándo su comunicación no verbal —una mirada, un parpadeo, un gesto mínimo— delataba que no acababan de creerse sus propias palabras; cuándo las decían porque era lo que se esperaba, siguiendo el manual del partido. Y, por supuesto, también captaba cuándo estaban mintiendo descaradamente, algo que ocurría a menudo, hasta el punto de que, cansado de tanta hipocresía y tantas mentiras, llegó un día en que decidí dejar de ser cómplice de aquella farsa y abandoné los programas políticos. Había en mí un anhelo de autenticidad, una búsqueda de lo que era esencial. Y pese a que aún no había ahondado en la raíz de todo aquello —Jofre me la había dejado entrever: la visión de la realidad no dual—, sí que me interesaban mucho la psicología y la conducta humana, y no solo como lector de novelas. De modo que di un giro a mi carrera y, como periodista, me especialicé en la divulgación psicológica.

Un día viví un episodio que me marcó. Una oyente me pidió un favor muy extraño. Era habitual que la audiencia nos hiciera demandas personales a los que trabajábamos en los medios de comunicación. Internet ya se había extendido como la pólvora, para los oyentes era fácil ponerse en contacto con nosotros, y nos escribían para felicitarnos (o criticarnos), para hacernos consultas o para pedirnos algún favor. Generalmente nos proponían dar el pregón de una fiesta mayor o, como he dicho antes, actuar como moderadores o presentadores de ferias o eventos culturales. Pero además estaban las peticiones de personas que, por ejemplo, querían que les grabases un mensaje de voz, o poder conversar contigo por teléfono para sosegar. A mí no me quedaba otra alternativa que rechazar la mayoría de las peticiones —no habría dado abasto—, pero hubo una, de una oyente, una petición muy extravagante, a la que accedí después de darle muchas vueltas. Fue una petición tan extraña que tiempo después escribí una novela sobre ello.

La mujer en cuestión tenía un tumor cerebral. Los médicos la habían desahuciado y le daban pocos meses de vida. Sin perder la esperanza, pretendía curarse de una manera radicalmente alternativa, mediante un ritual en el que su locutor de radio favorito le hablaría al oído durante toda la noche, mientras ella dormía bajo los efectos de un somnífero. El locutor era un servidor, y los motivos por los cuales acabé aceptando, a pesar de las dudas que me asaltaban incluso mientras realizaba el ritual, los conté en la novela *El silencio*. Entonces no se me ocurrió que, en cierto modo, con Umiko, que es como se llamaba la mujer, practicaría aquello que no me había atrevido a practicar con Daniela Costa-Pau, es decir, una especie de sexo sanador. No se me ocurrió porque habían pasado muchos años desde el episodio de Daniela y porque los dos casos no se parecían en nada: Umiko sí que se encontraba, literalmente, entre la vida y la muerte. Mi aportación podría ser salvadora; al menos tenía que intentarlo. Existía otro motivo añadido: como periodista y escritor, quería investigar hasta qué punto su cuerpo poseía la capacidad de sanarse a sí mismo y escribir mis conclusiones.

Llevé a cabo el ritual, la novela se publicó y, contra todo pronóstico, se convirtió en un éxito. Ganó el premio Josep Pla de 2009 y fue la más vendida ese año en Cataluña. Yo estaba eufórico: por fin había logrado escribir un

libro como Dios manda, y además había obtenido la buena acogida de los lectores. No podía pedir más. Hacía muchas presentaciones por todo el país, hablaba sobre la protagonista y la historia, aunque la prensa insistía en hacerme preguntas sobre uno de los temas de la narración: las terapias alternativas. Yo contestaba con educación, pero siempre que podía hablaba de nuevo de literatura y de la historia, argumentando que yo no era un médico ni un terapeuta, ni tampoco había escrito un ensayo sobre terapias alternativas. A veces pienso, dicho sea de paso, que hoy sería imposible publicar un libro como *El silencio*, y que ganase un premio literario como el Josep Pla. En internet y en muchos medios existe un auténtico linchamiento contra las terapias alternativas, una intransigencia nunca vista. Por un motivo: cada vez son más numerosos los pacientes que toman homeopatía o flores de Bach, o que, pongamos por caso, visitan a un acupuntor. Y eso cuestiona el paradigma de muchos médicos, y hace que las farmacéuticas pierdan dinero. En *El silencio* no hay ninguna tesis, porque creo que una novela debe plantear preguntas, no ofrecer respuestas, pero, de haber habido alguna, habría tenido relación con el llamado «efecto placebo». Bienvenido sea, si permite que haya gente que se cure. ¿Qué mecanismos estimulan el efecto placebo? ¿Qué hace posible que una persona recupere la salud cuando toma un vaso de agua, o un terrón de azúcar, pensando que se está tomando un medicamento? Como dice el biólogo Bruce H. Lipton, eso, la capacidad del cuerpo para autosanarse, debería estar estudiándose en las universidades.

Era un tema que surgía de forma recurrente en las presentaciones. Participaba en dos o tres por semana por las librerías de Cataluña y España. El esquema de cada presentación era el mismo: una introducción a cargo de un escritor o librero, una breve explicación por mi parte sobre la obra, y, a continuación, las preguntas de los asistentes. Hice decenas de presentaciones. Cuando llegó el día de hacer una en Girona, sugerí a mi editorial que fuese Miquel Pairoli quien condujese el acto. Así me reencontraría con él, después de tantos años, y también me aseguraba una presentación en que el tema de la enfermedad fuera secundario y se priorizasen los aspectos literarios. Pairoli aceptó encantado.

Me hacía ilusión volver a verlo. Yo lo había ido siguiendo a través de sus

libros; por aquel entonces acababa de publicar el dietario *Octubre*. Era sorprendente el modo en que se desnudaba, cómo escribía no solo sobre literatura, sobre sus gustos artísticos y sobre el paisaje, sino sobre su vida privada. Reconocía que no había encontrado a la mujer adecuada con quien compartir la vida. «Siempre he sido un solitario —escribía—. De joven podría haber dejado de serlo. Pero las cosas fueron como fueron... Y luego, a medida que te haces mayor, te acostumbras a un tipo de vida y ya no aceptas fácilmente tener que cambiarla. Disminuyen la inocencia y la confianza, y aumenta la prevención. ¿Existe miedo bajo esa aparente prudencia? Quizá sí, pero me da lo mismo. Solo faltaría tener que ser valiente también en estas cuestiones.»

Ese fue el último libro que publicó. Murió al poco tiempo, a causa de un cáncer. Siempre me he preguntado hasta qué punto su enfermedad tuvo un origen emocional. En esa época, a raíz de la publicación de *El silencio*, un prestigioso editor me confesó que el cáncer que él padecía —y que acabaría matándolo— tenía un origen emocional, relacionado con una jugarreta que le hicieron en el trabajo. Él estaba convencido de ello. Desconozco si ese fue el caso de Pairolí; a veces he pensado que no recibió el reconocimiento que merecía como el gran escritor que era, y que había en él un poso de amargura. Pero al fin y al cabo no son más que conjeturas mías. Lo único que sé es que cuando me reencontré con él en Girona lo vi muy desmejorado, muy delgado, con el rostro demacrado.

Durante la presentación, que tuvo lugar en La Fontana d'Or, él no habló acerca de nada relacionado con la enfermedad, más allá de describir el callejón sin salida en que se hallaba la protagonista de la novela. Miquel hizo una presentación literaria, y me regaló algunos elogios inmerecidos que me hicieron ruborizar, elogios relacionados con el «mundo propio» de la novela, «comparable al de Yasunari Kawabata y Aldous Huxley». También contó que yo había esculpido cada palabra como si se tratase de mármol, una lección que él me había enseñado (aunque esto no lo dijo) cuando era mi jefe en la sección de opinión. No hizo referencia alguna a aquella época, aparte de mencionar que nos habíamos conocido en el periódico. Tal vez no quería sacar a colación lo que ambos sabíamos que había sido lo más importante de

mi etapa de becario: el episodio con Daniela Costa-Pau. No fue hasta el final del acto de presentación, una vez que hubimos charlado con los asistentes, que, curiosamente, no hicieron preguntas sobre terapias alternativas, a punto ya de despedirnos, cuando Miquel me dijo:

—Por cierto, se me olvidaba. Una amiga común me ha preguntado si le podrías presentar su primer libro, un ensayo. Me ha pedido que te pregunte si te puedes encargar de la presentación en Barcelona.

No hizo falta que Miquel me dijera su nombre. No obstante, lo de «amiga» era discutible. No solo por mí: yo no creía que Miquel se hubiera hecho amigo de Daniela Costa-Pau. Pero por fuerza debía de haber confianza entre ambos, no en vano hacía muchos años que la sexóloga le entregaba su artículo semanal. Eso sí que lo sabía yo, era lo único de ella que sabía: que continuaba publicando su artículo en *El Punt*, un periódico muy leal con sus colaboradores, hasta el extremo de que a muchos de ellos solo los jubilaba cuando se morían. Y a lo largo de aquellos años, cuando yo hojeaba de vez en cuando *El Punt* (que había pasado a llamarse *El Punt Avui*), constataba que Daniela estaba viva.

—Supongo que te refieres a Daniela Costa-Pau —le respondí—. Dile que cuente con ello, faltaría más.

Yo tenía como norma no decir que no a las presentaciones que me pedían los colegas. Si yo lo pedía, era lógico que aceptara hacerlo para ellos. Y no podía decirle que no a Daniela Costa-Pau, y menos si venía de parte de Pairoli. Además, pensándolo con detenimiento, Daniela no me había hecho nada malo. Era ella la que, en todo caso, no debería haber querido saber nada de mí, después del modo en que yo había huido de la relación, sin decir ni pío; si bien es cierto que ahora, después de tantos años, suponía que ella ya me habría perdonado. En caso contrario, no me estaría pidiendo que le presentase el libro.

—Te llamaré la jefa de prensa de su editorial para quedar. Espero que vaya muy bien el reencuentro —dijo Miquel, guiñándome un ojo, esforzándose por sonreír, con una sonrisa que pretendía ser traviesa pero que, por desgracia, era apagada. Era como si no tuviese fuerzas, como si estuviera muy cansado.

Nos dimos un abrazo, nos despedimos, y esa fue la última vez que lo vi. Tiempo después lo ingresaron en el hospital Josep Trueta. Amigos comunes me dijeron que se le veía muy sereno. Me vino a la memoria una de las lecciones que había aprendido de él como becario: que ni viviendo ni escribiendo deberíamos ser enfáticos.

Cuando murió, al ver las muchas páginas elogiosas que la prensa dedicó a su obra, tuve una idea políticamente incorrecta. Pensé que si en vida, Miquel hubiese recibido los elogios que le dispensaban ahora, quizá habría vivido más años, y con más plenitud.

3

Así pues, gracias a Pairolí, volví a ver a Daniela Costa-Pau después de más de veinticinco años. Sin aquel reencuentro, que tuvo lugar el mes siguiente, difícilmente habría publicado el libro que el lector tiene en sus manos. Ahora pienso que tal vez fue la vida la que posibilitó que nos viéramos, con el fin de que pudiese terminar *La mujer que no sabía llorar*. Es un pensamiento risible y pueril: como si la vida no tuviese nada más que hacer. Pero sí es verdad que, sin aquel último encuentro, mis manos no estarían tecleando las páginas finales de este texto. Unas manos que, por cierto, no están frías: a pesar de que ha habido largas temporadas en que no he pensado en Daniela Costa-Pau, su historia siempre me ha causado turbación. Una mujer con un bloqueo colosal que hace que prácticamente no experimente emociones, y al mismo tiempo sale adelante y ayuda a muchas personas y promueve la divulgación sexual cuando nadie más se atreve a hacerlo: siempre me ha parecido una historia que me habría gustado leer si me la hubiese encontrado en una librería. Siempre que, por supuesto, no fuese una historia de «superación personal».

Después de la publicación de *El silencio*, mis editoras me preguntaban si tenía algún proyecto en mente. Les respondía que no, que no había tenido tiempo, que yo era un escritor lento. ¿Y en un cajón? ¿No tienes ninguna historia en un cajón?, me preguntaban. Y les respondía que sí, que en un cajón tenía guardada una novela titulada *La mujer que no sabía llorar*, pero que no la podía publicar porque no sabía el final. Como *El silencio*, estaba basada en hechos reales. ¿Y no sabes si la mujer ha acabado llorando?, me

preguntaban las editoras, curiosas. ¿No sabes si finalmente se ha curado? No, no lo sabía, había perdido el contacto con ella. Obviamente, no les decía el nombre real de la protagonista, ni tampoco les contaba que el motivo por el cual había perdido el contacto había sido mi actitud cobarde de adolescente ante una situación que me venía grande. No obstante, iba dando información a las editoras, información con cuentagotas, ya que se sentían atraídas por la historia y continuaban haciéndome preguntas. Les contaba que la protagonista era una sexóloga con la que yo me había enrollado dos veces, y que sí, que conmigo ella había acabado llorando esas dos noches, pero no de tristeza —habría puesto la mano en el fuego—, sino porque yo lo había hecho fatal en la cama. O puede que hubiese llorado porque algo de mí la había sacudido por dentro. Tal vez yo había sido el agente provocador, el catalizador. Resulta que yo era una persona altamente sensible (a esas alturas, las caras de las editoras eran de estupefacción, como si les hubiera dicho que era un extraterrestre), y la combinación de todo, de mi sensibilidad agudizada y de la insensibilidad de ella, fue probablemente la responsable de que llorase después del orgasmo. Debería haber seguido viéndome con la sexóloga para averiguarlo, pero habíamos perdido el contacto. Eso era todo lo que les contaba, ya que si les hubiera dicho que me había asustado al saber que ella tenía rasgos psicopáticos (en una época como la actual, en que el cine y las series han puesto de moda a los psicópatas), con toda seguridad me habrían presionado para que terminara la novela a toda costa. Ya me imaginaba una faja en la cubierta del libro con un subtítulo del estilo: «La sexóloga psicópata». Por suerte, mis editoras son grandes profesionales que cumplen con su trabajo de manera impecable y quieren que sus libros lleguen al mayor número posible de lectores. No obstante, cuando este libro se publique, haré todo lo posible para que ni en la cubierta ni en la contracubierta aparezca el término «psicópata».

Aun así, debo confesar que una de las cosas que me fascinaba y me fascina de Daniela CostaPau es precisamente ese rasgo de su personalidad, o, para ser exactos, que, a pesar de él, hubiera podido influir positivamente en tanta gente; que alguien con atributos psicópatas ayudase a las mujeres a vivir el sexo sin manías y con consciencia.

Consciencia: fue la novedad que me sorprendió del discurso de Daniela cuando leí su ensayo. La editorial me lo envió a casa para que pudiera preparar la presentación. El título ya era de por sí explícito: *Sexo consciente*. Proponía a las lectoras ir un paso más allá de lo que habían aprendido de ella misma, de las conferencias y los artículos, y, sobre todo, un paso más allá de lo que habían aprendido en internet. En concreto, bastantes pasos más allá. Ahora que el sexo había dejado de ser un tabú, ahora que internet estaba lleno a reborar de pornografía, ahora que ya no hacía falta que ella enseñase cómo hacer una felación, o posturas diferentes a la del misionero, su divulgación se había vuelto más profunda. Me sorprendió que apareciesen conceptos como «el cuerpo sutil» o los vínculos energéticos, que, según la autora, se establecían por siempre con la persona con la que nos íbamos a la cama, aunque solo fuese por una noche. Pensé que Jofre debió de influir mucho en su mujer, en el hecho de que fuera más allá del sexo por el sexo, de los ejercicios gimnásticos en la cama, unos ejercicios que actualmente tenían poco interés en un ensayo, porque se habían convertido en el pan de cada día en internet. Pensé también que si Daniela era capaz de basar su discurso en esos conceptos profundos y matizados debía ser no solo porque ella se hubiera renovado, o, como se decía ahora, actualizado, en un momento en que, precisamente por la pornografía en internet, su discurso corría el peligro de quedarse desfasado, incluso rancio. Pensé además que si Daniela podía hablar de sexo con sutileza era porque en ella misma debía de existir sutileza. En pocas palabras, porque seguramente se había curado.

«Ya no debe de ser una enferma —pensaba antes de presentarle el libro en Barcelona—. Seguramente ha conseguido sentir y captar los matices de la vida, y también del sexo. Esta ya no debe de ser su única forma de sentir. Y debe de haber puesto el sexo en su lugar.» Que quizá no era un lugar tan importante como el que ella le había otorgado hasta entonces. Después de todo, como contaba en el libro, no había que «obsesionarse» con el sexo, ni pensar que había que practicarlo necesariamente, o con una regularidad concreta. Ahora ella tenía pacientes que podían vivir perfectamente con poco o ninguno.

Ese era un punto de inflexión en la sexóloga. Me imaginé que, durante los

años en que habíamos perdido el contacto, con toda seguridad se había transformado. No había dejado de ocuparse profesionalmente del sexo, seguía siendo la «piedra angular» de su vida, pero ahora era capaz de relativizarlo. «Vete tú a saber —pensaba yo— si no me encuentro con una Daniela sensible. No tanto como yo, pero sensible al fin y al cabo. Una Daniela, por otro lado, que sabe que su discurso ya no escandaliza a nadie, y que por tanto ya no debe de basar su ego en la transgresión. Puede que también ella haya desdibujado su ego.» Pero lo más importante que pensaba durante aquellos días previos a nuestro reencuentro era lo siguiente: «Si ha llegado hasta aquí es porque está viva; es decir, que no ha intentado suicidarse de nuevo, o que no ha salido airosa del intento. Si ha llegado hasta aquí significa que no ha matado a nadie, ni lo ha herido o malherido. De no ser así la habrían metido en la cárcel, y yo me habría enterado; habría leído titulares del estilo “sexóloga acusada de asesinato” o “de intento de asesinato”. Si ha llegado hasta aquí, debe de haber superado su carencia. Y, con un poco de suerte, durante la presentación de su libro, en algún momento en que podamos hablar los dos solos, tendré la oportunidad de saber cómo lo ha hecho». Pero también me preguntaba, imbuido por el espíritu periodístico, si una persona con rasgos psicopáticos podía dejar de tenerlos como por arte de magia. No me imaginaba a una psicópata curándose de su psicopatía como quien se cura de una depresión. Todas esas preguntas suscitaban mucha curiosidad en mí, y un interés que, debo reconocerlo, iba más allá de lo personal: era periodístico. Al mismo tiempo, reencontrarme con ella me causaba inquietud. Es curioso cómo, para la memoria del cuerpo, todo sucede casi en presente. Parece que para el cuerpo no haya pasado el tiempo cuando nos volvemos a encontrar con una antigua pareja o un amigo. La mente nos dice que ya no nos une ningún vínculo, pero el cuerpo reacciona como si nos hubiésemos visto ayer.

El reencuentro tuvo lugar un jueves de marzo —tengo anotada la fecha exacta: 26 de marzo de 2009— en la librería Bertrand de Barcelona. Llegué poco antes de las siete, la hora prevista de inicio. Desde lejos, a medida que me acercaba a la sala de actos, la vi conversando con un grupo de asistentes,

sumergida en el protocolo de sonrisas y presentaciones. La sala estaba llena a rebosar, habría unas doscientas personas, la mayoría mujeres de mediana edad, expectantes, probablemente seguidoras suyas. Mientras me acercaba a la sala y bajaba la rampa de acceso, pasé por delante de los estantes de ciencia ficción, y mi mente hizo una asociación de ideas: me acordé del sueño que tuvo Jofre después de la boda, aquel en que había visto el cuerpo de su esposa sin sistema nervioso y con el esqueleto de hierro —como si fuese un robot—. Dado que en mi imaginación los robots formaban parte de las novelas de ciencia ficción, había hecho esa asociación de ideas, demasiado fácil, pero lo importante era lo que mi mente me estaba diciendo: quizá para mi inconsciente Daniela CostaPau era como de hierro. Mi reto de cara a la siguiente hora, el tiempo que la editorial había previsto que durase la presentación, era no dejar entrever que me sentía intranquilo; que en el fondo la seguía viendo como una mujer potencialmente maligna.

La saludaría sin aspavientos, intercambiaría algún comentario informal con ella, alguna ocurrencia, y luego procuraría hacer mi trabajo con la máxima profesionalidad de que fuera capaz, tal como había intentado hacerlo dos décadas atrás, cuando en la redacción del periódico le ajustaba aquellos artículos que tenían en mí un efecto excitante, un excitante subrepticio que me subía gradualmente por el cuerpo, y me repetía una y otra vez: «Reúne la concentración necesaria, sé un profesional».

Cuando por fin la tuve delante, mi primera impresión fue que había envejecido bien, suponiendo que el término «envejecer» se pudiera aplicar a una mujer de poco más de cincuenta años, una edad en la cual hoy quien más quien menos se considera joven. En la biografía de la solapa del libro no constaba su fecha de nacimiento: el texto informaba de que había sido «la primera» sexóloga mediática catalana, y resumía, sin entrar en detalles, su trayectoria, las apariciones regulares en los medios de comunicación, los artículos en la prensa escrita y las conferencias en la Casa de Cultura de Girona, y al final mencionaba que tenía consulta en el Barrio Viejo de Girona, con lo cual yo deduje que no se habían producido grandes cambios exteriores en su vida. Debían de haber sido interiores. De puertas adentro debía de haber cambiado, pero aparentemente seguía siendo la misma, porque

cuando nos dimos dos besos lo primero que me dijo fue:

—¡A quién tenemos aquí, al pan sin sal! ¿Qué tal estás?

Me eché a reír. Su lengua continuaba siendo afilada. No obstante, observándola de cerca, no era la misma Daniela que yo había conocido. Para empezar, como es lógico, su rostro mostraba el paso del tiempo; su piel comenzaba a tener la textura de una naranja. Con todo, era una piel cuidada, no tan blanca como yo la recordaba, sino de color bronce, de jarrón antiguo. Bien hidratada: olía a aceite de coco. En cuanto a los ojos, se los había maquillado: una ligera sombra oscura sobre aquellos ojos azules, de un azul entre pálido y grisáceo que seguía siendo inexpresivo como el de los gatos. Sin embargo, la expresividad de toda su persona había cambiado, y mucho. Su actitud era abierta, luminosa como un día claro.

En ese momento tenía una sonrisa de oreja a oreja, y una mano en mi hombro, un gesto muy afectuoso, insólito en la chica granítica que yo había conocido. Ese gesto, unido a la sonrisa generosa, la hacía menos intimidante, por no decir en absoluto intimidante. Por si fuera poco, llevaba el pelo bastante largo, una media melena que le suavizaba el rostro y lo hacía parecer menos huesudo, y que la mandíbula no tuviera tanto protagonismo. También dulcificaba sus facciones el hecho de que llevara pendientes, y dado que le vi una gargantilla con un pequeño símbolo budista colgando, pensé otra vez en que la influencia espiritual de Jofre quizá hubiera sido decisiva. Además, me vino a la memoria que en algún fragmento del ensayo ella se refería a la sexualidad como a «algo sagrado». Sí, qué diferencia con la Daniela que yo había conocido, siempre pendiente de la fornicación incesante. Pensé: «Quizá vuelve a “sentir” como una persona normal y corriente, y ya no necesita tanto el sexo. Sigue divulgándolo, pero ha descubierto que no es la única manera de experimentar sensaciones. Pero no pienses tanto, no hagas tantas conjeturas, concéntrate en el momento presente, estate por la labor».

—No tan bien como tú —le respondí—. Has cambiado mucho, ¿no? ¿O solo me lo parece?

Fue la primera pregunta que se me pasó por la cabeza. Si la hubiese pensado antes, no se la habría hecho. Parecía la típica pregunta de periodista inquisitorial que quiere obtener respuestas lo antes posible. Y no hacía falta

correr tanto. Los primeros indicios me señalaban claramente que había superado algunas de sus limitaciones. La mujer que tenía enfrente regalaba generosidad, y, sobre todo, mostraba sentimientos. Hasta qué punto, no podía saberlo todavía: sus ojos seguían siendo fríos. Ahora mismo me miraban como lo habrían hecho los de un felino en el fondo de una cueva. No obstante, no encajó mal mi pregunta, porque me contestó como si tal cosa:

—¡Tú sí que has cambiado! ¿Te acuerdas de cuando me corregías los artículos y te ponías rojo como un tomate?

Ambos nos reímos, y tuvimos que dejar los saludos en ese punto porque la jefa de prensa señaló el reloj, queriendo decir que era hora de empezar. Subimos al escenario, saludé al público e hice la presentación de *Sexo consciente*.

Mi propósito era que fuese un acto informal, y desde luego que lo fue, debo decir que gracias a Daniela. Para romper el hielo, comencé repitiendo lo que acababa de decirme «la autora»: que cuando le editaba los artículos, hacía un montón de años, me ponía rojo a morir. «Y hoy también me pondría así», añadí. Conocerla, a mis diecisiete años, me había marcado profundamente. «Si las mujeres asistentes supieran hasta qué punto...» Era una adelantada a su tiempo. Ya había entonces en ella una elegancia excéntrica: lograba la singularidad sin perseguirla. Evitaba cualquier posibilidad de comparación. La frase que más repetía en las conferencias de la Casa de Cultura de Girona era un verso de Jean Shinoda Bolen: «¿Qué piensas hacer con tu salvaje, preciosa, única vida?». Yo podía dar fe de que Daniela Costa-Pau era salvaje, en el sentido de liberada. Y no solo en ese sentido, pero eso, obviamente, no lo dije en la librería Bertrand.

En cuanto al ensayo que estábamos presentando, representaba una evolución clara: comenzaba dando respuesta a las dudas que todavía hoy en día tenían muchas mujeres, pese a la democratización de la pornografía (con estereotipos incluidos: en la mayoría de los vídeos, la mujer aún se consideraba un objeto al servicio del placer del hombre; a modo de ejemplo: las «eyaculaciones faciales»), y terminaba con la vertiente más espiritual, la

que sostenía que debíamos dejar atrás el «coitocentrismo»: no era necesario que todas las relaciones sexuales estuviesen encaminadas al coito. El sexo era mucho más. Y había que practicarlo no solo con los cinco sentidos, sino con consciencia.

Una vez más me acordé de Jofre. Su influencia en Daniela. No pude evitar mirar hacia el público, buscándolo. Yo miraba de izquierda a derecha mientras hablaba, como si me estuviese dirigiendo a los asistentes —y, de hecho, me dirigía a ellos—, pero en realidad mis ojos buscaban a un hombre ancho de espaldas y de pelo blanco y largo, recogido en una coleta. Un hombre que, cuando yo lo conocí, aún tenía una piel sin demasiadas arrugas. Pensé: «Pero cuando tú lo conociste estaba pasando un momento difícil. Probablemente durante aquel período sí que se le notó el desgaste físico. Si lo vieses ahora, seguro que ya no tendría la piel tan tirante y sin arrugas». Pero no lo vi en el salón de actos de la librería. No estaba. Tal vez se había separado de Daniela, aunque lo más probable, por desgracia, es que hubiera muerto. Daniela no me había dicho nada; no nos había dado tiempo. Se lo preguntaría cuando acabáramos la presentación. Ahora yo tenía que dejar de pensar y centrarme en mi tarea. Ella había tomado la palabra, y lo había hecho, como siempre, hablando llanamente. Era una buena comunicadora, dotada de oratoria y brillantez. Solía ser seca mucho tiempo atrás, pero ahora hablaba con viveza y su tono de voz era jovial, alegre. Seguía estando muy contenta.

Después de dar las gracias a todo el mundo, resumió brevemente —«porque ya me conocéis de sobra»— qué la había movido a ser sexóloga. Enseguida comenzó a hablar sobre algunos de los capítulos del libro en los cuales se ocupaba de cuestiones prácticas. A partir de entonces, lo que me sorprendió fue su talante. Me quedo corto si digo que estuvo desenvuelta. En algunas ocasiones incluso parecía una humorista. Para empezar, cuando habló del capítulo dedicado a la masturbación (dijo que aún había mujeres que se sentían culpables por el hecho de masturbarse, y comprendí que se dirigía solo a las mujeres de su edad, a su público, yo dudaba que las jovencitas que veían porno se sintiesen culpables), citó una famosa frase de Mae West: «El sexo es como una partida de póquer: si no tienes una buena pareja, más te

vale tener una buena mano».

El público se rio de nuevo, y ya tuve claro que me encontraba ante una Daniela cambiada, una mujer que no se tomaba a sí misma tan seriamente, que se reía y hacía reír y que, por tanto, debía de experimentar alegría. Cuando comentó el capítulo dedicado a la higiene femenina, mencionó el caso de una paciente que un día se presentó en su despacho con dificultades para sentarse: tenía los genitales irritados. Pero cuando Daniela le preguntó cómo llevaba el dolor, le respondió: «Nada que no pueda curar el jabón Lagarto, porque, como decía mi madre, lo cura todo». El público estalló nuevamente en una carcajada: seguro que muchas de las asistentes conocían aquel jabón. El caso es que la paciente tenía la vulva interna muy irritada por haberlo utilizado, y no era adecuado para aliviar los picores.

Recordó otros casos, como el de la paciente que solo tenía orgasmos cuando le estimulaban los pies. «Doctora —le preguntó—. ¿Soy normal si solo tengo orgasmos cuando mi marido me toca los pies?» De nuevo hubo risas en la sala. El tono de voz alegre de Daniela se extendía, se esparcía, se contagiaba.

En el libro, dijo, respondía preguntas que se repetían en la consulta, como por ejemplo si la masturbación provocaba disfunciones sexuales. Sí, todavía había mujeres que lo pensaban. Otras preguntas: si el semen engordaba; cuál era la mejor postura para que la mujer llegara al orgasmo lo antes posible; si una mujer se podía volver «adicta» al vibrador; por qué la postura del perrito causaba tanto daño a algunas mujeres; o si era necesario depilarse la vulva para tener unas relaciones sexuales óptimas. También habló del *dogging*, hacer sexo en lugares públicos, que ahora se ha puesto de moda pero que en realidad era una práctica «muy antigua». En el pasado muchas parejas lo habían hecho en un coche aparcado en algún sitio discreto. «Y yo misma, cuando era jovencita, lo practicaba en los baños de los bares donde trabajaba de camarera.»

No me llamó la atención que hablara tanto en primera persona (aunque, lógicamente, no contó cómo lo había hecho con Jofre en Can Benet Vives, al aire libre), no me sorprendió tanto el «qué» como, insisto, el «cómo». Que una autora estuviera alegre el día de la presentación de su primer libro era

lógico, pero no lo era en el caso de una mujer que hacía dos décadas no podía sentir alegría. «A no ser que esté interpretando, como una actriz. A no ser que en estos momentos no sienta nada de nada y esté haciendo el papel de sexóloga simpática.»

Dentro de un momento yo tendría la oportunidad de averiguar si se había transformado de verdad. Cuando finalizó el acto, todo el mundo aplaudió. Sus seguidoras la adoraban; la lluvia verbal de Daniela había impregnado un suelo permeable. Después de la firma de libros, me hizo una propuesta.

—¿Tienes tiempo? Podríamos ir a tomar una cerveza, ¿no? Y nos ponemos al día.

Ponernos al día: me encantaba la propuesta. Ahora que ya me había relajado, me apetecía charlar un rato. Intentaría ir con pies de plomo, no hacerle preguntas que la incomodasen, pero aun así procuraría que, una vez terminada la conversación, hubiese despejado mis dudas sobre su transformación: qué había hecho para curarse. Si es que se había curado. Qué había hecho que una mujer con rasgos psicopáticos hubiera dejado de tenerlos, hasta el punto de que hacía un momento parecía haber experimentado empatía con su público, todas esas mujeres entusiasmadas con su contagiosa vitalidad. Quién lo hubiera dicho de aquella Daniela de hacía veinticinco años.

Fuimos al Cachitos, el bar más cercano a la librería. Mientras caminábamos por la Rambla de Catalunya, ella permaneció en silencio. El día se iba oscureciendo, difuminando. Había una franja de claridad ocre en lo alto de las fachadas novecentistas. Ella encendió un cigarrillo, de un tabaco que desprendía un olor fuerte y a un tiempo aromático, noble, puramente vegetal. Pensé, por un instante, en que ella volvía a ser la misma de siempre, ensimismada (¿Había aún cierta maldad en su rostro?), pero cambié el rumbo de mis pensamientos cuando sonrió de nuevo. Era como si estuviera contenta de haberse reencontrado conmigo. La felicité por la presentación.

—Has estado realmente bien. Me ha sorprendido tu vis cómica.

Me dio las gracias y volvió a sonreír mientras seguía andando. En su

rictus había pequeñas arrugas; también alrededor de los ojos. Dado que yo — disimuladamente— le estaba escrutando el rostro en busca de algún rasgo, de alguna señal, que me revelase si realmente había cambiado, al ver aquellas arrugas pensé que sí. En caso contrario, su piel no tendría esos surcos, que no dejaban de ser la consecuencia del paso del tiempo, sí, pero también de las expresiones que el rostro había repetido con mayor frecuencia. En concreto, de las sonrisas. De las muchas sonrisas que sus labios debían de haber dibujado los últimos años. «Ya no es un robot», pensé. Me arrepentí de ese pensamiento; pero, qué se le va a hacer, no se pueden controlar los pensamientos. «Es como si el robot, con el paso de los años, se hubiese transformado en persona.»

Nos sentamos en uno de los sofás rojos del Cachitos, delante de una mesa de mármol. La luz era tibia, casi agónica. Había un grupo de turistas comiendo jamón y pan con tomate, y bebiendo sangría. Apareció el camarero y Daniela no pidió cerveza, sino dos copas de cava.

—Para brindar por nuestros éxitos.

«¿A qué éxitos se referirá?», me pregunté. Puede que el libro en sí mismo, el hecho de publicarlo, fuera para ella todo un éxito. Pero no me constaba que recientemente hubiese conseguido otros, o uno de los que la sociedad consideraba así —la consecución de objetivos, las conquistas de cara a la galería—, ya que las semanas anteriores, mientras me preparaba la presentación del libro, había hecho un repaso de su trayectoria en internet, y los últimos años había sido más bien discreta. Me dio la sensación de que vivía bastante retirada de la actividad pública, que ya no daba conferencias ni colaboraba en los medios de comunicación, salvo los artículos semanales en el periódico. En una época en que para muchos medios el sexo ya parecía ser un tema gastado, nada llamativo, era como si ella se hubiese recluido en su consulta. Por tanto, en ese momento, Daniela debía de referirse a mi — digamos— éxito.

—Supongo que te refieres a mi libro. Muchas gracias.

—Sí, lo de «nuestros» era una manera de hablar. Enhorabuena por la novela. —Nos interrumpió el camarero, que llegó con el cava. Sin perder tiempo, ella levantó la copa, hizo el gesto de brindar y, después del primer

sorbo, añadió, en un tono socarrón—: La he leído, y he deducido que finalmente hiciste con otra mujer lo que no te atreviste a hacer conmigo. — Daniela, siempre tan directa. Se estaba refiriendo a lo que yo había calificado como «sexo sanador». Estaba claro que Jofre, tal vez a toro pasado, le había dicho que quería que continuase acostándome con ella. Que me lo había pedido. Pero dejé a un lado las cavilaciones, porque Daniela estaba a punto de tomar de nuevo la palabra, esta vez con un tono más sereno y reflexivo—. Ya sabes que la vida es cíclica, y que nos vuelve a poner delante situaciones que no hemos resuelto bien en el pasado. Asignaturas pendientes. Y tú debías tener que resolver esa asignatura. En cualquier caso, celebro que ahora la hayas aprobado, por lo que cuentas en la novela. —Hablabas con elegancia, sin que sus comentarios resultaran groseros o fuera de lugar. Al contrario: en medio de los claroscuros aterciopelados de aquel bar, provocaba un efecto de distinción e inteligencia, sentada en el sofá rojo con las piernas cruzadas. Su vestido vaporoso, de seda, dejaba entrever cierta redondez en sus muslos, más carne que veinticinco años atrás. Seguramente no sería nunca una mujer voluptuosa como su madre, pero se había convertido, gracias a esos kilos de más que le sentaban la mar de bien, en una mujer sensual. O al menos para mí lo era. O tal vez ya lo fuera veinticinco años atrás y yo, en aquella época, no había sabido apreciarlo. Abandoné las conjeturas porque ella habló de nuevo. Remachó su breve monólogo guiñándome un ojo, con complicidad y picardía—: La pena que tengo es que a mí no me hayas dedicado ningún libro. Me habría gustado leer uno que se titulase *La sexóloga*.

—Y a mí escribirlo. Deduzco que Jofre te habló de nuestro encuentro. Al fin y al cabo, él me convenció para que acudiera a Can Benet Vives con la excusa de que me iba a contar una historia, como futuro escritor que era. — Aproveché el momento para salir de dudas—: Por cierto, tu marido no ha venido, ¿verdad?

—Jofre murió. —Yo iba a darle el pésame, pero ella prosiguió—: Murió al cabo de poco tiempo de que tú lo conocieras. No te dije nada porque, con tu silencio, deduje que no querías saber nada de mí.

—Siempre he tenido muy presente que te debía una disculpa.

—Tranquilo, desde el minuto cero entendí que la situación te había

sobrepasado. Después de todo, eras muy joven. Un niño, como quien dice, aunque lo disimulases con tu modo de ser aparentemente maduro y tu seriedad.

—La seriedad: ¡mira quién habla! —exclamé, espoleado por el cava, pero enseguida me arrepentí de haberlo dicho porque podía parecer que estaba aludiendo a su «carencia». A las dificultades que había pasado durante aquel período, en que no solo estaba seria todo el día, sino enferma. Y no era mi intención molestarla. Y menos cuando acababa de referirse a la muerte de su marido.

No me lo tuvo en cuenta. Me siguió la broma: se echó a reír. Soltó una risa que por unos instantes se sobrepuso a la música que sonaba por los altavoces del Cachitos, una música espantosa: un reguetón de —habría puesto la mano en el fuego— Enrique Iglesias.

—Sí, yo estaba de lo más seria en aquella época. Demasiado seria. Bueno, ya conoces el momento fatídico que estaba viviendo. Parecía un pajarillo deslumbrado, confundida por las luces, sin saber hacia dónde volar. Jofre me dijo que te lo había contado.

—Pobre Jofre.

—No, de pobre nada. Mi marido murió en paz —dijo ella, respirando hondo—. Hacía poco que le habían diagnosticado un cáncer en los pulmones, a él, que nunca había fumado. Pero no sufrió. Enterramos sus cenizas junto a un ciprés en la explanada de Can Benet Vives, la que había al lado de la piscina, en el espacio de la muerte. Fue un entierro muy bonito. «Pobre», no: Jofre solo ha dejado de ver las formas, la superficie de las cosas. Tan solo ha muerto su cuerpo físico. Su esencia continúa muy viva. Ya sabes que estaba convencido de que somos mucho más que un cuerpo físico. Por tanto, a un nivel profundo, él sigue vivo. En cierto modo, continúa viendo imágenes. Las imágenes nunca se detienen.

En aquel preciso instante de la conversación hice una asociación de ideas, y me vino a la cabeza una pregunta de periodista, una pregunta que era también políticamente incorrecta. Pero pensé que, si no la planteaba en ese momento, no lo haría nunca. Y, además, era una manera de introducir «el tema» con mayúsculas.

—Daniela, perdona que te haga esta pregunta.

—Veo que sigues siendo muy educado.

—Perdona la pregunta, porque lo último que querría es incomodarte. Si no quieres, no contestes. Entiendo que lo que voy a preguntarte forma parte de tu intimidad, aun sabiendo que tú nunca has tenido muchas manías a la hora de mostrarla. Sin ir más lejos, hace un rato, en la presentación, has comentado de pasada que de joven te gustaba practicar sexo en los baños de los bares. Y, de hecho, tengo que decirte que una de las cosas que yo admiraba de ti era que no te importase la opinión de los demás.

—Deja de divagar y ve al grano: ¿cuál es la pregunta?

—¿Lloraste durante el entierro de tu marido?

Al formular la pregunta, me pareció que estaba fuera de lugar. Era lógico que yo me lo preguntase, sabiendo los esfuerzos que ella había hecho en el pasado para que le brotasen las lágrimas. Rememoré una secuencia que me había imaginado muchas veces, de su novio Oleguer acompañándola al cine para ver dramas. «Las lágrimas de los cojones no salen ni que me esté muriendo», decía ella entonces, más malhablada que ahora. También se plantaba ante el espejo, aparentando llorar, pero lo único que conseguía era salir del baño con los ojos enrojecidos. Su amiga Eugènia Llorca la acompañó a Can Benet Vives, donde conoció a Jofre; pero no consiguió experimentar la catarsis con la ayahuasca. Era lógico que yo le plantease la pregunta, no solo por los esfuerzos que había hecho con el objetivo de llorar; no solo porque ese, el hecho de llorar, parecía ser el catalizador para la curación de su bloqueo emocional. También era lógico porque Jofre, en cierto modo, y aunque ella lo hubiese rechazado, había representado el papel de padre con ella. O ella había buscado en él a un padre, inconscientemente. Y ahora que él había muerto, es decir, que había desaparecido esa segunda figura paterna, tenía sentido que yo quisiese saber si durante su entierro, tal vez el día más simbólico en la vida de ambos, aparte de la boda, ella había llorado.

—Caramba, ya veo que sigues siendo periodista. Quieres saber si por fin lloro, ¿no?

—Me gustaría saberlo.

—¿Por qué motivo?

—Porque no descarto, algún día, publicar finalmente tu historia. Pero cambiaré los nombres, y no serás reconocible.

—Y quieres un final para la historia.

—Pues sí, si puede ser.

Pensé en mis editoras. Supuse que les gustaría un final feliz y cerrado: que la protagonista hubiese conseguido llorar, y que, gracias al llanto, se hubiesen esfumado sus rasgos psicopáticos. Yo, sinceramente, no sabía en ese momento hasta qué punto eran cosa del pasado. Porque sí, me encontraba ante una mujer risueña y muy amable y afectuosa, incluso amorosa (hubo un momento en que puso su mano sobre la mía, como si fuésemos viejos amigos), pero yo seguía sin saber hasta qué punto ella estaba haciendo un papel. Hasta qué punto estaba interpretando, como habría hecho una actriz. Además, por lo poco que sabía de los psicópatas, me parecía recordar que podían ser seductores y encantadores. Y en ese momento Daniela era seductora: se retiraba el pelo con la mano, un gesto que no habría hecho veinticinco años atrás, aunque hubiese llevado el pelo largo. Había también otro detalle que me hacía sospechar: la mandíbula. Por lo poco que yo sabía, los psicópatas acostumbraban a tener una mandíbula cuadrada, como la de Daniela. «Pero ¿a qué vienen tantas especulaciones? —pensé—. ¿Cómo puedes juzgar a una mujer por sus rasgos físicos? No hagas juicios fáciles. Solo faltaría que todas las personas con la mandíbula cuadrada fueran psicópatas. Seguro que depende de otros muchos factores. Sí, de acuerdo, pero en Daniela están presentes algunos de esos factores.»

—Pues te advierto —me respondió— que si finalmente publicas mi historia, el final tendrá que ser abierto. ¿Te gustan los finales abiertos?

—Como escritor y lector, sí. Pero no como periodista.

Ella me miró con reticencia, un poco contrariada. De repente, cambió su tono de voz y lo siguiente que me dijo lo expresó con un énfasis airado:

—Cómo no: los periodistas, siempre tan reduccionistas y cortos de miras, sin ver más allá de sus narices, circulando con las luces cortas, y no con las largas. —Supuse que había tenido una mala experiencia con algún periodista. Puede que en la época en que colaboraba en los medios de Girona. Aquella época en que la llamaban por el morbo que suscitaba una chica hablando de

sexo—. Los periodistas siempre buscáis respuestas fáciles. Todo tiene que ser blanco o negro. Me estoy acordando de una frase de un taoísta chino que solía citar Jofre: «La noche comienza a mediodía». Pues eso. Nada es A o B, blanco o negro. La realidad siempre contiene mezcla y claroscuros. En cambio, los periodistas reflejáis una visión infantil de la realidad, con buenos y malos, con buenas y malas personas. Tú mismo, cuando eras un becario, me dijiste que uno de tus propósitos era ser «una buena persona», ¿te acuerdas?

Dibujó una sonrisa condescendiente. Yo no recordaba esa sonrisa condescendiente suya, si bien habría tenido muchos motivos para dedicármela veinticinco años atrás. Pero lo más importante para mí, ahora mismo, era que ella fuera capaz de incorporar ese matiz a su sonrisa. En efecto, yo me encontraba ante una nueva Daniela, que había ampliado su registro expresivo. Durante años, el bloqueo emocional debió de impedirle hacer determinadas microexpresiones faciales. Era como si antes se hubiese sometido a una operación de cirugía estética, y ahora el cirujano le hubiese quitado el bótox (como si eso fuera posible). Era como si ahora su piel, pequeñas arrugas incluidas, hubiera recuperado la elasticidad de cuando ella aún no reprimía las emociones.

—Sí, recuerdo que quería ser una buena persona. Pero no recuerdo habértelo dicho.

—Me lo dijiste aquella noche que fuimos al Nummulit. Es lógico que no te acuerdes, estabas muy cortado.

Asentí. Sí, yo estaba cortado y avergonzado.

—Pues lo que te decía: en nuestra sociedad de trazo grueso siempre tiene que haber buenos y malos, buenas o malas personas. Me imagino que tú mismo, cuando huiste acobardado (después de que Jofre te contara mi incidente con el articulista Tomeu), debiste de pensar que yo era una mala persona, ¿no?

—No recuerdo habérmelo dicho con esas palabras, «mala persona», pero sí.

—Pues que sepas que no existen las buenas personas. Todos tenemos zonas de sombra. En cada uno de nosotros hay fuerzas constructivas y otras destructivas. Dependiendo de las circunstancias en que nos encontremos,

podemos hacer «buenas» acciones o «malas» acciones. Depende del interruptor que pulsemos, o que la vida pulse por nosotros. Deberíamos aspirar a ser personas completas, no buenas personas. Ser alguien completo significar conocer la propia sombra e integrarla. Y cuando tú me conociste, yo estaba en ese proceso.

En ese punto de la conversación volví a pensar (los pensamientos, siempre tan reiterativos) en sus rasgos de personalidad. Si Daniela era una psicópata (y, de hecho, esa posibilidad fue lo que realmente me hizo huir de ella), yo no entendía por qué proceso estaba pasando en aquel entonces. ¿Por qué «proceso» podía pasar una psicópata? Pero quizá podía decidir qué hacía con su psicopatía. Cómo actuaba o dejaba de actuar. Qué hacía o dejaba de hacer con sus impulsos agresivos.

—Confieso, Daniela, que querría hacerte más preguntas.

—Adelante. Pero olvídate de las respuestas de blanco o negro, de buenos o malos.

—Bueno, pues tengo la duda de si te has curado. —No añadí «de tu psicopatía».

—¿Si me he curado? Como la protagonista de tu novela. Umiko, se llama, ¿no? Se ha curado, y todos contentos, y fueron felices y comieron perdices. O curados o enfermos. ¿Así ves tú también la vida? —Aquí volvió a ponerse seria—. Te responderé con otra pregunta: ¿tú te has curado?

—De qué.

—De tu alta sensibilidad. Para ti no debe de ser una enfermedad, en apariencia solo eres un chico delicado, pero estoy segura de que te dificulta enormemente vivir en sociedad. Seguro que desde que tienes uso de razón te has sentido «diferente». Seguro que el mundo te parece demasiado agresivo. El ruido te hace retroceder, ¿no?, o incluso la luz, o las multitudes abigarradas. Seguro que te agobias cuando tienes que hacer dos cosas a la vez. Seguro que evitas los conflictos, y eso hace que te superen y que, a la larga, te veas inmerso en situaciones que no tienen salida. Y entonces pierdes la confianza en ti mismo y en los demás. Por tanto, ¿quién dice que tú seas una persona sana? Te recuerdo que, según la Organización Mundial de la Salud, la salud es un estado de bienestar físico, mental y social, y no solo la

ausencia de afecciones y enfermedades.

—O sea, Daniela, que no te has curado.

—No, esa afirmación no es cierta. Tampoco es cierta la contraria.

—A ver si lo estoy entendiendo bien. Tú tienes, digamos, tus carencias (si bien yo diría que son muchas menos que cuando te conocí), pero puedes llevar una vida normal. A pesar de esas carencias.

—A mí me gusta la imagen de una vid. Está encorvada y torcida, pero da buena uva, y un buen vino. Pues yo soy esa vid. Creo, modestamente, que algunos de mis frutos no han sido del todo malos: tú mismo, hace un rato en la librería, has visto a algunas pacientes a las que les he echado una mano. — Respiró hondo y cambió de tema—: Y, respondiendo a tu pregunta: sí, lloré durante el entierro de Jofre. No mucho. Me brotaron algunas lágrimas, las justas para poder decir que por fin había llorado. Pero, como te puedes imaginar, fue todo un regalo. Los ojos acuosos. Las gotas sobre la piel, bajando por mis mejillas. Incluso las pude contar: nueve lágrimas. Ni una más, ni una menos. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve. Contarlas era una forma de atención plena, de meditar, en un momento de tristeza. Sí, estaba triste; no tanto como debería estarlo una viuda. No estaba desolada, pero sentía tristeza, una tristeza apagada. Debería ir acostumbrándome a experimentar las emociones de manera tibia, como música a la sordina. O como si las viera tras un cristal opaco. Pero aquello ya era mucho.

»También notaba una presión en el pecho. Bienvenida fuera la presión. ¿Qué pensamientos la provocaban? Pues unos relacionados con el gran hombre que acababa de irse; su cuerpo físico, quiero decir. El hombre al que muchos habían considerado un maestro. Él no se tenía a sí mismo por maestro, entre otras cosas porque había sido incapaz de ayudar a la mujer que más quería. Se sentía impotente por haber fracasado como guía espiritual o lo que fuera; él era humilde y no se colgaba medallas, ni creía pertenecer a ninguna categoría. Sí, había fracasado conmigo: yo había agredido a un hombre y había intentado quitarme la vida. Luego llegaste tú, un regalo caído del cielo, pero te marchaste enseguida, y debo decir en favor de Jofre que nunca salió de su boca una palabra crítica hacia tu persona.

»Al cabo del tiempo, como yo continuaba inmersa en mi pesadumbre, tiró la toalla. Enfermó de una afección pulmonar, es decir, enfermó de tristeza. Y no tardó mucho en morir. Durante su entierro pensé en que mi marido, sin pretenderlo (o puede que sí lo hubiera pretendido), había logrado ayudarme, con su muerte. Porque, ahora sí, yo había abierto mi corazón y estaba llorando ante su tumba.

»Hay una cosa que debo decirte antes de que nos despedamos: ese llanto no habría sido posible sin ti. Me has preguntado si había llorado durante el funeral, pero en cambio no pareces tener presente que contigo ya lo había hecho. Es como si rebajasess la importancia de aquellas dos noches juntos. Si fuera periodista o escritora, la pregunta importante que me haría sería la siguiente: ¿por qué lloré contigo? He ahí la pregunta. No te das cuenta de que el punto álgido de la historia que quieres contar no es el final, no es si “me he curado”, sino aquellas dos noches contigo. Porque significaron un punto de inflexión. Y la muerte de Jofre no hizo más que consolidar una mejora que había iniciado contigo. No hasta el punto de convertirme en una persona normal, eso no lo seré nunca, ni tú tampoco, pero sí lo suficiente para dejar de estar anestesiada. Por eso la cuestión clave es: ¿por qué lloré contigo?

—Siempre me he hecho esa pregunta —dije, y de repente me puse nervioso. Intuía que ella estaba a punto de darme una información que yo ya sabía, pero que ahora me afectaría como no me había afectado hasta entonces. Dejé la copa de cava encima de la mesa de mármol. Había comenzado a sudar, y notaba una agitación interna que hacía que el corazón me latiera deprisa.

—Pues lloré contigo porque me diste pena.

—Te di pena.

—Hacía solo un momento, en el Nummulit, me habías confesado hasta qué punto sufrías en el periódico a causa de tu sensibilidad, una sensibilidad de la cual yo había dicho que me hacía gracia, pero que, según me estuviste contando mientras nos tomábamos la cerveza (por la cara que pones, veo que no te acuerdas), a ti siempre te había traído muchos problemas. Me dijiste que, cuando eras pequeño, no solo te bloqueaban el exceso de ruido o las multitudes. También el perfume intenso, o el olor de un tubo de escape, que a

veces notabas en el paladar, como si tuviera sabor, hasta el punto de que vomitabas en pleno asfalto. Ibas a las fiestas de tus amigos, pero enseguida querías marcharte. Y querías huir a toda costa, sobre todo cuando tiraban petardos. Ese sonido era demasiado para ti, como si fueras un pobre perro. Y, en clase, la estridencia de las dinámicas de grupo también se te hacía cuesta arriba. Te sentías fuera de lugar, una persona desplazada. Todo te lo tomabas a pecho, te podías pasar días dándole vueltas al comentario hiriente de un compañero. En resumen: eras un inadaptado, un chico que lo tenía francamente difícil para vivir en sociedad. Era como si hubieses salido defectuoso de fábrica, y ya me dirás quién era yo para juzgar a alguien defectuoso de fábrica. Quizá ese fue el motivo por el que conecté con tu herida existencial. La tuya era la mía. Y cuando al final acabamos en la cama, y vi que eras incapaz de dejarte llevar y que te colapsaban mis gritos de placer, me diste mucha pena. Eras poquita cosa. Había que decírtelo todo como a través de un filtro de algodón. Pensé que a la larga serías de ese tipo de hombres frágiles que no saben manejarse en la vida.

»Llámame conservadora, sí, debo de haberme vuelto conservadora, pero creo que la función de los hombres es salir a cazar: es necesario que sean masculinos. Tal como entiendo ahora las relaciones, en una pareja la mujer debe seguir al hombre, y el hombre la tiene que servir. Y, si puede ser, venerarla. Y tú entonces me venerabas, admirabas mi arrojo y el hecho de que yo fuese valiente. Y si admirabas eso era porque tú estabas totalmente falto de ello, de arrojo y valentía, porque eras un chico blando, un pánfilo, y siempre lo serías. Al final de la noche, una idea nebulosa se fue aclarando en mi mente, igual que la silueta de un árbol se concreta y define a medida que se disipa la niebla: eras exactamente igual que mi padre. He ahí mi pena. Sí, igual que mi pobre padre Ciril. Un hombre no apto para la vida. O al menos un hombre no apto para la sociedad patriarcal. Nunca harías nada de provecho: venías defectuoso de fábrica. Sí, me diste mucha pena.

Reconozco que no supe cómo reaccionar a lo que acababa de decirme Daniela. En ese momento mi rostro debía de estar blanco como el papel. La luz de las bombillas del Cachitos, que desprendía una luminosidad exigua, blanquecina, debía de acentuar mi estupefacción.

—Gracias por la sinceridad, Daniela. —Fue todo lo que pude replicar. No fui capaz de decirle nada más.

Se me quebró la voz.

—Eh, ¿qué pasa? —me preguntó, aparentemente preocupada—. ¿Por qué lloras? ¿Me he pasado de la raya? Joder, lo siento. No, no llores, por favor. ¿Quieres un pañuelo?

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Josep Maria Fericgla y al equipo de Can Benet Vives. A Sandra Bruna, Glòria Gasch, Anna Soldevila, Emili Rosales y Jordi Llavina, por sus valiosas observaciones. Me han resultado útiles los libros *Ayahuasca* y *Exploraciones psicodélicas*, de Claudio Naranjo. También *Los jíbaros, cazadores de sueños*, de Josep Maria Fericgla. Estoy especialmente agradecido a Mireia Darder y a Carme Sánchez, de las cuales he aprendido muchas de las reflexiones de este libro a lo largo de los años. Al libro de Mireia Darder *Nacidas para el placer* pertenecen muchas de las tesis de la protagonista; y las anécdotas y preguntas de su discurso en la librería Bertrand (actual Casa del Libro) están recogidas en el libro de Carme Sánchez *El sexo que queremos las mujeres*. También me han sido útiles *El don de la sensibilidad*, de Elaine Aron, y *El poder de la sensibilidad*, de Kathrin Sohst. Y gracias, sobre todo, a Daniela Costa-Pau.

Nota

[1] «Quien no folla en Olot no folla en ningún sitio», en castellano. (*N. de la t.*)

La mujer que no sabía llorar
Gaspar Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *La dona que no sabia plorar*

© Gaspar Hernández Burgos, 2018

© de la traducción del catalán: Olga García Arrabal, 2018

© de la imagen de la cubierta, Robert Jones – Arcangel

© Editorial Planeta, S. A. (2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-233-5383-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!


NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





 Gaspar
Hernández La mujer
que no sabía llorar

DESTINO